La caída de las torres II, LAS TORRES DE TORON
Samuel Delany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO UNO

Grabado en una tarjeta de cuatro por cinco con graciosas letras que se inclinaban como bailarines:

A su Gracia la Duquesa de Petra
Está usted invitada a asistir a un baile al amanecer
dado por su Alteza Real
el Rey Uske para honrar los
patrióticos esfuerzos de los
Acuarios Tildón
'Tenemos un enemigo detrás de la barrera "

Dos cosas de la invitación llamaban la atención, primero, "Acuarios Tildón" había sido impreso con un tipo de letra ligeramente inclinado, una fracción diferente del resto. Segundo, en el extremo inferior derecho había una espiral de alambre de diez pulgadas.

La duquesa soltó el espiral con el mensaje y lo puso en la máquina. En la pantalla los puntos de color se convirtieron en la cara de un joven rubio con expresión de poca salud.

—Bueno, ahí estás, querida prima —habló con lánguida insolencia—. Ya ves, estoy uniendo este pedido personal con tu invitación. Abandona tu pequeña isla y ven a la mía que es grande. Siempre fuiste mi prima favorita y la vida ha sido tremendamente opaca desde que tú entraste —de qué otro modo puedo llamarlo— en reclusión. Por favor, queridísima Petra, ven a mi fiesta y ayúdanos a celebrar nuestra futura victoria. Han ocurrido tantas cosas... han ocurrido tantas cosas... han ocurrido tantas cosas...

La duquesa hizo un sonido de disgusto, golpeó el botón de cierre y la cara se desintegró.

—Una muesca en el cable —dijo y alzó la vista—. ¿Tildón es subsidiario de la compañía de tu padre, Jon?

—Es uno de los pocos que no lo es todavía.

—Me preguntó cuanto le dio Tildón. Mi pobre primo piensa que realmente puedo obtener el dinero que necesita para sostener la guerra con la seductora promesa de fiestas oficiales en el palacio.

—El patronazgo real sigue siendo mágico, Petra. Tu familia ha ejercido el poder en Toromon durante siglos, pero mis tatarabuelos —y los de Tildón— eran granjeros que araban la tierra a mano o que cargaban el pescado sobre el borde de los botes de remo. Cuando el concejo decidió que debían ofrecerse esas fiestas, sabía lo que estaba haciendo.

Deslizó los dedos sobre las incrustaciones de madreperla del escritorio.

—Somos un territorio disparatado. En el continente todavía hay gente que vive como en las cavernas; sin embargo, tenemos aviones, científicos como tu hermana. —Sacudió la cabeza—. La gente como tu padre, como Tildón y los otros no se da cuenta de que son ellos los que tienen ahora el verdadero poder. Aquí en la isla yo tengo lo necesario como para vivir suntuosamente, pero no podría hacer más que una contribución de muestra a la causa de la guerra comparada con las que pueden esas familias de industriales, suponiendo en primer lugar que yo quisiera contribuir con la guerra.

—Sin embargo. —Jon sonrió—, quieren que los duques y los barones inclinen la cabeza cuando contribuyen. Sin mencionar al rey.

La duquesa miró otra vez la invitación. La expresión le cambió de pronto.

—Las imprimen por millares y simplemente las completan con el nombre del próximo ricacho a ser
honrado, justo sobre la línea de puntos. Me temo que lo que todavía me molesta por encima de todas las cosas es la vulgaridad.

—Pero tu familia es un modelo de buen gusto, Petra. Esto es lo que nos han enseñado al resto de
nosotros durante toda la vida —en la voz había un ligero tono de burla.

Ella lo aceptó.

—Sí —y dejó la tarjeta—. A nosotros nos han enseñado lo mismo. Pero debe haber algunos modelos... aún durante una guerra.

—¿Por qué? Ellos están aprendiendo, Petra; mi padre y los otros, están comenzando a aprender recién ahora cuánto poder tienen realmente. Después de todo, la guerra se libra por ellos. Mientras en la guerra se usen sus productos, mientras esos descontentos de la vida y de Toromon puedan ser enviados a la guerra como por un tubo, todos se quedarán contentos y en sus lugares. Si la guerra cesa, entonces la familia real... tu turno.

Petra respondió brevemente:

—Mientras sean tan ciegos como para buscar el favor real, no serán capaces de conducir algo tan complejo como Toromon. Es por eso que llevé clandestinamente al Príncipe Let al continente, para que hubiera alguien con un panorama de este país que pudiera estar a salvo para gobernar después de estas intrigas, trabajando alrededor de nosotros, cerrando el círculo.

La expresión de Jon perdió algo de su cinismo.

—Con el apoyo del concejo y del gobierno, Petra, el rey puede ocultar todavía buena parte de su poder. Mientras esté oculto, nadie puede juzgar qué es. ¿Es un loco? ¿O es muy, muy inteligente?

—Es mi primo. Tu fuiste su compañero de escuela ¿Qué piensas?

—En esta guerra hay grandes secretos. Pero los grandes secretos han mantenido el poder en la familia real desde que se estableció y se colocó a la cabeza de este caótico fragmento de! mundo.

La duquesa unió los dedos, asintiendo.

—Mis tatara, cuántos tatara abuelos, saquearon las costas con sus barcos, Jon Koshar, despojaron a los vecinos de estas islas usando los restos fragamentarios de la tecnología que sobrevivió al Gran Fuego. La radiación en e! continente detuvo su expansión hacia el interior y lo misino ocurrió con las corrientes calientes de la costa. Pero cuando se los detuvo, decidieron que un gobierno organizado podía llevar a cabo con más eficiencia !o que la piratería había llevado a cabo hasta ese
momento. Hay una gran variación en la tierra de Toromon, pero está limitada. Aprendieron a no agotar lo que hay entre aquellos límites y se convirtieron en una sucesión de reyes y reinas. Ahora el poder está a punto de cambiar de mano, pero estos otros deben aprender lo mismo.

—Aunque tus ancestros lo hayan aprendido, Petra, hoy la gente como Tildón y mi padre pagará exhorbitancias por tu aprobación. Quizá porque sospechan lo que tú sabes. —Jon levantó la tarjeta. —O quizá porque son necios e ignorantes. Mi padre —repitió, dando vuelta.a la tarjeta—; su mayor desgracia fue que yo pudiera ofender al rey e ir al penal de las minas por eso. Su mayor triunfo fue que el propio rey honrara a mi hermana con su presencia real en el baile cuando ella regresó de la universidad. En tanto esos sean los límites de su felicidad, el rey puede conseguir dinero para su guerra y completar los nombres sobre la línea de puntos.

—Ojalá pudiera permitirme a mí misma semejante torpeza intelectual — apoyó la barbilla sobre la punta de los dedos.

Jon parecía sorprendido.

—Llamas a tu asesinato histérico simplemente ofensa.

Jon apretó la mandíbula.

—Y no has hablado con tu padre desde la "ofensa" para descubrir exactamente qué es lo que siente.

La mandíbula de Jon se aflojó y en la garganta comenzaron a formarse palabras.

—Y es demasiado fácil para ti llamar a tu padre, que fue suficientemente astuto como para amasar una fortuna por medio de una brillante, aunque inescrupulosa explotación económica, títere de esas pequeñas vanidades. No, atacar el problema de esa manera deja muchos interrogantes.

—¡Petra!

La duquesa alzó la vista, sorprendida. Se pasó una mano por el cabello color cobre, sostenido hacia atrás, por una peineta de oro barnizado con la forma de serpientes marinas.

—Lo siento, Jon —y con su mano tocó la de él—. Hemos estado aquí juntos demasiado tiempo. Pero cuando veo cómo se engaña a mi familia, mi gente, me duele. Hay una sensación de decencia que es como un barómetro para la salud de un hombre o de un país. No sé. Quizás estoy demasiado enamorada de algunas ideas de la aristocracia: nací en ella. Me aparté de ella cuando era joven. Ahora me encuentro nuevamente en ella. Creo que aceptaremos esa invitación, Jon Koshar.

—Ya veo —dijo Jon—. ¿Arkor también?

—Sí, nos necesitaran nuevamente a los tres —vaciló—. Ustedes estuvieron en contacto con... también ellos, ¿no es así? ¿El Señor de las Llamas...?

Jon se apartó el cabello oscuro de la frente.

—Sí.

Se volvieron al oír un ruido detrás de ellos. Las puertas con forma de moluscos dobles se abrieron de par en par. En el vano estaba de pie el gigante de dos metros y varios centímetros de altura. Sobre el costado izquierdo de la cara tres cicatrices dentadas le recorrían la mejilla y el cuello, surcos paralelos más oscuros que la piel oscura.

—¿Cuando nos vamos? —pregunto Arkor. Las tres cicatrices eran el sello con que se marcaba a los frecuentes telépatas que había entre la gente alta del bosque.

—Esta noche —dijo Petra.

—Van a ir a buscar a Tel y a Alter —dijo Arkor. Era una afirmación, no una pregunta.

Jon frunció el ceño.

—¿Vas a ir, Petra?

—Todos vamos a ir a devolverle la visita a mi primo el rey —les dijo—. Ya hemos sido advertidos. El Señor de las Llamas está suelto una vez más en algún lugar de la Tierra.

—Tres años atrás lo guiamos a través del universo —dijo Jon.

—Quizá tengamos que hacerlo otra vez.

En el atardecer nubes color salmón se extendían como una cabellera flotante. La luz roja capturaba los bronces pulidos que rodeaban la cubierta del yate. El agua daba golpecitos a los costados de la embarcación.

—Están todos a bordo -le dijo Jon a la duquesa.

—Entonces podemos partir —se volvió y dio una orden. Los motores sonaron como las cuerdas pulsadas de un instrumento musical. El barco se alzó, luego se hundió en la noche. Mientras la negrura se extendía por el cielo y las estrellas se clavaban en la noche como alfileres con diminutas cabezas de diamantes, Jon y Petra se paseaban por cubierta.

—En algún lugar de por allí está la guerra. ¿En qué dirección? —preguntó ella.

—¿Quién sabe? —Jon señaló el horizonte—. En algún lugar detrás de la barrera de radiación, en algún lugar bajo la bruma de nuestro planeta.

—¡Toron a la vista! —gritó uno de los maquinistas desde el puente del yate.

—Estamos casi allí —dijo Petra. Observaron la proa del barco que cruzaba el agua.

Imagine una mano negra enguantada, con anillos llenos de miríadas de diamantes, amatistas, turquesas, rubíes. Ahora imagine esa mano resplandeciente elevándose lentamente por encima del horizonte de media noche, cada joya con su llama interna. Así la isla de Toron se alzaba sobre la orilla del mar.

Las ventanas con forma de ataúd del Gran Salón de Baile del palacio real de Toron se alzaban dos pisos hacia el cielorraso. Cuando los paneles se iluminaron, los músicos tocaron sus afinados instrumentos de conchas marinas, y por encima de las cuerdas acuáticas, la voz ondulante de un teremin subía y bajaba. De los brazos de las mujeres se desprendían torbellinos de gasa coral y esmeralda; sobre las chaquetas de los hombres púrpuras y carmesí.

Del otro lado de las amplias ventanas, contra la noche que terminaba, la banda oscura de la cinta de paso se alejaba de un salto de la torre del laboratorio del palacio y desaparecía entre las otras torres de la ciudad hasta que finalmente se alzaba sobre el mar, sobre la playa del continente, sobre el bosque lozano de palmeras gigantescas, sobre los descendientes de árboles de roble de una tierra de quinientos años, sobre el penal de las minas, donde hombres y mujeres prisioneros extraían penosamente el tetron de tubos hundidos en la piedra retorcida, sobre planicies arboladas en las cuales la vegetación había osado crecer en los últimos tres años, y finalmente penetraba en la ciudad de Teíphar. ¡Telphar!... en los últimos tres años se había convertido en el establecimiento militar más fuerte que la tierra había visto jamás, o así se jactaban al menos sus generales.

—¡Un baile al amanecer! —exclamó la joven vestida con seda rubí". En el hombro del vestido tenía como broche una langosta de cobre, cuya cola se curvaba sobre el seno derecho—. ¿No crees que un baile al amanecer es una idea maravillosa?

La mujer mayor que estaba junto a ella apretó los labios.

—Qué ridículo —dijo suavemente—. Recuerdo cuando los bailes eran asuntos de buen gusto y alcurnia. —Pasó un mozo ofreciendo hors d'oeuvres. — No tienes más que mirar —continuó la mujer. Usaba una peluca plateada sostenida con hilos de perlas—. ¡Mira eso! —sobre las rodajas tostadas estaban ensartadas tiras de filetes—. ¡Ese pescado vino de los acuarios! ¡Pescado de los acuarios servido en una reunión oficial! Cómo no recordar cuando a nadie se le ocurría pensar en servir otra cosa que no fueran productos traídos del continente. ¡Pescado criado en los acuarios! ¡Qué idea! ¿A dónde ha ido a para el mundo?

—Yo nunca pude notar la diferencia entre uno y otro — replicó la joven del vestido rubí, devorando un paté de huevas de pescado y cebolleta cortada.

La mujer de la peluca plateada lanzó un bufido.

Jon Koshar se alejó y comenzó a pasearse por la sala, sobre la piedra blanca lustrada que resplandecía débilmente con los reflejos de fabulosos trajes de gala. Aislados en un costado de la habitación y envueltos en pieles estaban dos representantes de los guardias del bosque, los gigantes solitarios del magnífico bosque de Toromon. A unos pocos metros de distancia, había tres rollizos embajadores de las tribus de neo-neanderthales. En las muñecas llevaban bandas de bronce y polleras de cuero. La gente se arremolinaba por todas partes en torno de los honrados representantes del acuario Tildón. Sí, tres años atrás hubiera sido diferente. Pero ahora...

Alguien lanzó un grito.

Jon se volvió mientras el grito cruzaba nuevamente el salón de baile. Todas las cabezas giraron, la gente se adelantó en multitud, luego retrocedieron. A Jon lo empujaban de un costado al otro y alguien le puso un codo en el pecho. Más gente gritaba, apartándose de lo que tambaleaba sobre el piso del salón de baile.

Algo interior, que siempre le hacía ir contra la multitud, lo llevó a adelantarse y de pronto se encontró en el borde del claro. Un hombre mayor, con un traje rojo brillante, vacilaba sobre el piso, las manos sobre los ojos. Detrás de él, una capa escarlata se hinchaba como una ola, se doblaba a la altura de los tobillos, luego se hinchaba una vez más mientras el hombre caía para adelante.

Un carmesí pegajoso le recorría los dedos y le chorreaba por las palmas de las manos, manchando de un tono más oscuro los puños escarlata. Gritó una vez más y de pronto el grito se convirtió en un gorgojeo líquido.

El hombre cayó sobre una rodilla. Cuando se incorporó, sobre la piedra quedó una mancha pegajosa y la rodilla del pantalón era púrpura oscuro.

Otra figura se había apartado de la multitud, delgada, rubia, vestida de blanco. Jon reconoció al rey.
La figura escarlata se arrojó al suelo a los pies de Su Majestad y rodó, quitándose las manos de la cara.

Entonces gritó más gente y el propio Jon se ahogó en un jadeo que tragó como si hubiera sido metal.

La sangre chorreaba de los dos puños y de la pierna de los pantalones. Una sustancia viscosa y roja se deslizaba de lo que había sido una cara. De pronto, la barrera del pecho se derrumbó y la tela roja que había cubierto la carne cedió hasta no cubrir más que las puntas de las costillas sin carne. Una mano se alzó unos pocos centímetros de donde yacía sobre la capa sangrienta y cayó otra vez, tarsos y metatarsos separados, huesos diminutos esparcidos por todas partes, mientras el tendón radial se disolvía. Al mismo tiempo, el cráneo se separó del cuello: pómulo, cartílago nasal y mentón chocaron contra el piso.

A través de la multitud que estaba frente a él Jon vio la figura pelirroja de la duquesa que se acercaba al arco de entrada del salón de baile. Jon se volvió inmediatamente, se dirigió hacia un costado de la sala, y en tres minutos llegó a la entrada donde la duquesa estaba esperando. Ella le apretó el hombro.

—Jon —susurró— ¿Sabes quién era eso? ¿Lo sabes?

—Sé cómo se hizo —se animó—, pero no sé quién era la víctima.

—Era el Primer Ministro Chargill, la cabeza del Concejo —inspiró—. De acuerdo. Ahora dime cómo.

—Cuando estaba en la prisión de las minas —dijo Jon— había un toxólogo experto, no muy amigo mío, y a veces solía hablar demasiado. Era terenide. Una enzima paralizante de la acción celular.

—¿Quieres decir que las células del cuerpo llegan a tal grado de quietud que ni siquiera pueden sostenerse entre sí?

—Algo así —dijo Jon—. Los resultados son lo que le ocurrió a Chargill.

La música, que había cesado, recomenzó, y por encima de las melodías entrelazadas se oyó una voz inesperada por el sistema de altoparlantes: "Señoras y señores, lamento que este acontecimiento desagradable haya interrumpido mi fiesta del amanecer, lo lamento muchísimo. Debo pedirles a todos, sin embargo, que regresen a sus hogares. Nuestra orquesta tocará ahora para nosotros el Himno de Victoria de Toromon". La melodía del teremin se detuvo abruptamente, luego cayó en el tema quejumbroso del Himno de Victoria.

—Ven a mi suite inmediatamente —le susurró a Jon la duquesa—. Hay algo que quería que vieras antes de esto. Ahora es imperativo.

Del otro lado del salón, la primera luz manchaba los paneles de las inmensas ventanas con forma de ataúd. Como navajas violetas, la luz cortaba la habitación en forma oblicua, sobre las cabezas de los invitados que escapaban evitando el horror escarlata que se secaba sobre la pista de baile.

Jon y Petra atravesaron de prisa el arco de la entrada.

La Duquesa de Petra se había asegurado una suite familiar entre las recámaras personales del palacio. Pocos minutos después de abandonar el salón de baile condujo a Jon a través de la puerta triple y lo introdujo en la habitación alfombrada y suavemente iluminada.

—Jon —le dijo mientras esperaban—, este es Rolth Catham. Rolth Catham, este es Jon Koshar, de quien te hablé.

Jon se había detenido en la puerta, la mano a medio extender, mirando al... al hombre que estaba sentado en la silla. Quiso cerrar los ojos y frotárselos, pero lo que estaba viendo no iba a desaparecer. La mitad de la cara de Catham era transparente. Parte del cráneo había sido reemplazado por una cápsula de plástico. A través de la cápsula Jon podía ver la sangre que circulaba por la red de capilares artificiales: dientes de metal tachonaban una mandíbula de plástico y por encima de esto el globo de un ojo pendía ante las fantasmagóricas circunvoluciones grises del cerebro, a medias ocultas por una malla de vasos.

La mente de Jon se descongeló después de la primera sorpresa y dijo en voz alta:

—Catham: Catham el de la Historia Revisada de Toromon —con el primer pensamiento familiar sintió el placer de combatir la sorpresa—. En la escuela usábamos su libro.

Los tres cuartos de la boca de Catham que eran carne sonrieron.

—¿Y su nombre es Koshar? ¿Hay alguna conexión entre usted y los Acuarios Koshar o los Hidropónicos Koshar? ¿O con la doctora Koshar que descubrió las funciones sub-trigonométricas inversas y las aplicó al sistema de coordenadas espaciales, lo cual es más o menos la razón tecnológica que está por detrás del actual conflicto en el que se ha visto envuelta Toromon?

—Los Acuarios Koshar y los Hidropónicos son de mi padre. La doctora Koshar es mi hermana.

La ceja móvil de Catham subió.

-Antes les dije a los dos que tendría sorpresas para ambos —dijo la duquesa—. Profesor Catham, esta noche vamos a intercambiar historias. Un momento. ¡Arkor! —llamó la duquesa.

En el silencio que siguió, el Profesor Catham descubrió a Jon que le observaba el rostro resplandeciente. Se produjeron nuevamente los tres cuartos de sonrisa.

—Siempre explico inmediatamente cuando me presentan a una persona que hace quince años tuve un accidente, una explosión absurda en la isla University. Soy uno de los experimentos más exitosos, aunque un poco grotesco, del Servicio Médico.

—Supuse que era algo así —dijo Jon—. Estaba recordando precisamente una vez cuando estaba en la prisión de las minas. Hubo un accidente y a un compañero le aplastaron un costado de la cara. Pero el Servicio Médico estaba lejos y las instalaciones médicas de allí nunca fueron particularmente famosas. Murió.

—Ya veo —dijo el profesor Catham—. Tiene que haber sido el desastre minero del 79. ¿Después de eso hicieron algo por las condiciones de seguridad?

—No mientras yo estuve allí —dijo Jon—. Entré en la prisión cuando tenía dieciocho años y la explosión de tetrón se produjo en el primer año. Cinco años más tarde, cuando salí, ni siquiera habían cambiado las máquinas cortadoras que andaban mal.

Se abrió una puerta del costado de la habitación y entró Arkor.

Al ver las tres cicatrices que marcaban el cuello del gigante, el historiador alzó nuevamente la ceja.

—¿Siempre tiene un telépata a su servico, Su Gracia?

—Arkor no está a mi servicio —dijo la duquesa-. Tampoco estamos nosotros al de él. Profesor, esto es muy importante. No hace veinte minutos fue asesinado el Primer Ministro Chargill. Me gustaría que revisara lo que me dijo antes cuando hablé con usted.

—¿Chargill...? —comenzó el historiador. La ceja descendió hasta el punto donde se hubiera encontrado con la otra para formar el ceño— ¿Asesinado? —la media cara se relajó otra vez—. Bueno, tal vez los responsables sean los malis, o quizás el propio concejo quiso sacarlo del camino...

—Por favor, profesor —dijo la duquesa—. Por favor repita lo que me dijo antes. Luego agregaremos lo que podamos.

—Oh, sí —dijo Catham—. Oh, sí. Bien, le estaba diciendo a Su Gracia cuando me llamó por primera vez a la Universidad, o mejor me sacó información... Bueno,de todos modos...—paseó la vista de Jon a Arkor, y de Arkor a Petra, y luego al revés—... de todos modos —continuó—, Toromon es tal vez el imperio más extraño en la historia de la Tierra. Ustedes han vivido en él todas sus vidas, de modo que sus propiedades exclusivas no les sorprenden, pero para uno que ha estudiado el desarrollo del mundo antes del Gran Fuego, quinientos años atrás, esa exclusividad se hace visible. El

imperio de Toromon consiste en la isla de Toron, el puñado de islas dispersas alrededor y las mil quinientas millas cuadradas de tierra enfrentada a las islas, de una franja de playa, seguido de tierras de cultivo, seguido de bosques, seguido de un inhabitable semicírculo rocoso que separa esas mil quinientas millas cuadradas del resto del continente, que desdichadamente sigue siendo radiactivo. Después del Gran Fuego, esa zona que he delimitado estaba completamente aislada del resto del mundo por tierras radioactivas y en el mar por corrientes
radioactivas. Hasta hace muy poco, nunca pensamos que quedara sobre la tierra nada que pudiera ser separado del resto. Sobrevivieron varias bibliotecas muy buenas, y algunos de nuestros ancestros fueron afortunadamente gente culta, letrada, de modo que tenemos un retrato bastante acertado de lo que era el mundo antes del Gran Fuego. Y aunque al comienzo hubo un retroceso económico y social, cuando finalmente se logró un equilibrio, la tecnología comenzó a progresar una vez más y en un período comparativamente corto, ha igualado a aquella anterior al Gran Fuego, y en muchas áreas no destructivas, las ha sobrepasado. Muy en los comienzos de nuestra historia, descubrimos al tetrón como una fuente de energía, el factor más importante, al que nuestros antecesores anteriores al Gran Fuego parecían ignorar totalmente, según los testimonios que tenemos.

"Lo que es exclusivo en Toron es esto. Ningún imperio conocido antes del Gran Fuego sobrevivió por casi cien años en completo aislamiento de cualquier fuerza desgarrante. Y ningún imperio, país o tribu en aislamiento se desarrolló jamás luego de haber sido aislado.

"Con todo, a pesar del extraño conjunto de circunstancias que he señalado —las bibliotecas sobrevivientes, la inteligencia de nuestros antecesores, la diversidad geográfica de nuestra tierra que permite el intercambio entre modelos culturales rurales y urbanos— Toromon ha existido durante quinientos años pudiendo preservar incluso una tecnología en constante desarrollo. Los detalles de este proceso son fascinantes y le he dedicado a su estudio la mayor parte de mi vida, pero esto no es lo que quiero explorar ahora.

"El efecto de esta situación, sin embargo, es como una reacción termita en el interior de una botella
sellada. No importa el tiempo que tarde, en algún momento la botella explotará. Y cuanto más tiempo permanezca sellada la botella, más lejos se proyectarán los fragmentos. Y esta explosión ha ocurrido — Catham se adelantó en la silla y unió los dedos como los dientes de un tenedor—. Sesenta y cinco años atrás los científicos de Toromon llevaban a cabo los primeros experimentos en cuestiones de transmisión. Se construyó la cinta de paso que unía Telphar, nuestra principal ciudad del continente, y Toron, nuestra isla Capitolio. Luego un aumento en la barrera de radiación nos separó de Telphar... casi como si el área del imperio de Toromon estuviera disminuyendo para apresurar la explosión final. Tres años atrás supimos que un grupo de gente del bosque, probablemente controlado por el enemigo, habla logrado incrementar la radiación de manera artificial usando algún equipo de la propia Telphar. —Catham se dirigió a Jon.— También tres aflos atrás, su hermana, la doctora Klea Koshar, descubrió las funciones sub-trigonométricas inversas y su aplicación al sistema de coordenadas

espaciales. En seis meses la vieja cinta de paso se convirtió en una antena que podía transmitir material al lugar que deseáramos, y Telphar, otra vez inhabitable, se convirtió en un establecimiento militar para enviar miles de hombres a cualquier lugar del globo. —Catham se llevó una mano a la mejilla transparente.— Y la guerra continúa. ¿Por qué una guerra? ¿Por qué no la paz? Toromon ha sido controlada durante demasiado tiempo. Eso es todo cuanto sé.

—Pensé que mencionaría lo que yo vi como lo más obvio de todo esto —dijo la duquesa—. Dr. Catham ¿usted recuerda el incidente que provocó que la guerra fuese declarada hace tres años?

—Sí, el hermano menor del rey, el Príncipe Let, fue secuestrado. Eso tiene que haber sido hecho por alguno de los primeros grupos de agitadores. Los malis han retrocedido un buen tramo, pero nunca fueron tan fuertes como ahora. Todo lo que hacen ahora es provocar problemas. Algunos piensan que están conectados con el enemigo. Y no hay nadie, así oí, que se anime a caminar por la Olla del Diablo una vez que oscurece.

—Nunca fue una zona particularmente sabrosa —replicó la duquesa—. Profesor Catham, ahora voy a contarle mi historia. Es bastante más breve que la suya y más increíble. Pero es verdad. Durante tres años Toromon ha tenido acceso a la transmisión en una gran escala. En el universo hay por lo menos otras dos razas que han tenido acceso a ella durante billones de años. La usaban para viajar entre las estrellas. Estas razas ni siquiera se componen de individuos, sino que son casi conciencias colectivas. El método de viaje interestelar que poseen es más psíquico que físico. Uno resulta ser una especie de experimentador amoral. La otra raza, mucho más antigua, es benevolente, y se compone de tres centros de conciencia, en lugar de uno, que se controlan y equilibran entre sí. A cada uno de ellos lo llamamos el Ser Triple.

—Usted habló de lo que es exclusivo de Toromon, su combinación de aislamiento y progreso. El experimentador, a quien llamamos el Señor de las Llamas, también se dio cuenta de la exclusividad de Toromon y desde afuera comenzó a interferir para mantenerla aislada el mayor tiempo posible. ¿Usted se pregunta dónde consiguieron los rebeldes equipo y conocimientos para cerrar la barrera de radiación? Fue del Señor de las Llamas.

—Yo mismo, Jon y Arkor estuvimos en contacto con El Ser Triple tres años atrás. Con su ayuda extirpamos al agente del Señor de las Llamas, aunque demasiado tarde para detener la mayor explosión. Pero él está otra vez, profesor Catham. Cuáles serán los resultados de su presencia esta vez, no lo sabemos. El secuestro del Príncipe Let fue obra nuestra. Durante los últimos tres años ha
estado a salvo con la gente del bosque. Esperamos que en algún momento termine esta guerra histérica y entonces el Príncipe Let pueda regresar y quizá poner en orden lo que quede de Toromon, si es que queda algo. Mientras estaba en el palacio con la madre y el hermano, corrían peligro su vida y su salud. Fue todo lo que pudimos hacer.

—Ya veo —dijo Catham—. ¿Y va a probar todo esto? ¿Por qué contármelo a mí en primer lugar?

—Porque necesitamos a alguien con orientación histórica para ayudarnos y aconsejarnos. El Ser Triple sólo ayudará como para no interferir en nuestra cultura introduciendo elementos extraños y perturbadores. El primer consejo que necesitamos es qué hacer con dos jovencitos que nos ayudaron en nuestro primer trabajo, un muchacho y una chica. El muchacho, Tel, había huido de una villa pesquera en dirección a Toron cuando se mezcló con nosotros. La chica es acróbata. En ese momento fueron muy útiles, pero ya no los necesitamos más, y nos parece una vergüenza tenerlos alejados de la sociedad durante tanto tiempo. Pero ellos poseen una cantidad de información que podría ser peligrosa, especialmente para ellos mismos. Y hay un problema más. —Se volvió hacia Arkor. — Trae a los chicos, ¿quieres?

Arkor se alejó de la puerta. Regresó seguido por un muchacho de unos diecisiete años con pelo oscuro y ojos verde mar. Detrás del muchacho venía una joven quizás un año mayor y unos centímetros más alta. Tenía la piel bronceada igual que el muchacho, pero el cabello tenía el color y la textura de una seda blanqueada. Los dos se mostraron sorprendidos ante la aparición que era Catham, pero se mantuvieron en silencio.

—El problema especial es éste —le dijo la duquesa y tocó un botón que había en el brazo de su sillón. Las luces de la habitación se redujeron a la mitad de su brillo original.

Rolth Catham comenzó a avanzar en su asiento. Estaba solo, sentado en la habitación alfombrada de púrpura... con cinco trajes, vacíos pero animados, una mujer sentada en la silla de la duquesa, dos hombres de pie junto a ella y las escasas vestiduras de los dos jovencitos que pendían junto a la puerta. Pero aunque estaban en penumbras, las luces eran suficientemente brillantes como para ver que los cuerpos que las habitaban habían desaparecido.

Desde el asiento, la voz de la duquesa prosiguió, natural y calma:

—En la primera etapa en que nos vimos mezclados en este asunto, el Ser Triple logró hacernos inmunes a ciertas frecuencias de la radiación por medio de la reestructuración de nuestra matriz de cristalización. El efecto colateral, sin embargo, fue que el índice de refracción de la sustancia de nuestros cuerpos bajó en picada. Lo cual significa que cuando las luces llegan a un punto por debajo de cierta intensidad, desaparecemos...

—Las luces subieron, y las cinco personas regresaron a la habitación.— De modo que usted ve el problema. Esta demostración, además, es nuestra única prueba valedera.

—Estoy impresionado —dijo Catham—. No, no le creo. Pero lo tomaré como un problema teórico, sobre el cual sería divertido trabajar. ¿Quieren saber qué hacer con los jovencitos? Rocíenlos con espuma-viva pigmentada; el Servicio Médico la creó para mí, pero no soy suficientemente necio como

para usarla. Devuélvanlos al mundo y déjenlos librados a sus propios designios. Los tres que quedan concéntrense en el Señor de las Llamas. —Catham se levantó.— Pueden encontrarme en la Universidad. Debo decir que todo es muy interesante. Pero creo seriamente que no es más que una fantasía psicótica por parte de ustedes —sonrió con los tres cuartos de sonrisa—. Y eso es una vergüenza, Su Gracia, porque usted tiene una imaginación terriblemente vivida. Pero les aconsejaré con lo mejor de mi capacidad, si es que puedo. —Hizo una pausa.— Consideren esto antes que me vaya. ¿Dicen que son responsables del secuestro del Príncipe Let llevado a cabo tres años detrás? El gobierno finalmente resolvió que eran malis. Los malis probablemente sean los responsables de la muerte de Chargill... si es que está muerto. En su mundo de fantasía, ¿no son tal vez responsables de esto? —Catham se dirigió a la puerta, la abrió, pareció sorprendido al no encontrarla con llave, y salió.

Arkor, Jon y la duquesa se miraron entre sí.

—Bueno —dijo Arkor—, nos aconseja con seriedad pero no lo cree.

—Eso es mejor que nada —dijo Jon.

—Arkor, averigua que diablos es espuma-viva y trae algo lo más pronto posible —dijo la duquesa.

CAPÍTULO DOS

Quince monedas de cobre de cien unidades habían sido distribuidas sobre una caja de cartón vacía, en forma de un cuadrado con un ángulo vacío.

Un puño peludo golpeó la superficie, las monedas saltaron y los tres hombres que habían estado arrodillados junto a la caja cayeron hacia atrás, haciendo ruido.

—¿Cuál es la idea? —preguntó uno con pelo castaño y enrulado.

—¡En, eh, mírame! —Una sonrisa partía como un tajo la cara del que había interrumpido. Rollizo, ancho como un tonel, sin cuello y con un mentón pequeño, tenía el pelo y las cejas del color del cáñamo.— Mírame —vociferó nuevamente; echó atrás la cabeza y se rió.

—Oh, olvídalo -gimió el muchacho de ojos verdes y abundantes pecas a quien llamaban Shrimp—. ¿Por qué no eliges a uno de tu propio tamaño?

El torso rollizo de Lug rodó sobre su pelvis y las manos braquidactílicas golpearon en su estómago bajo y duro.

—Yo elijo... —se volvió hacia el tercer hombre—... ¡tú!

Waggon, el tercer hombre que se hallaba junto a la caja, tenía el mismo físico sólido, sólo que tenía el pelo como alambre y negro, y la frente aún más angosta.

—Oh, deja solo a Waggon —se quejó Shrimp—. Estamos tratando de enseñarle un juego.

—Él es de mi tamaño —gruñó Lug, dando un golpe travieso sobre el hombro de Waggon.

Waggon, que había estado concentrado en las monedas, levantó la vista sorprendido, parpadeando. Alrededor de las pupilas se veía muy poco blanco.

—Déjalo solo, Lug —dijo Shrimp nuevamente.

Por segunda vez Lug golpeó el hombro de Waggon. De pronto, Waggon giró sobre sus pies, mientras músculos como sogas se le anudaban en los hombros y muslos. Saltó sobre Lug y ambos rodaron por el suelo. Los otros reclutas miraban desde las cuchetas o desde donde estaban sentados leyendo panfletos militares. Un guardia del bosque de dos metros diez que había estado recostado contra la doble, cucheta se apartó de la pared color aceituna oscuro y se dirigió hacia los dos neanderthales peleadores. Los tomó por sorpresa. Un gemido, otro gemido, y Lug y Waggon se encontraron colgando por las solapas de los puños del guardia del bosque.

—¿Por qué no aprenden a hacer una pasable imitación de los seres humanos, monos? —preguntó el guardia con voz moderada.

Las grandes pupilas parpadearon, los puños se cerraron como las garras de los gatos y los dedos de los pies que sobresalían de las botas abiertas se plegaron. El guardia del bosque los soltó y rebotaron en el piso sobre sus propias articulaciones. Se sacudieron y se alejaron pesadamente; parecían haber olvidado el incidente.

—Cuidado —dijo una voz desde la puerta. Todos se irguieron inmediatamente cuando entró el oficial, seguido por tres nuevos reclutas: un guardia del bosque con el cráneo afeitado, un muchacho de piel oscura y

cabello negro de unos diecisiete años, con ojos color verde mar, y un neanderthal poco común y rollizo que seguía parpadeando.

—Hombres nuevos —dijo el oficial—. ¡Atención! Ptorn 047 AA-F. —El guardia rapado dio un paso adelante— Tel 211 BQ-T. —Tel, ojos verdes, silencioso, dio un paso adelante.— Kog 019 N-H. —Ahora se movió el neanderthal que parpadeaba.— Está bien, muchachos —dijo el oficial—, no olviden que hay una reunión de orientación dentro de... —miró el cronómetro que estaba en el techo—... once minutos. Cuando suene este gong, ¡apúrense! —abandonó la habitación.

Los tres recién llegados trataron de sonreír mientras una media docena de hombres pronunciaba un negligente "Hola".

Shrimp, ojos verdes y pecoso, se aproximó:

—¿Eh, alguno de ustedes está interesado en un juego de azar? Vengan conmigo para conocer a los muchachos. Me llamo Archibald Squash. De verdad. Imaginen a una madre que pone Archibald a su hijo. Pero pueden llamarse Shrimp. —Parecía que dirigía su atención cada vez más hacia el neanderthal. Entonces se volvió directamente a él y dijo:— Tu nombre es Kog, ¿cierto? Bien, ven y únete al juego.

Tel y Ptorn se miraron entre sí, luego siguieron a Shrimp y a Kog hacia donde otro hombre arreglaba monedas sobre una caja de cartón.

—Hola, Curly —dijo Shrimp—. Este es Kog. Kog, Curly. Kog quiere jugar con nosotros, Curly. ¿No es así, Kog? —Una amistad tan entusiasta le pareció a Tel algo forzada. Pero el neanderthal sonrió y asintió con la cabeza.— No tienes más que sentarte aquí —y Shrimp, con la mano sobre el hombro de Kog, lo hizo ponerse en cuclillas junto a la caja de cartón—. Así jugamos nosotros (¿tienes algo de dinero?). Pones las monedas en forma de cuadrado, de cuatro por cuatro, pero con un ángulo vacío. Entonces tomas esta de diez unidades y la haces saltar por encima de la tapa de la caja de modo que caiga sobre el ángulo vacío, ¿ves? Entonces desde los otros lados del cuadrado salen volando dos monedas, así. Ahora numeramos las monedas del lado opuesto: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. (Saca tu dinero, Kog) y apuestas a dos de ellas. Déjame mostrarte. Yo apuesto al dos y al seis. Ahora hago saltar la moneda y... y vuelan dos y cinco. Toma, sacaste media unidad. Eso es porque sólo salió la mitad de mi apuesta —puso una moneda en la mano de Kog—. Ahora, prueba tú.

—Eh... sí —asintió Kog—. ¿Cómo se llama esto?

—Erramat, dado-doble, moneda cortada, siete abajo, elige.

—¿Erramat...? —preguntó Kog.

—Erramat —repitió Shrimp—. De acuerdo, coloca tu dinero. Bien. ¿Apuestas?

—¿Uhh? Oh, eh... dos y seis.

Kog hizo saltar la moneda, la pieza dio en el extremo vacío y del costado saltaron dos monedas que no eran ni dos ni seis.

Shrimp gimoteó y Curly levantó la marca de Kog.

—¿Uhh? —preguntó el neanderthal.

—Oh, no terminó —dijo Shrimp—. Es sólo un primer intento. Ahora juguemos todos otra vez.

Sobre la tapa de la caja aterrizaron marcas ajadas y la moneda fue arrojada una vez; luego otra; luego otra.

En la cara de Kog se había cincelado un entrecejo desconcertado cuando de pronto Ptorn, el guardia de cráneo liso, se inclinó sobre la mesa improvisada y dijo llanamente:

—¿Qué les parece si me dan una oportunidad?

Shrimp alzó la vista, primero sorprendido, luego molesto.

—Estaba a punto de sugerir que interumpiéramos el juego. Quiero decir…

—Vamos —insistió Ptorn. El largo brazo llegó hasta el hombro de Tel y los dedos marrones dispusieron las monedas en forma de cuadrado. Shrimp y Curly intercambiaron miradas compungidas.

—Dinero —dijo Ptorn y puso una marca junto a las monedas.

—Creo que voy a agregar mi marca ahora mismo.,, —dijo Curley y del otro lado de la mesa recibió un puntapié de Shrimp y la mano de Curly, que había comenzado a recoger sus ganancias distraídamente, retrocedió de un brinco como un resorte al que hubieran aflojado de golpe.

—Tres y cinco — dijo Ptorn. Las uñas anchas y marfileñas del dedo índice golpearon el canto marcado.

Tres y cinco saltaron del cuadrado.

Ptorn levantó la moneda.

—Dos y seis —dijo, moviendo nuevamente la moneda para hacer otro tiro.

Click-click.

Dos y seis.

Nuevamente Ptorn tomó las marcas entre sus dedos.

—Dos y cuatro.

—Espera un minuto... —interrumpió Shrimp.

—Dos y cuatro.

Click-click.

Ptorn esperó mientras colocaban los últimos billetes en su palma de doble ancho. Luego dejó caer el dinero frente a Kog.

—Esto es tuyo, mono —le dijo. Y se marchó.

Shrimp suspiraba con enojo.

—Malditos grandotes —murmuró mirando al guardia—. ¿Cómo lo hacen, eh? ¿Cómo? Es un juego totalmente limpio, pero ellos ganan siempre —de pronto miró directamente a Tel y sonrió—. Eh —dijo—, apuesto a que eres de una de las villas pesqueras del continente.

—Así es —dijo Tel, devolviendo la sonrisa—. ¿Cómo lo supiste?

—Tus ojos —dijo Shrimp—. Verdes. Como los míos. Tú sabes, nosotros, los pescadores, tenemos que unirnos. ¿Qué te hizo meterte en el ejército?

Tel se encogió de hombros.

—No tener otra cosa que hacer.

—Esa es la verdad —dijo Shrimp—. Oh, aquí está Curly, mi compañero de crímenes. Es granjero.

Curly seguía rumiando sus pérdidas de juego.

—No soy granjero —gruñó—. Formé parte de una pandilla de malis en la Olla del Diablo durante casi un año.

—Seguro, seguro -dijo Shrimp—. Tú sabes, este es un juego totalmente honesto. Lo juro por los rizos amarillos de Su Majestad. Pero sin embargo...

Un tañido del gong rompió el aire como si hubiera sido porcelana y una voz metálica les golpeó los oídos: "Todos los nuevos reclutas, presentarse en el Estadio de las Estrellas. Todos los nuevos reclutas, presentarse en el Estadio de las Estrellas..."

—Somos nosotros —dijo Shrimp y junto con los otros él y Tel y Curly detrás de ellos, se dirigieron hacia la puerta.

Entre los edificios centrales de Telphar, a los cuales estaba restringida la actividad de los reclutas, había una estructura que se hundía en la ciudad como una ampolla invertida. Suficientemente grande como para albergar a diez mil bajo su techo de simuladas constelaciones luminosas, sólo una sección estaba llena de inquietos soldados rasos.

En sus asientos, los oficiales parecían juguetes resplandecientes. Uno se acercó al micrófono, tosió, y mientras el eco retumbaba de pared a pared a través de la arena, comenzó:

—Tenemos un enemigo detrás de la barrera, tan hostil a cualquier principio y tan abominable que la humanidad...

Entre los seiscientos nuevos soldados estaba sentado Tel, y escuchaba, con más interrogantes que algunos, y con no tantos como otros.

Luego los reclutas estuvieron en libertad hasta el día siguiente en que tuvieron que ir a los cuarteles de entrenamiento. Tel seguía pegado a los talones de Shrimp y Curly.

—¿Cómo es realmente este juego? —preguntó finalmente cuando regresaban a las barracas por la elevada carretera.

Shrimp se encogió de hombros.

—No lo sé con exactitud. Pero, de todos modos, los monos no tienen oportunidad. Oh, es honesto. Pero parece que no aciertan más que una en diez. La gente común como tú y yo, bueno, lo hacemos bien y mejoramos con la práctica. Pero esos muchachos grandotes... olvídate cuando ellos están por los alrededores. ¿No vas a entrar con nosotros?

Se habían detenido ante la puerta de las barracas.

—Bueno —dijo Tel—, creo que voy a seguir caminando para ver qué pasa por ahí.

—Puedo decirte que no demasiado —dijo Shrimp—. Pero haz lo que quieras. Te veo más tarde.

Cuando Tel se marchó, Shrimp iba a entrar, pero Curly miraba la figura que desaparecía por el camino iluminado por la luz del crepúsculo.

—¿Qué estás esperando? —preguntó Shrimp.

—Shrimp, ¿de qué color son los ojos del chico?

—Verdes —dijo Shrimp—. Un poco más oscuros que los míos.

—Eso es lo que yo pensaba también esta tarde. Pero mientras volvíamos estuve mirándolo todo el tiempo y ya no lo son más.

—¿De qué color son entonces?

—Es justamente eso —dijo Curly—. No son nada. Es como si tuviera dos agujeros en la cabeza.

—Diablos, está casi oscuro. No podías ver.

—Oh, sí, podía. Y juro que no había nada detrás de los párpados. Sólo agujeros.

—Este aire de la tarde no te hace bien, muchacho —dijo Shrimp, sacudiendo la cabeza—. Ven adentro y te jugaré una honesta partida de Erramat.

Tel paseaba camino arriba. Tomó una rampa cubierta que subía de una carretera espiralada a otra y aparecía por encima de la mayoría de los edificios de los alrededores. Sólo el palacio central era perceptiblemente más alto que éste. El camino hacía una curva alrededor de la torre oscura y Tel pudo mirar los edificios más pequeños de Telphar por encima de la barandilla triple.

Abajo, la ciudad se extendía hacia las praderas y las praderas hacía las montañas que todavía resplandecían débilmente en sus bordes nudosos, a causa de la barrera de radiación. Todo le era familiar. De pronto se encendieron las luces de mercurio y blanquearon las sombras que cubrían la rampa. Al alzar la vista vio la figura, quizás a un metro ochenta de distancia, de otro recluta que había salido a investigar.

Cuando Tel se aproximó, descubrió que el hombre tenía la cabeza rapada. Entonces, acercándose, reconoció al guardia del bosque que había llegado con él esa tarde.

Ptorn lo vio y lo saludó con la mano..

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo Tel—. ¿Tú también andas caminando?

Ptorn asintió y miró por encima de la barandilla. Tel se detuvo junto a él y se reclinó sobre la barra más alta. Una brisa le agitaba los puños, descubriéndole las muñecas, y le apretaba las solapas contra el cuello.

—Eh —dijo Tel al cabo de un minuto—. ¿Cómo haces con ese juego?

—No lo entenderías.

—¿Eh? -dijo Tel-. Seguro que sí. Haz la prueba.

Ptorn se puso de costado contra la baranda.

—Si realmente quieres saber, haz la prueba de seguir esto: supon que estás en la ciudad, en Toron, y que estás en la acera. Ahora digamos que uno de esos camiones grandotes de Hidropónicos Koshar que llevan material desde los muelles hasta los depósitos se acerca calle abajo, y digamos que se detiene un cuarto de camino antes que termine la cuadra. ¿Qué pasa?

—¿Se para?

—Bueno, no, no quiero decir que se pare exactamente. Digamos que frena el motor.

—Entonces sigue bajando.

—¿Hasta dónde?

Tel se encogió de hombros.

— ¿Eso depende, no es cierto, de lo pesado que era el camión o de lo rápido que iba?

—Correcto —dijo Ptorn-. Pero si tú estuvieras cruzando la calle, podrías juzgar con bastante exactitud si tienes tiempo o no para cruzar, o en qué lugar va a detenerse el camión... una vez que viste que empieza a disminuir la velocidad.

—Creo que sí —dijo Tel.

—Bien, ¿te das cuenta que cuando haces eso estás haciendo subconscientemente un problema que a un matemático, que conoce el peso exacto del camión, la velocidad, el promedio de desaceleración y el componente de fricción de las ruedas, le llevaría con lápiz y papel, por lo menos un par de minutos para resolver? Sin embargo, tú lo haces en menos, de medio segundo contando sólo con la información que pueden reunir tus sentidos en uno o dos momentos.

Tel sonrió.

—Sí, es bastante sorprendente. ¿Pero qué tiene que ver esto con el juego?

—Justamente eso. Tú y yo podemos hacerlo. Pero si pones a uno de los monos en aquella esquina, tendría que permanecer allí hasta que el camión se pusiera en punto muerto antes que se animara a cruzar la calle. Oh, seguro, si le enseñaras matemáticas y le dieras un lápiz, papel y todos los factores, podría descubrirlo más o menos en el mismo tiempo que cualquier otro matemático. Pero mirando simplemente al camión no puede descubrir dónde va a detenerse.

—Sigo sin verlo del todo —dijo Tel.

—Bien, mira: así como ustedes los hombres pueden descubrir mediante la simple observación cosas que los monos jamás podrían percibir, del mismo modo nosotros podemos descubrir con sólo una mirada cosas que ustedes, los hombres, tampoco podrían ver, como por ejemplo a qué ángulo y con qué fuerza hay que arrojar esa moneda para hacer que las otras vuelen del cuadrado. Si puedes juzgar la dirección y la velocidad de la moneda, puedes descubrir el alcance y el juego de fuerzas en la matriz y de qué modo resultará en los lados del cuadrado.

—Creo que entiendo —djjo Tel.

—Yo no puedo explicarte a ti las matemáticas, pero tú no puedes explicarme las matemáticas de tu camión en pendiente.

—Creo que no —dijo Tel. De pronto alzó la vista hacia el guardia del bosque y frunció el ceño—. Recién, cuando dijiste "hombres", sonó como algo que... no eras tú.

Ptorn se rió.

—¿Qué quieres decir? Los monos son parte de ustedes asi como ustedes los hombres son parte de nosotros...

—Ves —dijo Tel—. Incluso ahora. ¿No puedes oír el modo en que lo dices?

Ptorn permaneció un momento en silencio. Luego dijo:

—Sí. Lo oigo.

De pronto el muchacho sintió rechazo por el silencio.

—En cuanto al juego —dijo—, ¿podría alguno de nosotros... hombres, hacer lo que tú hiciste sólo con conjeturas?

Ptorn se encogió de hombros.

—Supongo que algunas mentes excepcionales pueden. Pero no es verdaderamente importante, ¿no es cierto?

—Creo que no —dijo Tel—, Nosotros los hombres —repitió—. ¿Qué nombre se dan, si no piensan en ustedes como hombres?

Ptorn se encogió nuevamente de hombros.

—Pensamos en nosotros como guardias, guardias del bosque. Sólo que el "bosque" no es tan importante.

—Eso es cierto. A veces se habla de ustedes como guardias del bosque, a veces como gente del bosque.

—Como "guardias" cuidamos el penal de las minas en el borde del bosque y devolvemos a los prisioneros que escapan.

—Oh, sí —dijo Tel—. Lo había olvidado. —Nuevamente examinó los edificios oscuros.— Una vez, antes de entrar en el ejército, conocí a un prisionero que había escapado —por un momento se quedó en silencio.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ptorn.

—¿Eh? —dijo Tel, alzando nuevamente la vista—. Oh, para decir la verdad, estoy pensando en un collar.

—¿Un collar?

—Sí —dijo Tel—. Era de caracoles, caracoles pulidos que ensarté en una tira de cuero.

—¿Y eso que tiene que ver con el prisionero que se escapó?

—La chica a la que se lo di también conocía al prisionero. Una vez se rompió, lo pisaron. Pero más tarde lo arreglé. Era un bonito collar. Yo mismo pulí los caracoles.

—Oh —dijo Ptorn suave, delicadamente.

—¿Qué supones que son todas esas luces, en el límite de la ciudad? —preguntó Tel.

—No estoy seguro. Quizá tengan algo que ver con el campo de maniobras básicas. Aunque parece que estuvieran afuera, en la zona controlada de la ciudad.

—Sí —dijo Tel—. Pero entonces, ¿para qué iban a tener luces si no hay gente?

—Quién sabe —de pronto se puso más derecho—. Eh, mira.

—¿Qué es? -preguntó Tel.

—¿No ves? Algunas están apagándose, haciendo guiños.

—Oh, sí. Recién vi una. Me pregunto a qué distancia están.

—No estoy seguro —dijo Ptorn—. Las que se apagan no se encienden otra vez. Me pregunto que tendría que ver con las maniobras básicas. Sabes que se supone que son seis semanas difíciles.

—Escuché que es duro.

—Sí —dijo Ptorn—. Pero así es el enemigo.

—Sabes —dijo Tel, encorvando sus hombros—, entre los reclutas no vi ninguno de tus... guardias que pueda leer la mente, esos con las tres cicatrices.

Ptorn se incorporó.

—¿Realmente? —dijo—. ¿Qué sabes sobre los telepatas?

—Nada —dijo Tel— Sólo sé... —se detuvo—. Bueno, una vez conocí a un muchacho, quiero decir un guardia, que podía leer la mente. Y tenía cicatrices...

—Conoces a mucha gente interesante, no es así —dijo Ptorn—. ¿Sabes que muy pocos hombres conocen a los guardias telépatas? Muy, muy pocos. En

realidad, diría que fuera del bosque hay unos cuarenta que lo saben. La mayor parte de ellos está en el concejo.

—¿Tú no eres... telépata? —preguntó Tel.

Ptom sacudió la cabeza.

—No, yo no. Y tú tienes razón: en el ejército no hay ninguno, no los recluían.

—Normalmente no hablo de ellos —djjo Tel con cautela.

—Creo que eso es bueno —dijo Ptorn—. Eso es bueno —de pronto puso la mano sobre el hombro de Tel—. Regresa conmigo a las barracas, muchacho. Quiero contarte una historia.

— ¿Sobre qué?

—Sobre un prisionero. Quiero decir sobre un prisionero que escapó.

Abandonaron la barandilla y se encaminaron hacia la rampa que los llevaría de regreso al nivel de las barracas.

—Yo vivía cerca del penal de las minas, Tel. No todos los guardias del bosque patrullan las minas, pero si has nacido cerca de ellas, existe la posibilidad de que lo hagas. Allí estamos organizados en escuadrones, pelotones, un ejército en miniatura. Más lejos las tribus de guardias son mucho más informales, pero cerca de las minas, donde hay que hacer un trabajo, tienen que ser totalmente estrictos. El muchacho que estaba a cargo de nuestro pelotón era un guardia tranquilo, con tres cicatrices que le recorrían la mejilla y el cuello. Solíamos sentarnos alrededor del fuego, hablando o disputando pero Roq —así se llamaba— permanecía contra un árbol y observaba. En el momento al que me refiero, acababa de oscurecer, y los palillos sobre los cuales habíamos asado la carne todavía estaban apoyados contra el fuego rodeado de rocas, con las puntitas brillantes por la grasa. Detrás de la quietud de las hojas se sentía el aire cargado de lluvia.

"Entonces saltó una rama, las hojas se rozaron entre sí y Larta entró en el claro. Larta era una teniente del pelotón de Frol que patrullaba los bosques a una milla de distancia. Ella también tenía el lado izquierdo de la cara recorrido por tres cicatrices. Se quitó del hombro una piel negra que se balanceó brillando con la luz naranja del fuego. Quedamente, Larta y Roq conversaron quizá diez segundos. Luego, todavía sin mirarnos a los demás, hablaron de modo que pudiéramos entender.

"—¿Cuándo tratarán de escapar de la mina? —preguntó ella.

"—Inmediatamente antes del amanecer —dijo Roq.

"Ahora escuchábamos todos.

"—¿Cuántos tratarán de huir? —preguntó Roq.

"—Tres —dijo Larta—. Está el hombre mayor que cojea. Hace catorce años que está en las minas. Cinco años atrás le aplastaron la pierna derecha en un derrumbe. El odio le brilla detrás de los ojos como un rubí pulido. Anda agazapado junto al guardia cárcel, jugueteando con una ramita entre los dedos, mientras espera, tratando de no pensar en el dolor que siente en la pierna. Se siente muy viejo. Junto a él está el fuerte. La textura de su mente es como hierro y mercurio. Tiene mucha conciencia de su propio cuerpo y mientras marcha agazapado piensa en el rollo de grasa donde las piernas se unen con la cintura y en los rollos del estómago por debajo del uniforme de prisionero. Tiene conciencia de las seis pecas en la mejilla derecha y de las diez en la izquierda. En el costado derecho del abdomen tiene la cicatriz de una apendicectomía y ahora piensa en eso, viendo fugazmente las paredes blancas del edificio del Servicio Médico con sus llamadores de cromo. En la prisión siempre ha tratado de parecer una persona serena, adaptable a las circunstancias, deslizándose con corrección y tranquilidad en medio de las escasas situaciones nuevas que se presentaban. Pero la determinación con que ha planeado su fuga... —tiene las uñas sucias de partículas húmedas y mientras siente esto entre sus dedos recuerda cómo estuvo a punto de ser apresado en el túnel que ellos cavaron con cucharas y zapatos y manos para llegar hasta la garita del guardia cárcel—, la determinación es fría y firme. El tercero, el más joven, con el cabello negro alborotado y los ojos asombrados camina agazapado detrás de los otros dos. Piense en una pileta de agua en reposo. Luego piense en algo brillante que surge violentamente desde el fondo, una espada flamígera, esparciendo sus destellos sobre las ondulaciones de la superficie. Es así como la idea de libertad surge violentamente desde su mente arrogante. —Mientras Larta hablaba, comenzó a caer una llovizna suave y ligera.

"—Se amontonan uno junto al otro —dijo Roq—. De un lado al otro de la garita del guardia-cárcel se ata una cuerda frente a la entrada que da a las cabañas. El guardia de atrás siempre se va por este camino mientras que el de adelante se va por la entrada que da a la jungla. El primer guardia saltará sobre la cuerda y gritará. El segundo correrá hacia el lugar para ver qué pasó y los dos se lanzarán hacia el bosque atravesando la franja de luz. Mercurio e Hierro lo planearon así. El inquieto Rubí ató un extremo de la cuerda y la Espada Destellante ató el otro. Están esperando, con la única compañía de la respiración y de la lluvia ligera.

"Nosotros permanecimos quietos y también esperamos. Larta regresó a su pelotón. Esta es la historia en su parte principal —dijo Ptorn—. La verdadera fuga, cómo oyeron gritar al primer guardia y correr al segundo, cómo cruzaron a toda velocidad la franja y se separaron entre los árboles húmedos y oscuros; o cómo en la oscuridad seguí los pasos de Rubí Secreto, cómo lo escuché renguear sobre las hojas mojadas, a menos de dos metros de distancia, cómo lo oí detenerse, dudar, luego susurrar; '¿Hank, Jon, son ustedes? Por el amor de...' y entonces encendí mi espada flamígera y las hojas húmedas de pronto fueron un verde brillante, y él retrocedió tambaleante y gritó, confundido el Rubí del odio en el ángulo de los ojos; gritó nuevamente y entonces cayó de boca sobre la tierra blanda. Apagué la luz nuevamente y los destellos murieron, y el cuerpo desapareció. O cómo el gordinflón gritaba y gritaba y se agarraba con fuerzas del tronco chorreante, la mejilla apretada contra la corteza, y gritaba. Y el mercurio se evaporó y el

hierro lo inundó con un miedo líquido y caliente. Y finalmente, todavía agarrado del árbol, gritó: '¡Quiénes son ustedes! ¡Háganse ver! ¡No es justo! Por favor, no es justo...' y lo rodeamos en círculo, cada vez más cerca. O cómo llevábamos los cuerpos, en la madrugada, bajo la lluvia, para dejarlos en el barro, fuera de las cabañas, eso está verdaderamente más allá de la historia, la verdadera historia de la fuga.

Ya casi habían llegado a las barracas.

—¿Por qué...? —comenzó Tel—. ¿Por qué me dijo esto?

Ptorn sonrió.

—Sólo trajimos de vuelta dos cuerpos. El tercero, el más joven, quedó retenido en los campos de radiación, a donde no pudimos seguirlo. Tendría que haber muerto. Pero no murió. Escapó. Tú dijiste algo acerca de un prisionero fugado y en los últimos dieciséis años ha habido sólo una fuga. Además conoces a los telépatas. Y por otra parte, tienes ojos extraños. ¿Lo sabías?

Tel parpadeó.

—Yo no soy telépata —dijo Ptorn nuevamente—. Pero cualquier guardián del bosque te hubiera contado esa historia si tú le hubieras dicho lo que djjiste. Nosotros nos confiamos información mucho más de lo que lo hacen ustedes, los hombres. Nosotros... percibimos las cosas con un poco más de claridad.

—Pero todavía no entiendo...

—Mira, mañana empezamos con las maniobras básicas. En seis semanas estaremos enfrentando al enemigo. Hasta entonces, amigo, mantente alejado de los juegos de azar. Pueden no ser tan de azar como piensas. Y cierra la boca.

Entraron en las barracas.

CAPÍTULO TRES

La ciudad isla de Toron está diseñada en forma de círculos concéntricos. En el centro, recorrido por calles encolumnadas, están el Palacio Real y las mansiones con torres pertenecientes a prósperos comerciantes e industriales. Los edificios se contemplan entre sí con los ojos abiertos de las ventanas, muchas de ellas formadas por láminas de vidrio opaco que rotan uno a través del otro por medio de maquinarias ocultas. Los balcones de mármol y bronce son los labios de los pisos superiores. La gente, vestida con colores brillantes, se pasea ociosamente por las calles.

El círculo externo es el litoral, muelle, desembarcaderos, edificios públicos y depósitos. Justo adentro está la sección conocida como la Olla de Diablo, una maraña de calles angostas donde furiosos gatos grises y callejeros se pasean con las ratas de los muelles por encima de la basura derramada. Aquí vive la vasta población de trabajadores de Toron y el menos vasto pero vicioso submundo de la ciudad, muchos de ellos en las errantes pandillas de malis, que penetran desde la orilla de la isla.

Entre el círculo externo e interno hay una sección de departamentos indistintos, casas de alquiler, e incluso ocasionales viviendas particulares para empleados y artesanos, vendedores y secretarias; doctores, ingenieros, abogados y supervisores: aquellos que han trabajado suficientemente fuerte y han sido suficientemente afortunados como para salir de la confusión de la Olla del Diablo y aquellos demasiado débiles para adherirse al centro que han sido arrancados del eje giratorio.

En una de esas casas, en un departamento de dos habitaciones, una mujer estaba tendida de espaldas, los ojos cerrados, la boca abierta, los dedos entrelazados en las sábanas de la cama. Tenía profunda conciencia de la ciudad que se extendía a ambos lados. Y estaba tratando de no gritar.

Apretó las mandíbulas y los ojos se abrieron de golpe, como los de una muñeca. En la puerta tenía una placa que decía (letras negras sobre metal amarillo) Clea Rahsok. Rahsok era su verdadero apellido deletreado de atrás para adelante. Una vez su padre, a sugerencia de ella, había llamado "Rahsok" a una sucursal de la compañía de equipos de refrigeración. Tenía doce años cuando le sugirió el nombre a su padre. Ahora usaba el disfraz para ella. Hasta hacía tres años había vivido entre la casa de su padre y la Universidad. Pero entonces hizo tres descubrimientos.

Ahora vivía sola y hacía pocas cosas además de caminar, leer, hacer números en su anotador, yacer
de espaldas y tratar de no gritar.

Lo primero que Clea había descubierto era que alguien a quien amaba, amaba con una pasión dolorosa que le producía picazón en la nuca, que le hacía apretar las mandíbulas y encoger el estómago cada vez que pensaba en él (el cabello corto y pelirrojo, el cuerpo ancho y taurino, la sonrisa repentina y la risa profunda como el gruñido de un oso), ese alguien estaba muerto.

Lo segundo que había descubierto (había estado trabajando en ello alrededor de la mitad de su permanencia en la universidad y nueve décimos del tiempo que estaba destinado al proyecto del gobierno que había emprendido inmediatamente después de recibir su título) era las funciones subtrigonométricas inversas y su aplicación a las coordenadas espaciales aleatorias. El resultado era un papel que había presentado a la universidad y luego a un selecto comité de cancilleres del gobierno. La conclusión todavía le atravesaba la mente: "... de modo que, caballeros, es más que concebible que con lo que todavía resta de la cinta de paso podamos enviar entre doscientas y trescientas libras de materia a cualquier lugar del globo con una precisión de micrones. ¡A cualquier lugar! ¡A cualquier lugar!"

Lo tercero que había descubierto…

Primero algo acerca de su mente. Era una mente matemática laboriosa, brillantemente esculpida. Una vez a ella, juntamente con otros cincuenta matemáticos y físicos, le habían entregado tres páginas con datos sobre radiación para descubrir un camino por arriba, por abajo o alrededor de ella. Ella los había mirado durante tres minutos (después de haberlos dejado de lado durante tres días mientras garabateaba en su anotador sobre su propio proyecto preferido) y había anunciado que la radiación era artificial, generada por un único proyector que podía ser destruido, y de ese modo había resuelto el problema. En resumen, era una mente que atravesaba la información para llegar a la respuesta correcta aunque la pregunta se hubiera formulado en forma incorrecta.

Había descubierto la tercera cosa cuando se la asignó para trabajar en una pequeña sección de un proyecto del gobierno ultra secreto, después de la presentación de su informe sobre funciones subtrigonométricas. No le habían hablado del proyecto ni de la significación de su parte, pero su mente, extrapolando el fragmento que le correspondía, había excavado y excavado en el misterio. Era parte de alguna computadora inmensamente compleja, cuyo propósito, aparentemente, debe ser… debe ser…

Se incorporó de un salto en la cama, las sábanas le descubrieron los senos y comenzó a respirar rápidamente en la oscuridad.

Cuando hizo este descubrimiento, desapareció. Lo más fácil fue el trivial disfraz del nombre. Lo más difícil fue convencer al padre para que le permitiera tomar ese departamento. Entre ambos, la minuciosa destrucción de algunos documentos del gobierno: todas las copias de sus contratos para trabajar en la cristalización de la causa de la guerra y el registro del diseño de su retina, archivado desde su nacimiento. Para evitar que la buscaran, se apoyó en la confusión general. Después de establecerse en esas dos habitaciones comenzó metódicamente a opacar el contorno de esa mente sorprendente.

Se alejó de sus libros por períodos cada vez más largos, trató de ignorar la propaganda sobre la guerra que inundaba la ciudad, tomó la menor cantidad de decisiones posibles y si no tuvo verdadero éxito en anularla, redujo suficientemente su agudeza para lograr el mismo fin.

Pensaba muchísimo en la persona que había muerto, menos en las funciones sub-trigonométricas, y cuando de algún modo se aproximaba a la tercera cuestión, inmediatamente pensaba en otra cosa, en no gritar, en no gritar, en mantenerse quieta y en silencio.

Arrugado sobre el escritorio, había un cartel que ella había arrancado en una ocasión de un cerco de madera. Sobre el papel verde, letras escarlatas proclamaban:

TENEMOS UN ENEMIGO DEL OTRO LADO DE LA BARRERA

Clea se puso su bata, se dirigió hasta el escritorio y tomó el cartel. De pronto, entró en la habitación de adelante sin encender la luz. Sus ropas estaban sobre el respaldo de una silla. Se vistió en la oscuridad. Luego fue hasta la puerta, salió a la sala y caminó hasta las escaleras. En los rincones había prismas de polvo azul grisáceo. En la puerta de adelante vio al doctor Wental que trataba de entrar. Cuando se la abrió, él sonrió, se rascó el cabello delgado como papel de envolver y golpeó contra el quicio de la puerta.

— ¡Doctor Wental! —dijo Clea—. ¿Está usted bien?

Sonriendo todavía, el doctor movió la cabeza vigorosamente.

—Espíritus —dijo—. Tranquilícese. Tenemos que subir en silencio para que mi esposa no... —la nuez dio un pequeño salto en la garganta y el doctor se tocó los labios con el puño, culposamente—... no se entere. En silencio. —El brazo extendido aterrizó sobre el hombro de Clea y tambaleó contra ella mientras le cedían las rodillas.— Hermosos espíritus verdes, señorita Rahsok. Si usted me perdona un chiste terrible, realmente estoy en un buen... —pero hipó nuevamente—. Mucho de mucho, demasiado. ¿Puede ayudarme a subir, señorita Rahsok, en silencio?

Clea suspiró y sostuvo al doctor Wental hasta las escaleras.

—Así mi esposa no se enterará —dijo nuevamente—. Oh, esta guerra es una cosa terrible. Tenemos un enemigo del otro lado de la barrera, pero de qué sirve aquí, en Toromon... —sacudió la cabeza—. Uno tiene que trabajar tanto para salir adelante y conseguir en la vida las cosas mejores. Pero es difícil — se detuvo para sacudir nuevamente la cabeza—. Ocasionalmente uno sólo tiene que dejar... —en la palabra "dejar" resbaló dos escalones abajo de los seis que habían logrado vencer. Clea dijo en voz baja "maldito sea" y se agarró con fuerza del pasamanos—. ¿Usted conoce —continuó el doctor Wental— toda esta producción creciente de toda clase de equipos? Y un buen civil no puede hacer uso de ninguno. Tengo un hombre que vendrá a verme mañana; es un caso de una verruga eritematosa. Me lo recomendó un especialista. Hace unos pocos años hice una investigación sobre este tema y descubrí también algunas cosas. ¿Pero cómo puede uno tratar una verruga eritematosa sin la hormona adrinocorticotrópica? Usted mira en el catálogo del Servicio Médico y debe de haber lo suficiente como para tratar a un ejército... si es que puedo acuñar una frase. Pero intente conseguirla y alguien con una chaqueta blanca le dirá: "Lo siento. Durante este período los médicos privados sólo pueden obtener una dosis mínima". ¿Qué puedo decirle a este hombre? ¿Vayase? ¿No puedo tratarlo? ¿No puedo conseguir la droga? Y e! hombre tiene tanto dinero como sal el mar. Es uno de los Tildón. Soy un hombre honesto, señorita Rahsok, que simplemente trata de conseguirlo mejor para su familia. Eso es todo, de verdad. —Habían llegado a la puerta del doctor cuando éste cayó contra la pared. Se llevó el dedo índice de la mayo izquierda a los labios pidiendo silencio, mientras trataba de poner el pulgar en la cerradura.

Mientras Clea bajaba las escaleras nuevamente, oyó el susurro áspero tras ella.

—En silencio, en silencio, para que mi esposa no se entere.

Afuera, la brisa proveniente del mar golpeaba las casas y se colaba por las calles. El vestido negro de Clea le ceñía el cuello y el cabello negro (en una ocasión había sido trenzado con una cadena de plata, y ella había bailado vestida de blanco con un hombre que tenía pelo corto y rojizo, cuyos hombros eran anchos, cuyas palabras eran cuidadamente inteligentes, cuya risa era como el gruñido de un oso, que usaba uniforme militar... y que estaba muerto), el cabello negro estaba recogido en un rodete tirante que le llevaba quince minutos cada mañana cepillar, peinar y dejar tieso y brillante como la laca.

Cuidadosamente, tan cuidadosamente que no desabrochó el cuello del vestido, Clea sorbió el aire frió y con el diafragma. Siguió caminando ahora con mucha más tranquilidad.

—Eh, señora.

Dio un salto, pero era un oficial.

Mientras se acercaba y caía bajo el anillo de luz del farol de la calle, el uniforme pasó del color opaco de la parte de abajo de las hojas de nogal al color oliva.

—¿No es un poco tarde para que ande paseándose por la calle? Justo a seis cuadras de aquí un grupo de malis de la Olla golpearon a un hombre y casi lo matan. Sería mejor que volviera a su casa.

—Sí, señor —dijo Clea.

El oficial siguió caminando, pero Clea se detuvo un momento. Luego se volvió y se puso en marcha. Cuando había caminado veinte pasos, echó una mirada atrás, quizá para ver si el oficial estaba observando.

Bajo la luz de la calle, donde Clea había estado un minuto antes, había una muchacha de cabello blanco y sedoso. Clea frunció el ceño justo en el momento en que la muchacha se hacía rápidamente a un lado... ¡y desaparecía!

Clea abrió la boca. En el instante en que la muchacha salió del haz de luz del farol, desapareció, se extinguió como la llama de una vela. Clea parpadeó. Luego se marchó apresuradamente hacia su casa.

Se detuvo a mitad de camino. A unas tres cuadras, recordó, había un bar que permanecía abierto toda la noche con un inmenso despliegue de juegos mecánicos, bolos y máquinas tragamonedas.

Llegó a su casa a las seis de la mañana del día siguiente. Durante las dos últimas horas el encargado del bar no había hecho otra cosa que apoyarse en el mostrador y observar a la mujer del rodete apretado y con un vestido negro de cuello alto que sólo bebía bebidas sin alcohol y que amasaba

puntajes fenomenales en las máquinas de juego. Una mujer con un pañuelo en la cabeza estaba sacando un tacho de basura frente al edificio.

— ¿Levantada tempranito, señorita Rahsok? —preguntó la mujer, limpiándose las manos en el vestido de hacer la limpieza—. Es bueno levantarse temprano y dar un paseo. Demuestra que uno está bien. Con esta guerra es tan difícil estar alegre. Lo único que quiero es que podamos enviarles cartas a nuestros muchachos, o escuchar qué pasa, o enviar encomiendas. Así sería mucho más fácil. A veces lo único que deseo es tener un hijo para estar orgullosa de... Pero también es difícil para una mujer con hijas. Tome, por ejemplo, mi hija mayor, Renna. ¿Usted cree que ella apreciaría lo difícil que es? Porque con todos los jóvenes realmente dignos de elección que hay más allá de la barrera, una muchacha tiene que ser particularmente cuidadosa de quién conoce, con quién sale. Yo no dejo de presentarle buenos muchachos, pero ella elige siempre a cualquiera. Oh, es tremendo. Si una muchacha pretende salir adelante, tiene que tener cuidado. Hace años que Renna está viéndose con un muchacho espantoso llamado Nonik. Vol Nonik. ¿Y sabe dónde viven los padres? —señaló
hacia la Olla—. Y ni siquiera vive con ellos.

—Discúlpeme —interrumpió Clea—. Tengo... tengo un poco de trabajo y debo subir. Discúlpeme.

—Oh, por supuesto, por supuesto —dijo la mujer, mientras entraba.—. Pero usted sabe, una muchacha no puede ser demasiado cuidadosa.

Dentro del apartamento, Clea permaneció junto a la puerta cerrada, pensando: "Sus brazos eran fuertes. Una vez me tomó por atrás cuando íbamos caminando en fila única a lo largo de la pared de piedra que estaba junto al muelle. Su risa era como el gruñido de un oso; se rió cuando miramos las dos ardillas que conversaban entre sí en el campus el día que fue a visitarme a la isla University, y sus palabras eran serenas e inteligentes. Me dijo: Tienes que decidir qué quieres hacer'. Y yo dije: 'Quiero trabajar en mi proyecto sobre funciones sub-trigonométricas y quiero estar contigo, pero si esta guerra...' Y de pronto descubrí qué profundo era lo que me había dicho, y descubrí que habiendo dicho lo que quería en voz alta, a él, eso era mucho más fácil de conseguir, aún a pesar de la guerra... ¡la guerra! ¡Está muerto!", y dejó de pensar.

Sobre el escritorio vio la regla de cálculo y el anotador que sobresalían desde abajo del cartel arrugado y recordó. "... en resumen, a lo que se reduce toda esta mezcolanza matemática, caballeros, es a que esas funciones sub-trigonométricas inversas se aplican verdaderamente al sistema de coordenadas espaciales aleatorias que he subrayado y lo definen con precisión; de modo
que, caballeros, es más que concebible que con lo que todavía resta de la cinta de paso podamos enviar entre doscientas y trescientas libras de materia a cualquier lugar del globo con una precisión de micrones del tamaño de una cabeza de alfiler". ¡A cualquier lugar! ¡A cualquier lugar!... y dejó de pensar.

Cerró la ventana, se tendió en la cama y nuevamente los recuerdos le inundaron la mente. Había comenzado a trabajar en la computadora no mucho después del papel. "En lo primero que puede trabajar es algo para un input que tomará información de uno y medio a tres y cuarto killo-specs y pueda manejar por lo menos cuatro mil datos." Sin inmutarse, Clea supuso que debía ser un input que toma información directa del cerebro humano, viendo que la energía del cerebro del neanderthal había sido recién medida en uno y medio killo-specs, mientras que la extraña corteza del cerebro de los guardias del bosque producía tres y un cuarto. No, no era una correlación fácil de hacer. Pero ella tenía la información e hizo la conexión, del mismo modo que cualquier otro podría razonar que un termómetro, cuyas especificaciones establecían que si se leía más de treinta y siete grados era una indicación de temperatura anormal para un ser humano. Más tarde, vio sobre el escritorio de un colega el diseño de una perilla para cambiar el circuito del mismo diferencial de voltaje que haría pasar de input a output. Quitando o poniendo hasta cuarenta mil partículas de información directamente dentro de la mente humana, reflexionó Clea. El problema de los cuarenta mil datos lo solucionó por medio de cristales de tetrón trifacetados para responder a un zumbido de
multi-frecuencia y codificando los armónicos. Con diez cristales —cada uno del tamaño aproximado de una cabeza de alfiler— logró un sistema de clasificación que podría manejar sesenta y siete mil ciento cuarenta y nueve datos (tres décimos de la energía) y estaba bastante orgullosa del margen obtenido. Una vez, mientras exploraba el ala más alejada del edificio donde trabajaba, vio —a través de una puerta abierta— un lugar donde un artista había dejado pinchados sobre la pared varios bocetos de zonas pantanosas, grotescos e imaginarios, y algunas disecciones anatómicas estructuralmente imposibles. Dos semanas después corrió el rumor de que dos artistas que trabajaban en el edificio habían pasado por una lobotomía pre-frontal debido a la insistencia de los psiquiatras del gobierno. Algunas otras minucias: un mensajero que llevaba aquellos mismos bocetos y un carrete de cinta magnética a una oficina dos pisos abajo; que podría haber sido el mismo carrete que pasó de las manos de un técnico con chaqueta blanca a las de un oficial militar; la pregunta de ella acerca de los dibujos: "¿Oh, aquellos? Fueron quemados. Ya no se los necesitaba más", dijo el técnico de ojos violetas del laboratorio; eso parecía la desintegración de todo el proyecto y entonces ella se dedicó a otra cosa; los primeros informes sobre la conversión de la cinta de paso de un transmisor de materia con cable a un transmisor sin cable; y luego una conversación a la hora del almuerzo con un conocido proveniente de un departamento totalmente diferente: "... trabajando en una computadora muy difícil de operar. Por medio de cintas grabadas pone información directamente dentro del cerebro. No puedo imaginar qué va a hacer un cerebro humano con sesenta y siete mil datos, pero esa es su producción ¿Puede imaginarse?" Clea imaginaba. Al mismo tiempo había otros dos detalles menores. Un día iba caminando por el desembarcadero, al caer la tarde, cuando el cielo tiene el matiz de zafiros astillados entre largas nubes rojas. Entonces la golpearon tres cosas. Una: ¡él estaba muerto! Dos: ¡A cualquier lugar! ¡A cualquier lugar! Tres: ... Dejó de pensar. Iba a gritar.

Pensar en cualquier otra cosa, en no gritar, en quedarse quieta, en nada... Lentamente fue cediendo la tensión de la garganta, de los puños, de las pantorrillas, y se durmió.

Se levantó tarde, después del mediodía, se lavó los dientes, las manos, las muñecas, cuello y cara. Comió. Luego salió para comprar la comida para el día siguiente. De algún modo en medio de todo esto había logrado una forma nueva de calcular cualquier función de pi, pero para la época en que comenzó a pasear otra vez por las calles con la oscuridad de la noche tras ella, ya lo había olvidado.

El primer sonido que hizo que su mente volviera de un salto a la superficie fue un grito a su izquierda. En la calle lateral, se oían pisadas, un golpe sordo, otro grito, luego varios grupos de pisadas. Al principio intentó huir, pero algo la hizo seguir avanzando.

Miró del otro lado de la esquina, luego se apretó contra la pared. ¡Malis! Dos hombres y una mujer
corrían en dirección a donde un número ya indistinguible de personas alborotaba en la calle. Alguien retrocedió de un salto, un hombre recibió un golpe fuerte en el estómago y rodó sobre el pavimento. Una mujer gritó, maldijo y se tambaleó con las manos sobre los ojos.

Alguien logró zafarse de la refriega, una muchacha... ¡con cabello blanco!

Clea sintió que algo le apretaba las entrañas. La muchacha corría por una diagonal que la llevaba en dirección a Clea. De pronto dos hombres aparecieron frente a ella. Algo desplegó un abanico blanco y brillante mientras un hombre levantaba el brazo. ¡Una espada flamígera!

Mientras el brazo descendía, Clea vio el reflejo cerca de sus pies, una línea delgada y blanca contra un disco de agua. Se agachó, sacó el balde que estaba debajo del caño de desagüe y arrojó el contenido encima de las figuras. La espada flamígera se achicó, largó vapor y se apagó, cayendo sin romperse encima del brazo de la muchacha de cabello blanco.

Pero ahora su refugio detrás de la cañería era conocido. La muchacha, retrocediendo con pasos de baile, miró a Clea, y Clea la miró a su vez. ¡Por Dios, no tiene ojos!

Pero alguien se acercaba, a ver: el hombre de la espada flamígera. La sonrisa del hombre parecía la corteza desgajada de un fruto de kharba podrido. Ella le dio un puntapié y se hizo rápidamente a un lado, pensando (del mismo modo en que solía pensar en la fluctuación de la segunda derivada de una función logarítmica de cuarto grado, aguda, fríamente), el hombre soporta el peso de su cuerpo sobre todo con el pie izquierdo y usa el derecho para darse impulso, y cuando estaba a punto de ser alcanzada se volvió para enfrentarlo y lo pisó con fuerza en el pie derecho —estaba descalzo— al mismo tiempo que le clavaba el codo en la oscuridad que era el estómago.

Mientras el hombre caía por el ataque doble, Clea huyó, oyendo sus propios pasos, luego otros en contrapunto, más ligeros, sobreponiéndose a los suyos. Nuevamente se volvió, pensando: me voy a arrojar contra quienquiera que sea y le voy a morder el cuello; no se lo esperan.

Pero cuando se volvió se detuvo, mientras el pensamiento jugueteaba burlonamente en su cabeza como una delgada hoja al surgir de una superficie lisa: ¡pero tiene unos hermosos y brillantes ojos azules!

Estaban bajo la luz de un farol.

—Vamos -dijo la muchacha de pelo blanco—. Por aquí. ¡Todavía no se fueron!

Doblaron en la esquina siguiente, hicieron la cuadra corriendo, se escabulleron por dos callejuelas más, luego disminuyeron la marcha.

Clea hizo entrar aire en los pulmones tratando de formar las palabras: ¿Bueno, quién eres tú?, saboreándolas anticipadamente; la muchacha le dijo:

—Eh, peleas bien.

Sorprendida, Clea miró a la muchacha y dijo a su vez:

—Gracias. —Luego agregó:— ¡Tu brazo! ¿Qué te pasa en el brazo?

—¿Eh? —se sostenía el hombro derecho con la mano izquierda—. Oh, nada.

—Estás lastimada —dijo Clea. Miró el letrero de la calle—. Mira, yo vivo a ocho cuadras de aquí. Ven conmigo y le pondremos algo —e investigaremos quién eres, recordó agregar, en silencio.

—Seguro, doctora Koshar —dijo la muchacha—. Gracias.

Clea saltó, o algo en su interior saltó, pero emprendió la marcha.

Frente a su puerta, el dedo en equilibrio ante la cerradura, Clea preguntó:

—¿Quién te envió detrás de mí? Y llámame por el nombre de pila.

—Está bien —dijo la muchacha.

La puerta se abrió y Clea prendió la luz.

— ¿Cómo te llamas?

—Alter —dijo la chica.

—Siéntate por ahí, Alter, y quítate la blusa.

Clea fue al cuarto de baño y regresó con tres botellas pequeñas, un rollo de cinta adhesiva y uno de gasa.

—Todavía no me has dicho quién te envía. Ehhh, parece como si alguien te hubiera puesto un rallador en el hombro.

—Creo que usted disminuyó la energía, pero todavía estaba caliente. Una vez me lastimé mucho el hombro y ahora siempre tengo un poco de cuidado —añadió—. Usted no me ha dejado decírselo todavía.

—Me pregunto dónde consiguen estas armas. Se supone que deben tenerlas nada más que los guardias y los militares.

—De los guardias y de los militares —dijo Alter. Se echó atrás mientras un líquido transparente caía sobre e! hombro despellejado y se relajó cuando lo siguió un líquido rojo—. Nadie me envió aquí, de verdad.

—Quizá no quiera saberlo —dijo Clea, y de pronto, el tono frágil que estaba tratando de mantener se rompió y desde abajo surgió una corriente cálida—. ¿Qué es esto? —preguntó, tocando un lazo de cuero en el que había ensartados caracoles pulidos de color verde, rojo y marrones dorados.

—Me lo dio un muchacho —dijo Alter—. No es más que un collar.

—En alguna ocasión se rompió -dijo Clea—. Pero lo arreglaron.

—Así es. Igual que mi brazo -dijo Alter—. ¿Cómo se dio cuenta?

—Porque en la superficie del cuero hay cortes alrededor de las cuentas, del lado derecho, como si algo pesado le hubiera caído encima y hubiera aplastado los caracoles de ese lado contra el cuero. Y tu hombro está un poco distendido. Pero estoy segura de que anda bien.

Alter alzó la vista, sus grandes ojos como turquesas detrás del rostro bronceado.

—Así es. Alguien lo pisó... una vez —luego preguntó—: ¿Por qué me dijo eso?

—Porque soy astuta. Y quiero que tú lo sepas. —Cris-cros, cris-cros, cuatro bandas de tira adhesiva cubrieron el aposito de gasa sobre el hombro de Alter. Clea fue hasta la heladera, sacó algunas frutas frescas y las llevó a la mesa. — ¿Tienes hambre?

—Mmm, mmm —dijo Alter y cayó sobre la fruta, alzando la vista para decir un Gracias con la boca llena. Cuando ya había comido la mitad, Clea dijo:

—Si te envía el gobierno, no hay motivo para que yo intente siquiera escapar. Pero si te envía algún otro, entonces...

—Su hermano -dijo Alter-. Y Arkor, y la Duquesa de Petra.

—¿Qué pasa con mi hermano? —dijo Clea suavemente.

—Él no me mandó —dijo Alter, mordiendo la fruta—, exactamente. Pero me dijeron dónde estaba, y entonces yo decidí venir y ver qué clase de persona era usted.

—¿Qué clase de persona soy?

—Pelea bien —Alter sonrió.

Clea le devolvió la sonrisa.

—¿Como está Jon?

—Bien —dijo Alter—. De una pieza entera.

—En tres años sólo tuve noticias de él dos veces. ¿Tenía algún mensaje?

Alter sacudió la cabeza.

—Bueno, me alegro de que esté vivo —dijo Clea, corriendo las botellas que estaban sobre la mesa.

—Lo que están tratando de hacer con la guerra...

—No quiero oír hablar de eso —Clea se puso de pie y llevó nuevamente las botellas al cuarto de baño—. No quiero oír nada de esa maldita guerra. — Cuando cerró el botiquín se miró un momento en el espejo.

Al salir, Alter estaba junto al escritorio; había apartado el cartel arrugado y estaba mirando el anotador.

—¿Qué es todo esto?

Clea se encogió de hombros.

—¿Usted inventó eso que los envía del otro lado de la barrera, no es así? — preguntó Alter al cabo de un momento.

Clea asintió.

—¿De eso se trata?

—Algo así.

—¿Puede explicarme cómo funciona el asunto de la barrera?

—Me llevaría toda la noche, Alter. Y de todos modos no lo entenderías.

—Oh —dijo Alter—. No puedo estar levantada toda la noche porque mañana tengo que conseguir un trabajo.

—¿Ah, sí? —dijo Clea—. Entonces creo que puedes dormir aquí. ¿Para qué te seguían esos malis?

—Yo ya estaba fuera de la cuestión —dijo Alter—. Igual que ellos. Así es como trabajan.

Clea frunció el ceño.

—¿Y no tienes un lugar para quedarte?

—Había un lugar en el que pensé que podía dormir, una posada en la Olla, pero está destruida. De modo que estaba dando vueltas. He estado lejos durante un tiempo.

—¿Lejos dónde?

—Lejos, simplemente —entonces se rió—. Usted me dice como funciona esa cuestión de la barrera y yo le diré dónde estaba. Su hermano estaba allí.

—Es un trato —dijo Clea—. Pero a la mañana.

Alter se dirigió al sofá y se tendió de cara al respaldo, de modo que el hombro vendado quedaba hacia arriba. Clea fue a su cama. Antes de sentarse, sin volverse, dijo:

—Creo que anoche te vi siguiéndome.

—Así es —llegó la voz desde el sofá.

—Y de pronto desapareciste.

—Así es.

—Explícame.

—¿Oyó hablar alguna vez de la espuma-viva?

—No.

—Yo tampoco hasta hace cuatro días. Y hasta esta mañana nunca había tenido en mis manos ninguna. Es un rocío plástico pigmentado con poros. Estoy cubierta con él; de otro modo, con una luz baja, no podría verme.

—Mañana tendrás que contármelo con más detalle.

—Seguro.

Clea se sentó en la cama.

—¿Qué pasa con esos malis? ¿De dónde vienen? ¿Qué quieren...?

—¿Usted no es también una especie de mali? —preguntó Alter al cabo de un momento

—¿Qué quieres decir?

—Un agitador —dijo Alter-. ¿Por qué está en este agujero, escondiéndose de todo el mundo? Con algunos es de una manera, con otros es de otra, supongo,

—¿Lo sabes todo, verdad? —se oyó un chasquido. Desde el sofá llegó un bostezo.

"¿Qué estoy haciendo aquí?", se preguntó Clea, y pensó en eso, en vez de gritar.

La luz de la mañana arrojaba rojos y dorados sobre la pared. En el cuarto de baño había alguien. El agua chorreaba en el lavatorio de porcelana.

Se asomó Alter.

—Hola —sonrió.

— ¿A dónde vas?

—Al circo —dijo Alter—. A conseguir un trabajo. ¿Quiere venir conmigo?

Clea frunció el ceño.

—Vamos —dijo Alter—. Le hará bien salir.

Clea se levantó, fue al cuarto de baño, se lavó la cara y salió enrollando las hebras de cabello negro en un rodete negro y apretado.

—Hágase una trenza —dijo Alter desde atrás.

—¿Qué?

—¿Por qué no se lo trenza? Le llevaría la mitad del tiempo y no parecería tan... —se estremeció ligeramente.

Clea se soltó nuevamente el pelo, luego lo levantó y lo dividió en tres. Cuando salieron a la calle, el cuello del vestido de Clea estaba abierto y sobre el hombro le caía una trenza negra y gruesa.

Había poca gente. El sol coronaba de luz las torres de la ciudad. El dorado atrapaba la baranda de un balcón y se subía a una ventana brillante, mientras el sol descendía al nivel de la calle.

— ¿En qué dirección? —preguntó Clea, deteniéndose para mirar las torres.

—Por acá.

Caminaban entre los edificios en dirección a la Olla del Diablo.

En ese borde enloquecido de la ciudad un lugar vacío era una cosa rara. La Extravaganza de Tritón ("El mayor espectáculo de entretenimientos de Isla, Mar o Continente") había adquirido un área de dos cuadras y allí había establecido su imperio. Contra el cielo se recortaban toldos tejidos con sogas entrecruzadas verdes y púrpuras. Sobre un costado del lote se alineaba uno tras otro: pumas, un bisonte de ocho patas, un oso marrón, un zorro de dos cabezas, un jabalí gigante y un acuario de cinco mil galones de capacidad que alojaba a un tembloroso calamar albino. En otro, tiburones feroces olisqueaban los ángulos de vidrio, en tanto que más adelante un pulpo se enredaba y desenredaba sobre la arena azul.

Una bandada de brillantes artistas aéreos salía de una carpa, pasaba entre ellos, se ocultaba en otra.

—¿Quién...? —comenzó Clea.

—Trapecistas —dijo Alter—. Se llaman a sí mismos los Peces Voladores. Muy trillado. Vamos, tengo que ver al señor Tritón.

—¿Qué hay por allí? —preguntó Clea cuando empezaron a caminar en dirección al inmenso vagón que estaba al final del lote con el magnífico Neptuno de papel maché, barbado, de gran vientre y echando rayos desde el techo.

—¿Eh? Ese es el vagón del chow-chow. Oiga, ¿por qué no da una vuelta y trata de comer algo mientras yo veo al señor Tritdn? Después iré con usted, pero ahora tengo que dar la prueba con el estómago vacío, o saldrá todo para el diablo.

—Bueno, yo... —Pero Alter ya había subido los escalones del vagón grande; y Clea estaba sola. La mañana era ruidosa y fría.

Se dirigió al buffet, donde un toldo verde y amarillo cubría mesas de madera. En la parrilla chillaba la grasa. Clea se sentó frente a un hombre que tomaba chowder en un cuenco de terracota. El hombre le dedicó una sonrisa que le dibujó una red de arrugas alrededor de los ojos llenos de humo.

Detrás de ella, una mujer djjo:

—Lo que sea, pero ya. No tengo todo el día para esperar.

—¿Qué tiene para comer?

La mujer frunció el ceño.

—Pescado frito, pescado hervido, pescado a la plancha, huevas de pescado, pescado y papas fritas... el especial es huevos y pescado frito, cincuenta centiunidades.

—El especial —dijo Clea.

—Bien —la mujer sonrió—. ¡Sorpresa! Hoy está comestible.

El hombre que estaba del otro lado de la mesa sonrió nuevamente y preguntó:

—¿Qué clase de número tiene usted?

En ese momento se sentó junto al hombre una mujer vestida con lentejuelas y dijo:

—¿Ella va a dar una prueba?

—Yo soy un payaso —se atrevió el hombre.

—Oh... yo... no tengo ningún número.

El hombre y la mujer se rieron.

—Quiero decir que no actúo en este circo.

Se rieron otra vez y la mujer asintió.

—Lo único que yo hago es adiestrar focas, tesoro, así que no se haga problemas.

En ese momento la mujer del buffet dejaba deslizar un plato de filete y huevos revueltos; la manteca corría a través de los montecitos amarillos y descendía hasta la escudilla blanca. Clea tomó el tenedor y el payaso dijo:

—Tesoro, usted disfruta de la comida, ¿no es así?

Sorprendida, Clea lo miró y luego se miró a sí misma.

—No, no me refiero a su peso. Me refiero al modo en que mira la comida. Alguien que mira la comida de esa manera, y esa es una experiencia muy especial, ese tipo de persona nunca tiene que lamentarse por la silueta. —Se dirigió a la entrenadora de focas:— ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? Por la forma en que miran, uno sabe porqué están gordas como remolcadores. O si los ojos se achican y aprietan los labios, entonces conoces el motivo de por qué son tan flacas como aves zancudas. Pero la mirada suya... —dijo, volviéndose a Clea.

—Oh, cierra el pico —dijo la entrenadora de focas—. Si empiezas a hablar podemos quedarnos aquí todo el día. —Clea y los dos compañeros de circo se rieron.

El payaso dijo luego:

—¡Eh! —y estaba mirando por encima del hombro de Clea. Ella se volvió.

De un lado al otro del lote alguien había puesto un trapecio. Con saltos regulares, la muchacha del cabello blanco daba vueltas y giraba contra el cielo: un triple salto mortal hacia atrás, un triple salto mortal hacia adelante, medio ganador, recuperación, ganador total, recuperación, abertura hacia atrás como sevillana, salto triple atrás, salto triple otra vez hacia adelante...

—¡Es buena! —dijo el payaso.

La entrenadora de focas asintió.

Triple hacia adelante, triple hacia adelante, cisne, triple hacia atrás. Luego una vela derecha en medio de un salto cuádruple hacia atrás, cerrando con un salto doble hacia adelante antes de golpear el elástico por última vez.

En todo el lote la gente se había detenido a mirar. Peones, mirones, actores, estallaron en un aplauso.

Alter se dirigía al buffet. Un hombre la llevaba del hombro. Era mayor, macizo y una barba de algodón le flotaba sobre el pecho.

Clea se puso de pie para hacerles lugar en la mesa, echó una mirada alrededor de ella y para su sorpresa vio que todos los que estaban en la mesa también se ponían de pie. Hubo un repentino, desafinado pero alegre coro de "Hola, señor Tritón. Buen día, señor Tritón".

—Siéntense, siéntense —proclamó Tritón con afabilidad, y las sillas volvieron a sus lugares. Entonces siguió hablando con Alter—. Pasado mañana empezarás con nosotros. Muy bien. Muy bien. ¿Tienes lugar para dormir? Porque serías muy bienvenida en el lote.

—Gracias —dijo Alter—. Oh, esta es la amiga mía de la que le estaba hablando.

La sorpresa se reflejó en las comisuras de los labios de Clea antes que pudiera levantarlas en una sonrisa defensiva.

—¿Usted es contadora, verdad? Bueno, podría emplear a alguien para poner los libros en orden. Vamos a hacer un buen negocio durante la gira por el continente. Venga aquí con la chiquilla...

—Pero yo... —Clea empezó, mirando a Alter, quien sonreía nuevamente.

—... pasado mañana —concluyó el señor Tritón— y el trabajo es suyo. Buenos días a todos, buenos días.

— ¿Qué te dije? —dijo el payaso a la entrenadora de focas.

—Pero yo... —repitió Clea. El señor Tritón se ale-jaba—... no quiero un empleo. No pienso que...

Alter se estrechaba las manos con la entrenadora de focas, con el payaso, e incluso la mujer del buffet estaba felicitándola. Un momento después miró a su alrededor para decirle algo a Clea; pero Clea se había ido.

Caminó, sin mirar las fachadas con tablones negros de humo de los edificios de la izquierda, ni al muchacho chillón que le arrojaba trozos de asfalto a un perro de tres patas a la derecha. Tampoco miró las alcantarillas cubiertas de basuras ni las pálidas torres que se alzaban en el centro de la Ciudad. Caminó hacia adelante, derecho, hasta que llegó al edificio de departamentos.

—Oh, señorita Rahsok, aquí está usted. Salió temprano, como de costumbre.
—Todavía no eran las ocho y media.

—Oh... hola.

—Como digo siempre —dijo la mujer, ajustándose el pañuelo a la cabeza—, hace bien salir tempranito —de pronto, la mujer cambió la expresión del rostro y repitió—: Hablando de tempranito, sabe que mi hija Renna... bueno, se escapó esta mañana cuando salió el sol, y sé que se fue a pasar el día con ese tal Vol Nonik. Anoche estuvimos discutiendo por él. ¿Qué proyectos tiene? le pregunté. Después de todo, yo soy una mujer razonable. ¿Qué pretende hacer de sí mismo? ¿Y sabe lo que me dijo ella? ¡Que escribe poemas! ¡Y eso es todo! Bueno, tuve que reírme. Pero le tengo una sorpresa que seguro le va a sacar a ese individuo de la cabeza. Le conseguí una invitación para el Baile de la Liga Victoriana. Tuve que luchar con la señora Mulqueen durante media hora. Pero si Renna va, conocerá a algún joven apuesto y se olvidará de ese muchacho idiota y de sus poemas idiotas. ¿Por qué un joven como Nonik no está en el ejército? Tenemos un enemigo del otro lado de la barrera y yo le pregunto...

—Discúlpeme —dijo Clea—, Discúlpeme, por favor.

—Oh, por supuesto. No tenía intención de demorarla. Buenos días.

Pero Clea ya había pasado y estaba subiendo las escaleras. Tenemos un enemigo del otro lado de la
barrera. Pensó en el cartel arrugado sobre su escritorio y como el estímulo de un reflejo condicionado, surgió:

Los brazos fuertes rne rodeaban, me daban seguridad, como la risa inteligente; los ojos brillantes parpadeando con la súbita luz del sol, y la ternura del gruñido del oso... él está muerto;

"... podemos enviar entre doscientas y trescientas libras de materia a cualquier lugar del globo con la precisión de..." A cualquier lugar; esa computadora, para qué otra cosa podrían usarla, localmente programada, chiflada, al azar...

Entonces cerró la puerta de un golpe, cercenando el grito que se le estaba formando en la garganta. Se apoyó contra la puerta, saboreando las

bocanadas de aire que llegaban una y otra vez a los pulmones con tanta intensidad que le hacían daño.

No salió en todo el día. Recién a medianoche logró abandonar la habitación para dar un paseo. Pero al llegar a la escalera, oyó un ruido. Abajo alguien acababa de caerse.

Preocupada, corrió hacia abajo. Alguien le sonrió, llevándose un dedo a los labios.

—Shhh, por favor. Shhh. ¡Así mi esposa no se enterará!

—¿Está bien?

—Por supuesto que estoy bien —la nuez le dio un salto en la garganta—. Oh, discúlpeme. Estoy perfectamente bien. Realmente en muy buen...

—Así lo espero. Un momento. Vamos, Dr. Wental.

Comenzaron a subir las escaleras, mientras el doctor chasqueaba la lengua.

—Oh, las pruebas y tribulaciones que debe sufrir un hombre. Oh, las pruebas —eructó nuevamente—. Por ejemplo ese pobre viejo de la verruga eritematosa de esta tarde. ¿Dije pobre? Discúlpeme, quise decir "condenadamente rico". Dentro de un mes estará hinchado como un pescado. ¿Pero qué puede hacer uno si el Servicio Médico no distribuye ninguna hormona adrinocorticoide? Le di un chorro de una vieja solución salina con un poco de colorante. No le va a hacer daño y le puedo cobrar cincuenta unidades. Regresará mañana. Tal vez para entonces pueda conseguirle algo. Pero es terriblemente difícil, señorita Rahsok. Casi podría llorar.

Mientras llegaban a la puerta el doctor indicó silencio por última vez. Lo dejó manoteando la cerradura. Cuando Clea llegó a la puerta de adelante, se detuvo.

Esta vez no pensó en sus tres descubrimientos. Pensó, en cambio, muy brevemente, en la madre de
Renna, Renna y Vol Nonik. Conocía el nombre de alguna parte; luego pensó en el Dr. Wental, en el paciente del Dr. Wental y en la esposa del Dr. Wental. Afuera, la noche se apretaba contra el vidrio de la puerta, pero desde más allá pudo oír los últimos y débiles silbidos del órgano a vapor del circo que estaba a varias cuadras de distancia. Regresó a su habitación temprano.

A la mañana siguiente, con el cabello trenzado y el cuello del vestido que le descubría la garganta, se dirigió hacia el terreno del circo. El aire de la mañana le enfriaba la mitad de la cara en sombras en tanto que el sol le acariciaba la otra con dedos amarillos. Desde el desembarcadero llegaba el olor fuerte del mar, y Clea sonreía.

Mientras caminaba junto al cerco que rodeaba el lote ya bullicioso, vio que alguien se acercaba. Un destello de cabellos de plata y Alter, riendo, corrió hacia ella y la tomó de la mano.

—¡Eh, me alegra que haya vuelto!

—¿Por qué no iba a volver? —dijo Clea—. Aunque en algún momento tuve dudas. ¿Por qué no volviste a mi casa? Podrías haberte quedado allí. Me tenías preocupada.

Alter bajó la vista.

—Oh —dijo—. Pensé que estaría enojada. Fue una cosa divertida —Alter jugueteaba con su collar.

—¿Qué te llevó a decirle al señor Tritón que yo necesitaba un empleo?

—Simplemente se me ocurrió que podría ser divertido, Y quizás a usted le guste también.

—Bueno, gracias. Espero que el amigo que te dio el collar venga a verte algún día. ¿Puso distancias logarítmicamente crecientes a propósito?

—¿Eh? —preguntó Alter—. No, creo que no. Ahora está en la guerra. ¿Eh, dije algo malo?

—¿La guerra? No... El no puede...

—¿Qué?

—Nada —dijo Clea. De pronto rodeó con su brazo los hombros de Alter y le dio un sacudón amistoso.

— ¿Está segura de que está bien?

Clea suspiró y dejó caer el brazo.

—Estoy segura —dijo.

Entraron al circo juntas.

CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente, Tel empezó el entrenamiento básico:

—Está bien, muchachos. Ubiqúense en sus grupos respectivos y preséntense a los cuarteles de instrucción.

Tel entró en una gran aula cuya pared más distante estaba cubierta con gráficos de maquinarias. En los gráficos no había carteles. A lo ancho de la pared del frente se veía un mapa a todo color de un pantano cubierto de bruma y salpicado por una vegetación serpenteante y desprovista de hojas. Un altoparlante en la pared del frente anunció de pronto con voz amistosa (amistosa, aunque extrañamente ambigua en cuanto al sexo, advirtió Tel):

—Tomen asiento. Comenzamos el entrenamiento básico.

Los reclutas se dirigieron a sus escritorios de metal arrastrando los pies.

—Se sentó en un lugar equivocado, soldado Rogers —dijo el altoparlante con afabilidad—. Dos a su izquierda .

Un rubio perplejo alzó la vista y luego, con movimientos de duda, se corrió dos asientos.

—Voy a leer una lista de nombres en voz alta —continuó el altoparlante—. Todos los que nombre deben abandonar esta habitación y presentarse a la habitación 46-A. Está dos pisos arriba, a la derecha del corredor. Entonces: Malcom 831 BQ-N, Motlon 601 R-F, Orley 015 CT-F... —todos tenían un aspecto ligeramente sorprendido, pero los reclutas nombrados se pusieron de pie y salieron de la habitación.

Cuando estaba vacía casi la mitad de la habitación, el altoparlante dijo:

—Ahora, los que han quedado, tomen sus auriculares y colóquenselos. Ahora miren en sus visores.

Tel se colocó los auriculares y apoyó la frente sobre el soporte que estaba sobre la mesa, por encima de la pantalla enmascarada. La pantalla ampliada se iluminó con una bruma indistinta, en su mayoría luces azules y verdes, débiles rosados por una y otra parte, mientras la corriente se impulsaba con lentitud, con demasiada lentitud.

A través de los teléfonos llegaba música. Luego una voz masculina, áspera pero agradable, comenzó:

—Tenemos un enemigo del otro lado de la barrera. Hace muy pocos años que hemos podido pasar al otro lado de la barrera de radiación, pero ya hemos descubierto la amenaza de un plan tan inhumano y maligno...

La voz se hizo grave y monótona y los colores se unieron, formando finalmente una playa reconocible. La arena se extendía en un arco en dirección al horizonte y olas azules rompían sobre la costa en medio de una espuma blanca. Una muchacha con una figura muy llamativa y un escueto traje de baño se acercó a la orilla, tocó la espuma con el dedo del pie, luego se volvió, pareció ver a Tel, y comenzó a correr hacia él, riendo. La brisa le sacudía el cabello castaño. Movió los labios y Tel pudo oír el ruido de las olas.

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

Tel se alejó de un salto de la pantalla, golpeándose la columna en el respaldo de la silla. Se arrancó los auriculares de la cabeza. El alivio que sintió cuando cayeron ruidosamente sobre el escritorio fue como si le hubieran sacado dos agujas de los oídos. En los ojos todavía tenía la imagen de una enceguecedora luz blanca que de pronto inundó la pantalla.

A su alrededor todo era confusión y en algún lugar de la habitación se oía la risa de una mujer. La risa se articuló en una voz.

—Está bien, está bien, vuelvan a sus asientos en forma ordenada. Vuelvan a sus asientos. —Muchos soldados habían saltado de sus sillas. Por el altoparlante continuó la voz femenina: —La reacción que tuvieron ante el último problema no es la que esperamos que tengan al cabo del curso de seis semanas. Los que acaban de entrar (entonces Tel se dio cuenta de que un grupo de reclutas totalmente azorados acababa de entrar y estaba de pie junto a la puerta)... ¿a alguno de ustedes le pareció que estaban en condiciones de luchar con el enemigo que está del otro lado de la barrera?

Tel se sentía confundido e incómodo.

—Durante todo el entrenamiento básico —continuó la voz de contraalto—, se les presentarán problemas de esta naturaleza. Deseamos calma, atención y reacciones rápidas. Los reclutas que acaban de llegar, por favor tomen asiento. Observen nuevamente cada una de las pantallas y colóquense los auriculares.

Mientras se inclinaba hacia adelante Tel observó que la mitad de la clase que había estado en la habitación durante todo el tiempo se colocaba mucho más lentamente los auriculares que los recién llegados.

Sobre la pantalla se desarrollaba una explicación concerniente a un equipo llamado 606-B. Se mostraba en detalle la forma de armarlo, desarmarlo y de mantener en un orden armonioso sus numerosas partes, mecánicas y electrónicas. Pero por algún motivo (quizá se perdió durante los veinte segundos de vacilación del comienzo cuando se puso los auriculares), por más que se concentrara, no tenía la menor idea de cuál era la aplicación del 606-B. Pero cuando pasaron cuarenta minutos de película, estuvo seguro de que hubiera podido poner una de esas condenadas cosas en orden durante su sueño.

Una campanilla suave indicó el fin de la clase y todos alzaron la cabeza: Tel observó la tarjeta con el programa para la próxima clase y se puso de pie para ir. Aparentemente, a todos los recién llegados se les había asignado permanecer en la misma habitación.

—Eh —susurró alguien y Tel se volvió hacia la puerta. Sentado en un rincón, entre los reclutas que quedaban, estaba Shrimp. Tel lo saludó con la cabeza, pero Shrimp parecía perplejo—. Eh —susurró nuevamente.

Entonces Tel se acercó.

—¿Qué diablos les hicieron cuando entraron? Parecían...

—¡Aquí no se habla! —la voz que provenía del altoparlante era decididamente masculina—. ¡Los que están allá atrás, muévanse! En silencio y rápidamente a la próxima clase.

Tel abandonó la habitación.

Dos pisos, más arriba, entró en una habitación casi idéntica a la que había dejado. Nuevamente las paredes estaban cubiertas con dibujos de maquinarias sin nombre. El paisaje del pantano se extendía sobre la pared del frente. Estaba buscando el número 606-B cuando una voz paternal, de mediana edad, anunció desde el altoparlante:

—Siéntense todos. Voy a leer una lista de nombres en voz alta. Todos los que nombro, por favor presentarse en la habitación 51-D. Entonces: Ritter 67 N-T, Ptorn 047-F,Tynan811 NA-T...

Tel no se había dado cuenta de que Ptorn estaba en la misma habitación que é1.

Cuando las luces se apagaron, conversaron un rato en la oscuridad.

Shrimp: —¿Eh, Lug, qué aprendiste hoy?

Lug (gruñendo desde la cucheta de abajo): —Ponerlo junto, separarlo, mantener el eje central vertical... Uff...duérmete.

Tel: —¿Eh, era el 606-B?

Lug: —Siete treinta o algo así. Duérmete. Estoy cansado.

Shrimp (llamando a Ptorn que estaba arriba): —Y ustedes, grandotes, ¿qué aprendieron hoy?

Ptorn: —No lo suficiente como para hablarlo ahora. Mañana tenemos que levantarnos a las seis. Tenemos un enemigo del otro lado de la barrera, ¿recuerdan?

Shrimp: —Sí, recuerdo. Buenas noches.

Ptorn: —Buenas noches.

Tel: —Eh, Lug ¿para qué se usa el siete treinta o algo así, eh?

Lug: (un bostezo desde la cama más baja: luego ronquidos.) Se oye el sonido suave de la respiración. Uno tose.

Alguien se da vuelta y el ronquido cesa. Luego el silencio, mientras los oídos de Tel se llenan de sueño.

Al día siguiente se le mostró al pelotón una película documental. Los hombres entraron al auditorio en fila y tomaron asiento. Unos pocos apoyaron los pies en el respaldo de la silla que estaba adelante, otros echaban humo de los cigarrillos de plancton que les habían entregado. A Tel este sabor nunca le había parecido particularmente agradable. Los cigarrillos contenían una droga tranquilizante bastante suave que le provocaba nada más que mareos. Se apagaron las luces, la pantalla se agitó y comenzó la película sin títulos.

En el primer cuadro Tel reconoció un pantano cubierto de bruma, similar a los gráficos que presidían tantas aulas. Un barro verdoso burbujeaba alrededor de los tallos de las plantas enmarañadas. La niebla se enroscaba alrededor del fango y se trenzaba por encima de las ramas. La escena pasó a ser una franja de tierra más sólida, luego siguió un peñasco, una depresión en el terreno, un fragmento de maquinaria (¿era la 606-B? La cámara se movía demasiado rápido como para que Tel estuviera seguro) y finalmente se detuvo frente a las ruinas de las barracas de un ejército. Una de las paredes había sido destrozada por el fuego y el techo estaba vencido. La cámara pasó a través de la abertura carbonizada y entró en la cabaña.

Un hombre esta sentado en una silla. Los intestinos le caen sobre el brazo. No tiene cabeza. En un rincón hay varias cuchetas dadas vuelta. Sobre una pila arrugada de ropas de cama hay un pila de, aproximadamente, dos cadáveres. La cámara sale de la choza. Apoyado contra la pared de afuera, con las piernas en ángulos enloquecidos, hay un soldado sonriente. Los ojos son agujeros oscuros. Un insecto se pasea por el labio y baja hasta el mentón.

La cámara sigue y pasa una pared compuesta de sacos de arpillera con cascotes. A través de la niebla cada vez más espesa Tel pudo descubrir que la pared está rodeada de alambres de púa. La niebla obstruye la lente de la cámara. Entonces la escena se corta.

A través de la bruma Tel podía ver una hilera de chozas similares a la que aparecía destrozada en la escena anterior. Unos pocos hombres caminaban por los alrededores.

Toma en primer plano de un joven soldado que necesita afeitarse. Sonríe a la cámara, parpadea y se
frota la barbilla con dedos grasientos. Plano total del mismo soldado. Está de pie junto a una máquina de aspecto complicado (sin duda no era la 606-B, pensó Tel. ¿O sí?) Se rasca el pecho, parece confundido, luego retrocede para arreglar la máquina.

Corte para enfocar el edificio de las barracas. Un grupo de. hombres ha colocado tablones por encima del terreno embarrado. Se sientan en cuclillas o con las piernas cruzadas sobre los tablones en un círculo irregular. Toma en primer plano del centro del círculo: alguien está formando un cuadrado irregular con quince monedas de centiunidades al cual le falta un extremo. (En el auditorio se oye una carcajada. "Dos y seis", grita alguien. Tel también

se ríe.) A cierta señal que la audiencia no puede oír, los hombres levantan la vista del juego. Alguien se frota las palmas con las monedas, y desaparecen. Toma de los hombres que corren por el claro que precede a las chozas. Toma de hombres subiendo a tanques de oruga. Tomas de la observación de la burbuja de plástico del tanque mientras ei conductor toma asiento adentro. Toma de cuatro tanques que parten uno tras
otro. Toma de tanques que se alejan en medio de la bruma, que se cierra detrás de ellos.

Alrededor de las plantas entrelazadas, las burbujas del barro verdoso. Las chozas de las barracas están vacías. El claro está desierto.

Corte a:

Un tanque se ha detenido en medio de un pantano cubierto por un espeso follaje, con una punta hundida en el barro. A seis metros de distancia, hay otro tanque volcado. La cámara se aproxima al primer tanque. La cúpula de observación ha sido aplastada. Una plancha lateral ha sido retorcida como una hoja de estaño. La cámara entra en la finca para inspeccionar el interior destrozado donde rotos y desgarrados...

La pantalla titiló. Las luces se encendieron. No habían visto nada a través del corte negro, pero Tel descubrió, cuando quitó las manos de los brazos del asiento de la butaca del auditorio, que tenía las palmas húmedas. A la altura de los muslos, por la parte de atrás, tenía los pantalones empapados.

—Muy bien —llegó la voz desde el altoparlante—, preséntense a las tareas que les han sido asignadas.

Diez minutos más tarde Tel estaba desarmando una máquina muy parecida a la que el joven soldado estaba arreglando en la película. Sacó una placa aceitosa, la secó en su delantal y la miró contra la luz azulada que venía del cielo raso. En el extremo derecho, prolijamente escrito, decía: 605-B.

Tel miró la máquina, luego alzó la vista, tosió y dijo:

—Eh... creo que ha habido un error. —Se sintió incómodo habiéndole al aire. Cuando los otros preguntaban, recibían la respuesta en menos de la mitad del tiempo.

Pero en el altoparlante se oyó un "click" y una voz preguntó:

—¿Qué es eso, soldado Tel 211 BQ-T?

— ¿No era que yo debía trabajar en la 606?

Hubo un largo silencio. Luego la voz femenina de contralto dijo:

—La corrección se hará cuando sea necesario.

De pronto se sintió confundido y trató de poner en orden una docena de ideas anudadas como líneas de pescar enredadas. La confusión se convirtió

en rabia, que inmediatamente retrocedió al miedo. ¿Qué estaban tratando de hacerle? ¿Para qué se usaba esa máquina condenada? Y si no lo sabía, ¿cómo podía luchar con el enemigo que estaba detrás de...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

Se cubrieron rápidamente los ojos con las manos para protegerlos de la luz enceguecedora que llegaba desde las instalaciones azules. Antes de que cesara el zumbido las palabras habían saltado dentro de su mente con tanta claridad que al principio pensó que provenían de los altoparlantes: calma, atención, reacciones rápidas. Sintió un escalofrío y trató de expulsar las preguntas que pretendían penetrarle la mente.

Lentamente se tranquilizó. Estaba en calma. Estaba atento. Dos o tres personas en el negocio ya habían vuelto a sus trabajos, entonces alzó una varilla conectiva de las partes acumuladas sobre la mesa. Por un instante deseó arrojarla contra algo. En cambio, la colocó con sumo cuidado entre las placas zumbadoras y volvió el perno helicoidal a su sitio.

Esa tarde algunos soldados salieron a la rampa y comenzaron a jugar con las monedas.

Shrimp: —Okey, grandote. Voy a probar suerte contigo.Vamos, arrodíllate y juguemos un partido.

Ptorn: (sacudiendo la cabeza): —Estoy mirando, nada más.

Shrimp: —Díganme, grandotes, ¿cómo han estado tan tranquilos en estos dos últimos días? ¿Qué les ha pasado en esos cerebros superiores?

Ptorn: —Miraré, nada más.

Waggon: —Vamos. Tengo dinero para perder.

Curly: —Juega con él, Shrimp. El mono ha mejorado.Ayer me ganó quince unidades... antes yo le había ganado veinte.

Tel: —Eh, Ptorn, ¿por qué han estado tan tranquilos?

Ptorn (encogiéndose de hombros): —No sé (hace una pausa) ¿A qué crees que se parece ,el enemigo que está del otro lado de la barrera?

Lug (apoyándose contra la baranda, alza la vista y se rasca la cabeza: — Sabes, nunca pensé en esto antes.

Tel observa al guardia y al neanderthal que miran a la Ciudad desde la baranda. A lo lejos, las luces insignificantes parpadean en sus diseños azarosos.

A la tercera semana lo pusieron en una habitación oscura.

—¿Cuál es su nombre y número?

—Tel 211 BQ-T

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

Retrocedió tambaleando y se cubrió los ojos. Pero un momento después se dio cuenta de que no había habido resplandor. Calma, atención, reacciones rápidas.

—Dé la vuelta.

Tel se volvió.

—Camine.

Caminó. Caminó largo tiempo, suponiendo al final que debía de haber entrado en un túnel.

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

Calma, atención, reacciones rápidas: siguió caminando, aunque la tensión le hacía doler la espalda y los hombros. Y esta vez había habido un resplandor. Pero era verde y no tan brillante. Había visto fugazmente la bruma y plantas duras y sin hojas, y el barro borboteaba en algún lugar... No. Era en el frente de la habitación donde él tenía sus clases. O era en algún otro lugar, con la máquina extraña...

—¿Cuál es su nombre y número?

—Eh... Tel 211 B... eh.., BQ-T.

—Describa lo que ve.

—Eh... dónde...

—Describa lo que ve frente a usted. Siga caminando.

Hubo otro resplandor verde.

—Creo... ¿el mar? —dijo Tel—. Sí, el mar, y hay olas que rompen sobre la arena, y el botecito...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

—Describa lo que ve —la luz brilló otra vez.

—No, quiero decir la 605-B, o tal vez la 606-B, no estoy seguro... tengo que unirlo. Puedo unir a los dos... así es... a cualquiera. Son casi lo mismo, pero abajo, en la caja de transmisión, son diferentes. Las arreglo de modo... —y un repentino pensamiento se refugió cálida y cómodamente en su cerebro, y con él el sorprendente alivio que comenzó en los hombros y se derramó

hasta los pies—... que podamos luchar con el enemigo del otro lado de la barrera. Para eso sirve. Debe ser. Es la 606-B, y puedo separarla y unirla, separarla y unirla...

Hubo otra luz verde.

—Sí, el barro, y las plantas que no tienen hojas, todo el barro, y hay neblina. Y aquellos son guijarros. No, no son guijarros. No, son conchas marinas, muy bonitas, rojas y marrones y lechosas, como si alguien las hubiera lustrado durante mucho...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

—... durante mucho...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

—mucho...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

—...guijarros...

El pánico que creció en su espalda, muslos, brazos, casi lo hace desfallecer antes de saber que estaba allí. Dejó de hablar, retrocedió tambaleando y se cubrió los ojos con las manos, aunque esta vez tampoco hubo resplandor.

—¿Cuál es su nombre y número?

—Eh... Te... Mi nombre es Tel 60... 5... 6... Tel...

—¿Cuál es su nombre y su número?

Algo que le apretaba la parte de atrás de la lengua se soltó repentinamente y liberó un grito que había estado alojado en algún lugar del estómago.

—¡606-B...! ¡605-B!... ¡No sé!... ¡No sé!... ¡No van a decirme cuál...! ¡No van a decirme!

—¿Cuál es su nombre y número.

—Eh... en... Tel 211 BQ-T.

—Describa lo que ve.

—Veo... veo el barro, las plantas y las chozas donde están los soldados, jugando con las monedas. Tengo que arreglarla mientras ellos juegan porque... el enemigo...sí, el... —y más allá de la bruma, algo pasaba por el barro, algo apartaba a golpes las plantas; al principio pensó que sería alguno de los tanques que regresaba, sólo que no...—. ¡No! ¡No! —gritó—. ¡Todavía no está arreglada! A la 606-B, todavía no la arreglé y ya viene. Oh, Dios, es...

¡Dr-r-r-r-r-r-r-r...!

Más tarde, cuando lo sacaron de la habitación, el altoparlante le dijo (una apaciguadora voz femenina):

—Estuvo bien. Realmente muy bien. Será una garantía contra el enemigo del otro lado de la barrera.

Tel no estaba seguro de lo que había ocurrido en la habitación. Pero había estado bien, y eso lo hacía sentirse bien.

Esa tarde, los monos jugaron una partida de Erramat entre ellos mismos. Todos los demás se sentaron en sus cuchetas y observaron los juegos torpes de los neanderthales, hablando muy poco.

CAPÍTULO CINCO

Jon Koshar descendió por una de las calles radiales de Toron, dejó atrás las mansiones de los comerciantes, las casas con techos de colmena, entró en el borde zigzagueante de la Olla del Diablo, pasó el lote donde el Tritón Extravaganza desplegaba sus tiendas para iniciar la gira por el continente, y dejó atrás los muelles donde el Bote Transbordador estaba llegando con su carga de trabajadores provenientes de los jardines Hidropónicos. Una brisa le alborotó el cabello negro; los ojos negros y tranquilos observaban al pasar la irrupción de hombres y mujeres que surgían de la lancha. Más abajo estaban los yates particulares. Se dirigió al muelle real. Sobre el agua, el sol chocaba contra las cadenas lustrosas. La doble conchilla de un molusco, insignia de la Duquesa de Petra, se hundía y desaparecía en el agua. Una larga sombra cruzó la cubierta cuando Arkor apareció junto a la baranda.

—Hola —dijo Jon—. ¿qué novedades hay en la Universidad? —pasó por encima de la cadena y se dirigió hacia el final del pasamanos.

—He hablado con Catham —dijo Arkor, bajando para encontrarse con él—. Creo que le sorprendió un poco verme. Tú me das las noticias de aquí y yo te daré las mías.

—Aparentemente, Alter está con mi hermana, asilo dice la duquesa. Y Tel, finalmente, entró en el ejército para luchar con el enemigo del otro lado de la barrera.

—Catham simplemente habla de buscar al Señor de las Llamas y de expulsarlo tan pronto como sea posible. Luego hacer preguntas.

—¿Porqué?

—Dice que es necesidad histórica. Si Chargill no hubiera sido asesinado, podríamos posiblemente pasar más tiempo tratando de entender esto.

—Parece razonable.

Abandonaron el muelle y subieron por la calle que bordeaba el agua.

Después de unos minutos de silencio, Jon preguntó:

—¿Arkor?

—¿Sí?

—¿Qué oyes?

—¿Con la mente?

—Sí.

—¿Dentro de ti?

—Alrededor, y dentro de mí también.

Arkor sonrió.

—Tú debes pensar que es muy importante, tú que no puedes ver lo que yo veo, escuchar lo que yo escucho. Sin embargo no lo es —hizo una pausa—. Puedo sentir (es una palabra más adecuada que oír) una especie de bloque en todas las direcciones, al menos con claridad. —Dieron vuelta una esquina.— Hay un trabajador que está recordando de qué manera murió su hermano por comer pescado envenenado. En ese edificio de allí un neanderthal llamado Jeof que dirige una pandilla de malis está sufriendo una pesadilla por alguien a quien golpeó hace algunas noches... ahora está soñando con comida y se ha dado vuelta y ha apretado los dientes sobre la almohada. Por allí un hombre llamado Vol Nonik está sentado a una mesa destartalada en la habitación del rincón del último piso. El sol de la tarde entra por la ventana y le golpea el pecho desnudo. Está tratando de escribir un poema sobre una muchacha y hace correr los dedos sobre el papel. Echa una mirada a un bosquejo suyo que le ha hecho la muchacha con tiza roja y que cuelga sobre la pared que está detrás de él; entonces escribe: Renna, sus ojos castaños se abren sobre un océano de luz... En algún lugar del circo siento a una mujer con una mente de acero que revisa los libros contables

de Tritón Extravaganza... —de pronto se sonríe—. Es tu hermana, Jon —con la misma rapidez frunce el ceño—. Algo anda mal.

—¿Qué es? —preguntó Jon—. ¿Ella está bien?

—Sí, pero hay algo... en su mente. Es muy profundo —Arkor frunció aún más la frente. Luego sacudió la cabeza—. No, no puedo sentirlo. Es casi como si ella estuviera ocultándolo detrás de algo más. Puedo ver el dibujo, oír el sonido, pero el sentido es demasiado profundo como para percibirlo.

—¿Qué percibes en mi mente? —preguntó Jon cuando habían adelantado algunos pasos más.

—Un grito —dijo Arkor—, filoso como una cuchilla que surge de una piscina de aguas oscuras.

—¿Un grito de qué?

—De... de reconocimiento; de reconocimiento de lo que tú llamas libertad.

Jon sonrió.

—Me alegró de que todavía esté allí. Sabes, Arkor, estoy dedicado a hacer todo lo posible para poner fin a esta guerra. Pero no elegí exactamente convertirme en un agente del Ser Triple. La elección era morir en los campos de radiación luego de mi huida, o unirme a ellos. Eso no fue elegir, y no seré libre hasta que ellos nos dejen.

—Otra cosa que oigo tanto en tu mente como en tu voz es lo mucho que deseas que yo te crea...

—Pero es la verdad. Sigue adelante, léeme la mente.

—Ya lo he hecho —dijo Arkor—. Ojalá pudieras entenderlo, Jon. Tú crees que la diferencia principal entre tú y yo es que yo sé lo que tú piensas en tanto que tú no sabes lo que pienso yo. Y no es eso. Es mucho más que una diferencia de percepción la que existe entre ustedes los hombres y nosotros los guardias. La diferencia entre los guardias que pueden leer la mente y los guardias que no pueden leerla es la diferencia que existe entre un ojo normal y un ojo que no ve los colores...

—¿Lo cual quiere decir...?

Arkor suspiró

—Lo cual quiere decir que lo que yo oigo no es importante. Y cómo lo interpreto —lo cual es importante—, eso no puedes entenderlo.

Caminaban entre los edificios de departamentos en el anillo central de la Ciudad. La parte oriental del cielo estaba en sombras. En una ocasión se detuvieron.

—El Señor de las Llamas —dijo Jon.

—Incluso tú puedes sentirlo.

Jon asintió.

—¿Puedes ubicar exactamente donde está o a quién está habitando?

—Todavía no.

Siguieron avanzando en medio de edificios cada vez más altos.

—¿Ahora qué oyes? —dijo Jon.

—Oigo a un Supervisor Ejecutivo de una de las plantas de tu padre preguntándose si el asesinato político de Chargill afectará de alguna manera su salario. Está hablando de eso con su esposa. En el sótano de la casa hay una mujer vieja y borracha que ha entrado por la puerta de la bodega que había quedado abierta por accidente. Está en un rincón, escondiéndose de lo que llama "tirones", que en realidad son recuerdos de las palizas que le daba su madre cuando era una niña y vivía en el continente. Ni el supervisor ni la vieja tienen conciencia de la existencia del otro. Y aún cuando él entrara en el sótano, la encontrara y la llevara afuera, o si ella sacara el caño de metal que está en el rincón, subiera las escaleras, se deslizara dentro de la sala de estar y les deshiciera a golpes el cerebro al hombre y a su esposa —ya ha matado a dos personas en su vida— ni aún así tendrían conciencia el uno del otro.

—El Señor de las Llamas —dijo Jon nuevamente.

—Estamos muy cerca de un buen acuerdo.

—¿Puedes ver lo que está haciendo ahora?

—Todavía no —dijo Arkor—. Pero enfrente del ministerio de guerra hay un policía de pie, esperando a su pelotón y a la oscuridad. Van a hacer un procedimiento en un bar de la Olla del Diablo donde se supone que se aloja una banda de malis. —Pasaron por una mansión que a Jon le resultó familiar.— Allí está tu padre —dijo Arkor—. Está pensando en llamar a su secretaria y escribir una carta al comandante suplente de Telphar expresando sus buenos anhelos por la causa de la guerra con una contribución de medio millón de unidades. ¿Cuál será el valor publicitario de esto?, se pregunta.

—¿Piensa en mí o en mi hermana?

Arkor sacudió la cabeza. Se acercaban cada vez más al Palacio Real de Toron.

—El Señor de las Llamas —dijo Arkor.

Cuando finalmente se hizo noche cerrada entre las torres del palacio bajaron por la desierta avenida de Oysture. Al final del camino pasaron bajo un arco de piedra y Jon abrió la cerradura con una de las llaves pasadas de moda que todavía se usaban en el palacio. En el corredor pasaron junto a una estatua empotrada del último Rey Alsen, y subieron por una amplia escalinata de mármol. Llegaron al quinto piso de la torre donde estaban las habitaciones y se detuvieron ante las puertas de las suite de la duquesa. Las puertas se abrieron sobre un piso alfombrado.

Petra estaba de pie junto al cortinado de la ventana, jugueteando con una piedra de cristal ahumado que colgaba de una cadena de plata que le rodeaba el cuello, contemplando la ciudad que anochecía. Cuando ellos entraron se volvió.

—Están de regreso —dijo, sin sonreír—. El Señor de las Llamas, puedo sentirlo como si estuviera en la habitación.

—Está en el palacio —dijo Arkor.

—¿Tan cerca? —preguntó la duquesa—. ¿Arkor, puedes decirme qué ha hecho esta vez? He estado haciendo una disección de los informes del gobierno durante una semana y no puedo ver lugar alguno donde el haya podido meter los dedos.

—Todavía no se ve nada con tanta claridad. ¿Quizá tuvo algo que ver con el asesinato de Chargill?

—Es posible —dijo Petra—. Sobre esto tampoco puedo arrojar nada de luz.

—Dijiste que él está en el palacio —dijo Jon—. ¿En qué dirección?

Arkor hizo una nueva pausa.

—Allí —señaló.

Se acercaron a la puerta, bajaron a la sala y pasaron por las habitaciones ahora desocupadas de la Reina Madre y por las otras recámaras para los huéspedes reales. Finalmente subieron una corta escalinata que daba a un corredor a cuyos costados había un hilera de estatuas inundadas de luz.

—Vamos en camino al recinto del trono —dijo Petra.

—Así es —asintió Arkor.

El corredor se abría en una de las alcobas del recinto del trono. Espesos cortinados caían en pliegues superpuestos sobre las ventanas de cuatro metros y medio de alto. La luz que se filtraba entre los pliegues dibujaba gráciles triángulos isósceles sobre el piso lustrado.

—Esperen —susurró Arkor. En la oscuridad del cuarto creciente Jon y la duquesa vieron que la frente de Arkor se plegaba. Señaló en diagonal, en dirección a una de las tantas alcobas en sombras.

—Nos separaremos —susurró la duquesa—. Recuerden que tenemos que verlo en su totalidad.

Petra se desplazó hacia las columnas de la izquierda y Jon hacia la derecha. Manteniéndose a la sombra de los tapices con paisajes de mar atravesaron el corredor en dirección al recinto vacío del trono.

Entonces se oyó una voz, hueca, desde el otro lado del piso.

—¡Qué es esto! ¿Quién está ahí...?

Dirigió a la alcoba una mirada congelada.

—¿Quién está allí? Llamaré a los guardias... —una figura blanca atravesó una de las saetas de luz, mientras se volvía vacilante y decía—: ¿Quién está allí?

¡El rey! Jon sintió un dolor agudo de reconocimiento y se apartó de los tapices. Al mismo tiempo Arkor y la duquesa salieron de sus escondites. Al principio el rey sólo vio a la duquesa y dijo:

—Petra. Me diste un buen susto. Por un momento pensé que tú...

Luego:

El verde de las alas de los escarabajos... el rojo del carbunclo pulido... una red de fuego de plata. La luz hirió los ojos de Jon que se hundió en un humo azul. Su mente se lanzó entre los parsecs.

Vio gris, grandes franjas de gris, pero con un tinte lavanda, algunas con rojo, otras con amarillo pálido, anaranjado. Le llevó un momento reconocer que estaba en un desierto, opalescente bajo un cielo gris plomizo. Sopló viento y los matices cambiaron de posición: el naranja iluminaba al verde, el rojo al amarillo, el color azulado que se veía a la izquierda se hizo más profundo, y el gris cubrió todo como un velo de gasa, ondulado e interminable.

Los tentáculos le treparon por el tronco. Las raíces se expandieron en esta arena hasta encontrar una
corriente de puro ácido hidrofluórico nutritivo y fresco. Pero en la superficie la atmósfera enrarecida era fría, seca y gris.

En la corteza tenía tres tajos sensibles al calor que registraron la presencia de otros dos cactus en las
cercanías. Los tentáculos se replegaron y desplegaron una vez más.

Cuidado, susurró un cactus (ese era Arkor). *Allí está esta él...*

Otro cactus (este era Petra) se inclinó hacia un costado, en tanto que los tentáculos ceceaban sobre la arena.

Detrás de una duna próxima, alguien levantó la cabeza. Tres ojos parpadearon y retrocedieron.

Jon dejó que sus antenas reposaran.

Entonces la cabeza, ónix oscuro, apareció una vez más, y una vez más los tres ojos parpadearon. El
lagarto silbó; dientes como agujas ribeteaban una encía porosa. Silbó nuevamente, y ante la boca se alzaron espirales de arena resplandeciente. Subió por la duna apoyado sobre seis patas negras, en dirección a Jon.

De pronto Jon atacó violentamente a la bestia, sujetándola por el cuello. Irritado, el lagarto tironeó,
pero la planta alta en que se había convertido Arkor se inclinó hacia adelante y tres hojas longilíneas hicieron un círculo alrededor del cuerpo del reptil. La duquesa enredó dos patas furiosas y mientras todos tiraban hacia atrás, el silbido se convirtió en un grito lanzado al aire enrarecido. La piel negra se desgarró y los miembros rotos se cubrieron de un líquido azul que oscureció la arena.

Se oyó un nuevo gritó, que cesó cuando la garganta sucumbió bajo tentáculos crujientes.

Allí...

Estaba oscuro. La piel áspera de Jon resbalaba sobre el terreno húmedo mientras su cuerpo sin huesos se abría paso a través de la tierra. Hacia un costado y arriba se produjo una vibración. (Sí, era la de Petra.)

Jon presionó en el hueco hasta que atravesó la tierra que lo separaba de Petra y se encontró junto a ella, con los flancos en contacto.

¿Dónde está Arkor?, preguntó Jon.

Se adelantó para ir al templo.

¿Tiene otra vez la gracia de la sacerdotisa?

Aparentemente. Hace un ciclo de calor atrás le envió amonestaciones.

La ofensa fue muy grande y quizás ella todavía no lo ha perdonado. Me pregunto si sospecha qué papel desempeñamos en el esquema.

El inmenso gusano que estaba junto a él se estremeció.

Espero que no, vibró ella nerviosamente. *Si no, estamos perdidos. Todo cuanto podremos hacer es*
escuchar atentamente a las plegarias de fin-de-ciclo y esperar que ella no haga denuncias.

Ahora, excepto por las vibraciones de identificación, permanecían en silencio, en tanto se dirigían hacia el templo y hacia la ceremonia de fin-de-ciclo.

Era una bolsa de barro suave que mantenía la humedad gracias a perfumados líquidos que emanaban de todos los rincones del mundo subterráneo. Jon pudo percibir los olores exóticos aún antes que la textura de la tierra cambiara y él apareciera súbitamente en el fango lujurioso.

Formaron un círculo en la parte de atrás, esperando, mientras los otros gusanos se unían a ellos, antes que comenzaran las plegarias.

Finalmente, cuando el terreno fangoso estuvo repleto, las conocidas vibraciones de la sacerdotisa atravesaron el templo. La sacerdotisa se comunicaba con su congregación por medio de un ingenioso sistema de amplificación compuesto por un par de anillos metálicos que rodeaban al agujero de barro y que, cuando daba vueltas en derredor y hablaba, transmitían sus palabras con todo el volumen.

Salve, oh Diosa Tierra, en cuyo surco nutricio residimos, comenzó la invocación. *Que el barro siempre sea propicio.*

Que nadie que esté bajo su protección se bifurque antes que él elija, respondió la congregación y comenzaron las plegarias.

Finalmente, concluyeron los rituales y la sacerdotisa comenzó con los anuncios.

Tengo buenas noticias para vosotros, hermanos míos. Un miembro de nuestro rebaño, que nos había causado un disgusto, está con nosotros una vez más.

Jon sintió entre las vibraciones un modelo nuevo, pero familiar. (Arkor, pensó, tiene que haber entrado recién en el templo). Pero al mismo tiempo descubrió que había algo más, algo que hacía mucho tiempo que estaba allí, pero que de pronto estaba presionando sobre su conciencia. Con un estremecimiento de su tramo intestinal descubrió que se trataba del Señor de las Llamas. Junto a él la duquesa se retorcía con aprensión.

El Señor de las Llamas, susurró, apretando su flanco contra el de Jon. *¡Es la sacerdotisa!*

Lo sé, le respondió Jon con otro susurro, mientras la sacerdotisa seguía hablando.

Este apóstata que está nuevamente con nosotros se comprometió en una conspiración para hacer terminar la costumbre de nuestro sacrificio cíclico a la diosa tierra de once criaturas recién bifurcadas, aduciendo que hundirías en la tierra hasta que el Gran Calor Central marchitara sus cuerpos no correspondía a nuestra dignidad de gusanos. Pero él ha regresado, dijo la sacerdotisa con ardor, *y por su crimen de subversión ha accedido a*

sacrificarse cuando comience el próximo ciclo de calor, y con él serán sacrificados los otros dos conspiradores...

Ni siquiera esperaron que las vibraciones identificatorias resonaran en el amplificador de metal. Ambos dieron un salto, deslizándose entre los otros adoradores, resbalando sobre el barro del templo. Cuando llegaron junto a la sacerdotisa, el templo era una masacre. Jon golpeó contra un cuerpo flojo que estaba propagando las vibraciones identificatorias de Arkor, pero la forma era flaccida. Por supuesto, seguro que lo habían arrastrado hasta allí contra su voluntad. Pero el Señor de las Llamas... Jon se avalanzó sobre la sacerdotisa y se enroscó alrededor de ella, pero resultó que la sacerdotisa y la duquesa ya estaban peleando. Con la extremidad inferior Jon arrastró a Arkor hacia ellos. Con el movimiento el gusano revivió un poco, pero alguien estaba aferrado a los anillos de metal y gritaba:

¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Están matando a la sacerdotisa!

En la lucha cayeron otras porciones de músculos, pero el Señor de las Llamas: *Allí...*

Desde las rocas fluían cataratas de azul. El cielo gris era azotado por manantiales naranja que estallaban desde las piedras ardientes. El fuego era magnífico y la única luz restante provenía de las tres lunas que formaban en la noche un triángulo cambiante.

Jon se elevó por encima del fuego y la exaltación le provocó contracciones en los músculos del pecho. El aire le sacudía las plumas enceradas. Mientras se remontaba, las alas silbadoras formaban en la noche un semicírculo luminoso. Los plumones se desplegaban en abanico por el calor. Abrió el pico y por encima de la laringe se formaron algunas notas.

¿Arkor?, llamó. *¿Petra, por dónde están volando... ?*

Antes de que completara la pregunta, se oyó la voz musical de Petra:

Vuelo por encima de las llamas verdes donde arde el cobre, ahora hacía el amarillo donde las llamas de sodio...

Desde lo lejos, una tercera voz se unió a la de ellos.

Una extensión de hidrocarbono atraviesa flujos color naranja...

De los cientos de pájaros que lo rodeaban dos se unieron a él y juntos se elevaron por el humo que se hacía más denso hasta que el aire les enfrió las alas, palpitantes como corazones, sin detenerse, sin descansar. Las melodías se fundían y entremezclaban las unas con las otras.

Entonces el graznido cortó el aire lleno de humo.

Alas oscuras se agitaban entre el oro. Malignamente, un pico color púrpura desgarró los suaves plumones y una garra escarlata golpeó en vuelo

descendente un ojo dado vuelta. Mientras golpeaba entre la nube de pájaros, caían plumas doradas, las capturaba una brisa y luego caían nuevamente, chamuscadas, carbonizadas, para arder finalmente en el fuego.

Sigamos, gritó Petra.

Seguimos, gritaron Jon y Arkor.

Jon giró y se arrojó como una flecha en dirección al enemigo. El pico se hundió entre plumas negras. Otras garras se mezclaban con las propias. Jon lo cercaba desde arriba y los golpes terribles de las alas de Petra martillaban desde abajo. Entonces el pico de Arkor pinchó un ojo resplandeciente y las grandiosas alas se estremecieron, para luego relajarse. Estaban tan entrelazados que al principio fueron arrastrados casi trescientos metros abajo antes que el aleteo frenético alcanzara al aire. Por un instante mantuvieron el cuerpo en el calor polvoriento. Un ala todavía temblaba inútilmente. Entonces Jon soltó su presa al mismo tiempo que Petra y Arkor y, mientras ellos ascendían, el cuerpo caía girando como un huso. Observaron como la sombra estallaba en el fuego lívido.

El Señor de las llamas, cantaron. *Allí*. El cadáver que humeaba sobre las rocas despidió un fuego final. Jon percibió rápidamente un movimiento, que se alzaba desde las cenizas, y oyó un claro estallido de melodías mientras esta nueva bestia ascendía en dirección a la bandada de pájaros, todo antes que un humo azul le inundara los ojos, que sólo pudo despejar la luz. Estaba atrapado en una red de fuego de plata, estaba perdido en el rojo del carbunclo pulido, y ante sus ojos se agitaban las empalidecidas alas verdes de los escarabajos.

Jon entró en el recinto del trono, parpadeando. A la izquierda, en la penumbra, vio a Petra y a Arkor. A la derecha, al pie del trono, una mano agarrada de la cola del molusco dorado, se veía la figura del rey envuelta en una capa blanca que se desplegaba sobre los escalones lustrados. La otra mano todavía se movía sobre el mosaico. Jon corrió hacia él y se detuvo al lado.

—Está vivo —dijo a sus compañantes.

Hubo un revuelo de pasos. Alzó la vista y vio a los guardias que lo rodeaban, espadas flamígeras en ristre. Alguien encendió las luces del recinto del trono. Arkor y Petra permanecían entre los guardias.

—Muy bien, ¿qué le ha ocurrido a Su Majestad?

Jon estaba confundido, pero la duquesa dijo rápidamente:

—No estamos seguros. Lo oímos gritar mientras veníamos hacia el recinto del trono, de pronto atravesó la habitación corriendo y se desplomó.

—Está vivo —repitió Jon—. Pero sería mejor que lo viera un médico.

—Apártense —dijo el guardia y Jon dio un paso atrás—. ¿Quién es usted? —preguntó el guardia.

—Soy la prima del Rey —dijo la duquesa—. Y estos son mis huéspedes.

El guardia frunció el ceño.

—Es mejor que vuelva a su suite, Su Gracia. Y quédense allí hasta que hayamos aclarado esto —añadió.

—Bien —dijo el jefe de los guardias. Miraba alternativamente a Petra, a Jon y a Arkor—. Este lugar está lleno de cámaras, a las que se puede llegar desde una docena de sitios. —Esperaba alguna reacción. No hubo ninguna.— Trabajaremos con esto y veremos qué pasa. Por favor, vayan a sus habitaciones.

Jon, Arkor y la duquesa dejaron el recinto del trono. Cuando llegaron a la sala Jon dejó escapar un suspiro que había estado conteniendo desde su último: *está vivo.*

En su suite, la duquesa se dejó caer sobre !a cama con respaldo de madera trabajada como una concha marina y se pasó los dedos por el pelo.

—Supongo que donde tienen cámaras, tienen micrófonos —dijo, echando una mirada por toda la habitación. Arkor se dirigió hacia una pared sobre la cual había un paisaje submarino en tonos de naranja y siena. Apoyó la mano contra el ojo derecho de un pulpo estilizado en lucha con una ballena.

—Ahora no los tienen —dijo—. O al menos no pueden oír nada con ellos. En realidad, ni siquiera
han puesto un monitor todavía.

—Esas cámaras estuvieron a punto de impedir el secuestro del Príncipe Let. Gracias a Dios que esta vez no tienen nada para ver —se volvió hacia el gigante—. ¿Arkor, tuviste ocasión de ver qué hizo en esta visita el Señor de las Llamas?

—Esta vez fue más difícil —dijo Arkor—. Las mentes de los seres humanos son más difíciles de
explorar que las de los neanderthales, donde se escondía antes.

—Bien, ¿podrías decirnos algo?

—Puedo decir quién asesinó a Chargill.

—¿Quién?

—Su Majestad.

—¿Sabes porqué?

—De eso no estoy seguro. Pero en la mente tenía algo más, algo que... —de pronto se volvió—. Jon, ¿recuerdas que cuando veníamos para acá percibí los pensamientos de tu hermana y dije que me parecía que ocurría algo? Y que dije que había una especie de imagen caleidoscópica de la cual podía sacar el diseño pero no el significado. Bueno, ¡ese mismo diseño, esa misma imagen también estaba en la mente del rey Uske!

Hubo un momento de silencio. Luego Jon preguntó:

—¿Qué significa exactamente la similitud?

—Significa que los dos saben algo, lo mismo, y que incluso sienten lo mismo respecto de ese algo. Pero está oculto, como algo que uno aprende y que luego trata de olvidar inmediatamente. En la mente de Uske era mucho más fuerte, pero estaba en ambas. Y puede tener algo que ver con el Señor de las Llamas.

—¿Entonces qué está haciendo en la mente de ambos? —preguntó la duquesa.

—Es una buena pregunta —dijo Arkor.

—Lo probaremos en Catham para ver qué resulta... y con no sé cuántos más.

Alguien golpeó la puerta. Jon la abrió con el consentimiento de la duquesa. Entró el jefe de guardias.

—Su Gracia, caballeros, el film ha sido proyectado. Están en libertad y pueden ir a donde quieran, pero más adelante pueden ser interrogados.

—¿Su Majestad ya ha dicho algo? —preguntó Petra.

El guardia miraba desde debajo de cejas fruncidas.

—Su Majestad está muerto. —Se volvió bruscamente y Jon cerró la puerta a sus espaldas, con lentitud.

—Supongo —dijo Petra— que desalojar al Señor de las Llamas fue una sacudida mayor que la que podía soportar. —Permanecieron en silencio.

—Es todo cuanto puede soportar un hombre sano —dijo Arkor—. Y el rey estuvo enfermo durante toda su vida.

Petra unió sus largos dedos.

—Chargill muerto por instigación del rey. Ahora muerto el rey por... —no terminó—. Con toda esta cuestión de la guerra, el gobierno va a pasar una verdadera convulsión. Todos los pequeños funcionarios van a empezar a retorcerse y a escapar.

—¿Crees que alguien va a tratar de usar a la Reina Madre como grito de batalla? —preguntó Jon.

—Lo dudo —dijo Petra—. Ella está a salvo en su habitación acolchada en la guardia para enfermos mentales del Servicio Médico. Espero que también esté feliz. Es una vergüenza que el año pasado se haya descompuesto. La recuerdo como una personalidad vigorosa que podría haberle hecho mucho bien al imperio.

Fue Arkor el que dijo:

—Eso quiere decir que es el momento para que regrese el Príncipe Let.

La duquesa asintió.

—¿Quién está en la sucesión del trono, quiero decir después de Let? —quiso saber Jon.

—Yo —dijo Petra brevemente—. Esta noche tú y Arkor deben ponerse en camino hacia los bosques del continente y traerlo de regreso lo más rápido posible.

—Si podemos encontrarlo en el bosque. Lo encontraremos —dijo Arkor.

Jon corrió las cortinas de la ventana y miró las luces de la ciudad, hacia donde el mar se extendía como un lienzo negro en dirección a un horizonte iluminado por la luz de la luna. La cinta de tránsito pasaba por el palacio, la luna le ponía franjas de plata y la sostenían torres inmensas. La antena de doscientas veinticinco millas arrojaba rayos por todo el mundo.

—No sé —dijo—. Me pregunto si esto va a empezar a descontrolarse. Nadie tuvo intención de matar, o al menos yo no tuve ninguna intención de matar al rey.

—¿Estás sugiriendo que yo sí la tuve? —preguntó Petra tranquilamente—. Pregúntale a Arkor si esa fue mi intención.

—No, no lo preguntaré —dijo Jon—. Cuando estuve en la prisión, yo quería… —se detuvo.

—¿Jon, de quién fue la responsabilidad de que fueras a la cárcel?

—Tres años atrás hubiera dicho que del Rey Uske. Pero cuando eso ocurrió los dos éramos niños que iban a la escuela. Sí, algo muy retorcido y sádico hizo que él me desafiara a entrar por la fuerza en el palacio y que robara el Heraldo Real. Pero algo igualmente tonto y descontrolado me hizo seguir con el asunto y asustarme tanto que realmente di muerte al guardia que trataba de detenerme. Pero cuando recién descubrí que el rey estaba muerto, esperé para ver qué sentimientos había dentro de mí, ya sea de venganza concretada, o de alivio, o de libertad. Y no había nada. Todavía no soy libre, no sólo del Ser Triple, sino de algo en mí mismo.

—Todos lo tienen —comenzó Petra. Luego agregó con más suavidad—: Quizá tú lo tienes más que la mayoría, Jon Koshar.

Sin dejar de mirar por la ventana, Jon preguntó:

—Está bien, Arkor, tú puedes percibirlo. Dime qué es.

La voz de Arkor, aunque no era triste, llegó con una emoción grave que Jon no había escuchado antes:

—No puedo, Jon Koshar. Es otra máscara que no puedo penetrar. Es el diseño más familiar que veo en la mente de ustedes, los hombres, casi el sello de identificación del ser humano.

Jon se apartó de la ventana y dijo secamente:

—¿Culpa? Eso es lo que te parece. Ahora yo percibo algo con mucha claridad y no es culpa, Arkor. Es algo… más.

Los ojos del gigante se achicaron en una momentánea concentración, y cuando habló otra vez. en su voz había una incertidumbre tan nueva como la grave emoción anterior:

—No … no es culpa.

Jon se dirigió una vez más a la ventana.

—No entiendo —dijo—. Quizá Catham tenía razón. Cada vez que exorcizamos al Señor de las Llamas y recorremos el universo saltando en una pata, me pregunto…

—¿Qué te preguntas? —preguntó la duquesa.

—Me pregunto si después de todo esta cuestión íntegra no es una fantasía psicótica.

La duquesa suspiró, dándole tiempo a la mente para desengancharse de las palabras de Jon.

—Lo único que sé —dijo— es que cualquiera sea el significado de esto, sólo podemos actuar según lo que vemos. Y debemos devolver al Príncipe Let a Toron lo antes posible.

Jon regresó a la habitación.

—Está bien. Entonces iremos al bosque y lo traeremos de regreso.

— ¿Salimos esta noche? —preguntó Arkor.

—Sí —dijo la duquesa—. Voy a tratar de conseguir ayuda del concejo y de ver si puedo salirle al paso a la confusión que se va a producir.

Jon y Arkor se dirigieron a la puerta. Un momento antes de cerrarla Jon repitió, con voz desconcertada:

—Una fantasía psicótica.

La duquesa alzó la vista del informe que había iniciado.

—No tienes tiempo para preocuparte por eso —dijo Arkor vigorosamente—. Sólo tienes tiempo para pensar una vez, quizá dos, en convencerte de que no se trata de eso.

CAPÍTULO SEIS

Arranque a un hombre de un universo; arrójelo en otro.

Las suelas de las botas golpeaban el barro; estaba en territorio enemigo, del otro lado de la barrera. Apretó con fuerza los brazos alrededor del pecho y luchó para liberar la excitación que se agitaba en las muñecas y en los hombros. Aquí el terreno era tan blando como el de las hoyas pantanosas producidas por el agua de rechazo del mar en aquellos parajes tortuosos. La bruma era tan húmeda y densa como la niebla de otoño que solía envolver su bote pesquero por las madrugadas. El aire cargaba el frío de octubre. Y el cielo, más allá de la bruma, brillaba débilmente como la superficie bien pulida de... ¿conchas marinas...?

No. Algo le impediría pensar en eso. No debes pensar en eso. Tel avanzaba, tratando de ver. Sentía un vago malestar, como cuando estuvo perdido durante seis horas en el bote, una mañana de niebla, cuando el remo se resbaló y cayó al mar. Por un momento la niebla cedió y pudo ver fugazmente las barracas en las cuales debía ahora presentarse de inmediato.

Avanzó agazapado, advirtiendo que el terreno era más firme, y finalmente traspuso la puerta de la cabaña.

—Hola —llamó. No había luces. Olfateó la niebla que flotaba en la oscuridad. Tenía el olor suave de las algas marinas. Las sensaciones familiares hacían todo más vivido, más real. Sin embargo él estaba en algún lugar de una ampolla semi-muerta de tierra irradiada, en alguna costra protegida sobre la tierra devastada—. Hola —llamó nuevamente.

—Hola —repitió una voz familiar. Apareció una cara, avanzó, mientras los rasgos se materializaban a través de la bruma—. Así que llegaste hasta aquí —dijo Ptorn. Los ojos negros le devolvían la sonrisa—. Me alegro por ti. ¿Qué viaje, eh?

—Sí —dijo Tel-. Puedes decirlo nuevamente.

—Creo que por allí está tu cama.

Tel entró. A lo largo de la pared distinguió una hilera de catres.

—¿Eh, dónde está el enemigo en relación a nosotros? —preguntó—. ¿Y dónde están todos los demás?

—Estamos muy bien detrás de la línea de fuego —dijo Ptorn— y los demás vendrán pronto.

—Por todos los diablos, no puedo ver a nadie en los alrededores —dijo Tel escudriñando nuevamente en dirección a la puerta—. Algunos de esos malditos hijos de puta pueden andar por acá; te agarran por sorpresa y te queman vivo. ¿Cómo puede saberlo uno?

Ptorn se encogió de hombros.

—Eh, muchacho —una sombra llenó el vano de la puerta.

—Hola —dijo Tel, no muy seguro de reconocer al recién llegado, aunque la voz era familiar.

—Me alegro de ver que tú también lo has logrado.

—No hay duda de que has llegado sin inconvenientes —dijo Tel, todavía no muy seguro de quién podía ser—... ¿Shrimp? Oh, pensé que eras tú. ¿Cómo te sientes?

—Mojado —dijo Shrimp—. Hay olor a olla de langostas viejas en este sucio lugar.

—Exactamente como en casa —Tel devolvió la broma.

Otra sombra oscureció la puerta.

—Uff, aquí no se ve nada.

—No hay nada para ver, mono —espetó Shrimp por encima del hombro mientras se dirigía a su cama. Se dejó caer de espaldas sobre el colchón—. Seguro que esa cuestión del tránsito te ha dejado sin fuerzas —se estiró, arqueó la espalda y cayó otra vez sobre la cama. Los resortes chirriaron—. Como rocas —murmuró, cerrando los ojos—. Cuando venga el enemigo despiértenme, ¿oyen? Pero para otra cosa no.

—Eh, Tel —dijo Lug al entrar a la cabaña—. Te juego un partido de monedas.

—Te voy a ganar —advirtió Tel.

—No me importa —dijo el neanderthal—. Sólo quiero jugar. Acá arriba.

—Esta bien —dijo Tel—. Un par de vueltas.

Lug se puso en cuclillas en la puerta, donde había luz suficiente y desparramó sobre los tablones un puñado de monedas de centiunidades. Tel se apoyó contra el marco de la puerta, observándolo. Entonces él también se agachó y ayudó a disponer las monedas para formar el cuadrado del Erramat.

Una sombra se proyectó sobre sus manos y Tel y el neanderthal alzaron la vista. Frente a ellos estaba un guardia del bosque. Tel bizqueó en medio de la bruma. No podía distinguir ningún rasgo con claridad, excepto los ojos amarillos.

—Muévanse. Quiero entrar —la voz era fría. Si el sonido hubiera podido tener color, pensó Tel, entonces la voz hubiera brillado como acero aceitado.

—No puedes pasar por arriba —preguntó Lug afablemente—. Acabamos de poner... —de pronto, ante el rostro de Lug se produjo un estallido de expresiones: eran de todos los tipos de placer—. Eh, Quorl, tú también estás aquí. Eres la primera persona conocida que encuentro. Me alegro de ver...

El pie con la bota golpeó con fuerza, Lug y Tel retiraron las manos a tiempo, y las monedas saltaron vigorosamente.

—Qué... —comenzó Lug—. Eh —gritó dentro de la cabina, detrás del guardia—. Quorl, ¿qué te pasa? Esos no son modales, ¿sabes? Si fueras de mi tamaño te aplastaría.

—Tranquilo, Lug —dijo Tel. Algo en esa voz anticipaba una tensión que él no quería cortar. Recordando lo que había dicho acerca de la percepción, se preguntó si Lug también lo sentía.

—Yo conocí a este chico en el bosque —el neanderthal estaba recogiendo las monedas—. Quorl, era amigo mío. Pero ahora se está portando como un mono al que habría que darle algunos sacudones —chasqueó la lengua con disgusto.

—¿Eh, ustedes son nuevos aquí, verdad?

Un neanderthal rollizo y torpe traspuso la puerta. Lug parpadeó.

—¿Ustedes son nuevos?

—Así es —dijo Ptorn desde adentro.

—Entonces ven —dijo el neanderthal—. Tengo que mostrarte algo.

Ptorn se unió a Lug y a Tel que se habían puesto en marcha detrás del otro hombre.

—Me llamo Illu —se presentó a sí mismo mientras los conducía fuera de la cabina por un terreno blando.

—¿Qué quieres mostrarnos? —preguntó Tel.

—Ya lo verán —dijo Illu—. Se lo mostramos a todos los que vienen aquí. Los hace sentir mejor. A algunos, en realidad.

—¿Qué es? —el que preguntaba ahora era Lug.

—Ya lo verán —repitió Illu.

Entraron en un claro que rodeaba a las cabinas. En medio del terreno estaba clavado un poste. Mientras se acercaban, Tel vio que era un letrero que señalaba en dirección a la niebla:

TOROMON - CAMINO DE REGRESO

—Lo puso el Vigía —dijo Illu.

—¿El Vigía? —preguntó Tel—. ¿Quién es?

—Un guardia del bosque llamado Quorl —dijo Illu—. Es el tipo que entró justo antes que yo —miró el letrero—: ¿No los hace sentir mejor?

Tel estaba confundido. Pero Lug apoyó sus manos de martillo sobre el poste y gruñó con satisfacción.

—Mmmmm —dijo, pasando la vista de Tel a Ptorn.— Ahora sabemos cuál es el camino de regreso. Eso quiere decir que sabemos dónde estamos. Eso me hace sentir mejor.

Illu sonrió.

—Les dije. Se lo mostramos a toda la gente nueva.

—¿Quorl puso esto? —preguntó Lug. Durante un momento pensó—. Esto es propio de Quorl. En el bosque me hizo sentir mejor un montón de veces. ¿Entonces por qué está actuando de manera tan extraña?

Illu se encogió de hombros.

—Mucha gente aquí actúa de manera extraña. Después de un tiempo terminas por aceptarlo, cuando ya has estado bastante tiempo.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —preguntó Lug.

—Uf... demasiado tiempo —escupió al barro—. ¿Sabías que el Vigía vuelve a casa, no? Dime qué está pasando por allí.

—Están todos locos —dijo Lug—. De lo único que hablan es de la guerra. Nada más que de la guerra.

Illu asintió.

—Y ahora tú mismo estás en eso. El Vigía es un tipo muy importante aquí. Hablame de Quorl cuando lo conociste en el bosque.

Bueno —dijo Lug—, sin duda era muy diferente de lo que es ahora... —y los dos neanderthales, tras haber iniciado una amistad, se alejaron juntos, dejando a Ptorn y a Tel.

—Me pregunto cómo lo descubrió —dijo Tel, mirando el letrero que estaba allí cerca.

—Debe conocer sus matemáticas —dijo Ptorn.

Las tablas hendidas que formaban el puesto estaban grises, envejecidas y el veteado se estaba abriendo. Los clavos se habían enmohecido rápidamente a causa de la humedad, dejando un anillo marrón alrededor de las cabezas,

como la que había en las maderas castigados por el tiempo de la casilla de botes de su padre. Estaba a punto de decir algo, pero antes que las palabras se formaran en la boca, Ptorn asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, así es.

Cuando regresaron a las barracas, la mayoría de las camas habían sido ocupadas por soldados que ya estaban en el regimiento. En la cabina sin luz, las figuras parecían sombras visibles a través de la niebla que colmaba también el interior. Tel fue hasta su cama. Cuando se sentó, la figura que estaba en la cama de al lado se dio vuelta súbitamente:

—¿Eh, tú eres uno de los que vinieron a llenar los agujeros?

—¿Qué agujeros? —preguntó Tel.

—Ya sabes: reemplazos.

Tel no podía distinguir la cara y por un instante recordó una de las voces sin rasgos que se había oído por el altoparlante durante el entrenamiento básico.

—¿Qué pasó con los otros, los que estamos reemplazando —preguntó Tel cautelosamente.

—¿Realmente quieres saberlo? —respondió la sombra.

—Realmente no —Tel pasó la palma de la mano por la frazada para detectar la textura del tejido—. ¿En algún momento los ojos se acostumbran a toda esta niebla?

—No. Pero tú sí.

—¿Cómo?

—Después de un tiempo te acostumbras a estar casi ciego.

—Ah. ¿Qué hacen ustedes aquí exactamente? —quiso saber Tel.

—Bien —musitó el bulto en sombras—, depende de para qué hayas sido entrenado.

—Soy mecánico de mantenimiento de la 606-B. Y también conozco muy bien la 605.

—Oh, entonces no vas a tener ningún problema en encontrar algo para hacer.

Tel sonrió a través de la niebla y sintió un destello de utilidad, una cálida confianza en sí mismo.

—Voy a tratar de dormir —dijo la sombra.

—Sí, una pregunta más, nada más —Tel bajó la voz— ¿Qué hay con ese guardia grandote de ojos amarillos?

—Te refieres a Quorl, el Vigía —dijo la voz.

—Sí, el que puso el cartel indicador.

—¿Qué quieres decir con "qué hay con él"?

—Bueno —dijo Tel—. Actúa de una manera extraña.

—Seguro que sí —replicó la voz—. Él es el Vigía. Tú también serías extraño si tuvieras que hacer lo que hace él —los resortes chirriaron otra vez mientras la figura se daba vuelta hacia el otro lado—. Mira, hablemos de esto en otra ocasión, soldado. Tengo que dormir un poco.

—Oh, sí —dijo Tel—. Buenas noches —se sentó en su catre, solo, mirando para un lado y para otro en medio de la oscuridad de la cabina. Se preguntaba cuál era la función de Quorl; luego se preguntó a quién estaba reemplazando. Quizá tendría que haber preguntado qué le pasó a la persona a la que estaba reemplazando, pero... Estaba contento de que allí hubiera trabajo para un mecánico de la 606-B. Muy contento; porque podía armarla, desarmarla, reponer alguna parte gastada, decir cuando las placas deslizantes tenían demasiado aceite o cuando los espirales de plomo estaban a punto de dañarse. Si pudiera saber... si supiera para qué era...

No. No debía pensar en eso. En cambio, pensó en lo bien que lo hacía sentir.

Pocas horas después, mientras Tel se paseaba por las barracas, se detuvo, se agachó y se miró las botas. Estaban cubiertas de barro hasta los tobillos. Cuando se incorporó, respirando a través de los dientes, alguien gritó:

—¿Quién es?

—Eh... Tel 211 BQ-T.

—Oh, hola. Soy yo Lug.

—Hola, mono. Pensé que eras un sargento o algo así.

—No, por todos los diablos —dijo Lug, solidificándose en la niebla a medida que avanzaba—. También me sorprendiste a mí. —Pasaba sólo apenas el hombro de Tel, pero mostró una sonrisa en medio de la bruma.

—¿Tu amigo Illu te dijo algo sobre lo que está ocurriendo?

Lug se rascó la cabeza y se puso junto a Tel.

—No sé si lo entiendo.

—¿Qué fue lo que dijo?

Lug unió las manos en un gesto de concentración y la cara se le llenó de arrugas.

—Lo primero que dice es que estamos enfrente de la línea principal de las fuerzas del enemigo. Somos parte de una hilera de bases que está a treinta millas enfrente de aquella línea. Pero lo que dijo Illu es que tienen miedo de que nos rodeen y nos ataquen desde atrás —alzó la mirada hacia Tel, confundido.— ¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Cómo pueden atacarnos desde atrás si están frente a una línea, una hilera de bases?

—Simple —comenzó Tel. Luego hizo una pausa, recordando lo que Ptorn le había dicho sobre percepción—. Mira, Lug, ¿que largo tiene una línea?

—¿En? No sé.

— ¿Qué extensión tiene?

—De un extremo al otro —dijo Lug encogiéndose de hombros—. ¿Qué largo es eso?

—Es el largo necesario: de un extremo al otro. Entonces imagina que el enemigo rodea los extremos de la hilera ¿No van a estar detrás de nosotros?

Lug lo sopesó durante un momento.

—Oh, supongo que sí. No había pensado en la posibilidad de que nos rodearan. -Caminaron unos pasos más.— ¿Eso significa que estamos en peligro, o que lo estaremos, eh?

—Supongo que sí —dijo Tel, sintiendo al mismo tiempo aprensión y afable superioridad por haber resuelto el acertijo topológico. Quizá Ptorn sentía lo mismo por él, reflexionó. Al examinar sus propios sentimientos, se sintió aliviado al descubrir que no había nada que pudiera agraviar al mono—. Estamos en peligro, sólo por estar aquí, Lug.

—Sí, tenemos un enemigo del otro lado de la barrera —repitió Lug—. Sólo que ahora nosotros también estamos del otro lado de la barrera.

Estaban acercándose a una elevación del terreno.

—Eh, rocas —dijo Lug, acercándose para tocar la superficie agrietada—. Me hace pensar en... —no terminó la oración y Tel recordó sus propios pensamientos primeros sobre los colores que se veían detrás de la bruma, apartándolos de su mente tan rápido como antes. Se cruzó de brazos, apoyándose contra la pared rocosa y fijó la mirada en la niebla—. ¿Qué crees que estamos mirando?

—Nada —respondió Lug.

—Bruma, niebla, vapor... nada. Lug, ¿cómo es el lugar de donde vienes?

— ¿Quieres decir... —Tel podía sentir cómo las palabras surgían de las profundidades de la mente de Lug— ... mi casa?

—Mi casa —musitó Lug—, era... el lugar donde vivía —se volvió hacia Tel y sonrió—. Sí -dijo—. Eso era lo mejor que tenía. ¡Era el iugar donde vivía!

Tel se rió y de nuevo le admiró ver cómo sus intuiciones se parecían a las de Ptorn.

—Y Mura —la voz de Lug era más calma—, y Porm, y Kuag; esta es la gente con la que yo vivía. Porm —explicó— era mi hija.

—Tienes una hija —deseó que la sorpresa no se hiciera visible a través de la bruma—. ¿Qué edad tiene? ¿Qué edad tienes tú?

—Ella tiene cuatro veranos —dijo Lug—. Yo tengo diecinueve inviernos.

Tel recordó que la edad promedio de los neoneanderthales era cuarenta y cinco años. El pensar en una vida tan corta debe de hacer que las cosas parezcan muy diferentes. Incluso una hija, una familia. En algún iugar dentro de él, como un cristal florescente, sintió un respeto creciente por esa imagen ajena, condensada, de sí mismo.

—¿Cómo era tu casa? —preguntó nuevamente.

—Estaba en el bosque -dijo Lug.

—¿Qué más? —preguntó Tel.

—Estaba en un edificio de piedra deteriorado, una "ruina", lo llamaban ellos. Desde antes del Gran Fuego. Los árboles habían caído sobre la mayor parte de los edificios y había tramos de escaleras que conducían hacia lo alto y se detenían ante el espacio abierto. En las escaleras jugaban los niños, con piedras y ramitas, y a veces soplaba el viento y nos íbamos todos dentro del edificio y permanecíamos en un rincón, y algunas veces le cantábamos al viento; o cuando caía el agua del cielo, le cantábamos al agua. Cuando hacía mucho calor, le bailábamos al sol —retrocedió y comenzó a saltar primero sobre un pie y luego sobre el otro—. Así, sólo que con mucha más gente y más rápido, golpeando y gritando. Una vez por mes lo hacíamos para la luna, pero era diferente. Eso era porque la luna y el sol son diferentes, no como la lluvia y el viento ¿Entiendes?

—Entiendo —dijo Tel.

—A veces reparábamos el cuero sobre el hueco que estaba en la pared orientada hacia el sol. Pero entonces uno tenía que salir y agarrar un jabalí, o un eloterio... y afuera, ya no tengo más casa. Eso es... —hizo una pausa.

—El resto de un amplio universo —completó Tel.

—Sí —dijo Lug uniendo las cejas y asintiendo—. Y es muy, muy amplio, sabes. Muy amplio.

Ahora fue Tel quien asintió.

—El resto de un amplio universo —repitió Lug—. Es muy diferente de mi hogar. Es otra cosa, completamente. El hogar… —hizo una nueva pausa y finalmente se refugió en su revelación anterior—: El hogar es donde yo vivo —Lug sonrió débilmente—. Todos ustedes, los hombres altos, los hombres muy inteligentes que pueden rodear los extremos de una hilera, todos ustedes deben pensar que esto es una tontería. Deben saber dónde está el hogar.

— ¿Tú piensas que es una tontería?

—No —dijo Lug—, pero…

—Entonces, no te preocupes —dijo Tel—. Después de todo, puede no ser para nada una tontería.

Lug lo sopesó, luego pareció satisfecho. Se alejó nuevamente de la pared y ejecutó su pequeña danza. Se detuvo y alzó la vista.

—No hay sol —dijo—. No hay luna. El hogar es donde yo vivo y luego está el resto de un amplio mundo. ¿Pero dónde está? —clavó la vista a través de la bruma—. En ninguna parte.

Tel miró las botas de Lug.

—¿No se te embarraron los pies? —preguntó— Como los neanderthales tenían el dedo mayor del pie comparativamente separado, se sentían incómodos con botas que les impidieran alzar cosas con los pies.

—Están muy embarrados —dijo Lug, retorciendo los dedos en la tierra blanda—. Yo los lavo.

—Me parece que sí —Tel se encogió de hombros.

—¿Cómo es tu casa? —preguntó Lug—. ¿Es el lugar en donde vives?

—No —dijo Tel-. Al menos hace mucho tiempo que no vivo allí, casi tres años. La dejé cuando tenía catorce años y me fui a Toron.

—Alguna de mi gente va allá —dijo Lug—. No sé si les gusta mucho. Los que vuelven dicen que es muy complicado.

—Lo es —dijo Tel.

—¿Qué hiciste en la ciudad?

—Vagabundear —respondió Tel con una evasiva—. Un problema aquí, un problema allá, no pude conseguir un trabajo porque no había trabajo

suficiente y finalmente terminé en el ejército —se apoyaron contra las rocas una vez más—. ¿Oye, Illu dijo algo sobre tu amigo Quorl?

—¿El guardia que puso el cartel indicador?

—Eso mismo. Y el que le dio un puntapié a nuestro juego.

—Oh, el que no tiene modales. Ya no es más mi amigo. Lo único que sé es que por aquí es una persona muy importante. Sin embargo, no sé lo que hace.

—Quizá sale a espiar al enemigo. Eso es lo que yo supondría por el nombre. Me pregunto si sabe qué aspecto tiene el enemigo.

—Sabes que tienes razón —dijo Lug arrugando la cara—. ¿Cómo vamos a luchar con ellos si ni siquiera podemos reconocer a uno que se acerque y nos diga hola?

—Lo reconoceríamos.

—Sí —dijo Lug al cabo de un momento—. Supongo que sí.

CAPÍTULO SIETE

Por encima del yate las estrellas estaban en calma. El agua golpeaba la cubierta, susurrante. En el horizonte, las torres enjoyadas de Toron se empequeñecían hasta hundirse.

—¿Crees que después de estos tres años reconocerías al príncipe si se te apareciera ahora mismo y te dijera hola? —le preguntó Jon a Arkor. El viento era una palma fría contra su mejilla, dedos fríos que jugaban con su pelo.

—No sé —dijo Arkor—. Le habrá cambiado la mente. Habrá crecido.

Jon se hizo paso en el viento, entrecerrando los ojos para espiar entre los dos mantos de negrura, cielo y mar, que se unían ante él. Finalmente se incorporó.

—Quizá sería mejor que durmiéramos algo —dijo—. Estaremos allí cerca de la madrugada. —Jon y Arkor se apartaron de la baranda.

El sol se abrió paso entre cada una de las capas de la noche, hasta que explotó sanguinoliento sobre
la superficie del agua. Ya se alcanzaba a ver la costa. El bosque llegaba prácticamente hasta la playa. En una ocasión había sido un puerto de inmigración desde el continente hasta la Ciudad en la isla. Ahora un muelle quemado se hundía en la marea como un miembro ennegrecido, en el lugar donde un avión de guerra se había estrellado tres años atrás.

Mientras Jon subía a cubierta en medio del aire helado, vio que en el desembarcadero no había otros botes. Arriba, un gemido débil rasuraba el cielo. Muy en lo alto, el súbito resplandor de los aviones. Pertenecían al ejército y llevaban reclutas desde Toron hacia Telphar. El gemido murió y Jon miró hacia el puerto que se acercaba cada vez más al bote a través de la mañana iluminada.

Cuando Arkor se le unió sobre cubierta, los pilotes de madera ya estaban golpeando contra el costado del bote. El motor se puso en marcha y el espacio que había entre la proa y el muelle se cubrió con la espuma del agua de rechazo.

Algunos estibadores esperaban para agarrar los cabos que arrojaban los de la tripulación. Junto a Arkor apareció un marinero, pero el gigante ya había alzado el inmenso rollo de sogas.

—Voy a sujetarlo —dijo, despidiendo al marinero y arrojó línea en dirección a la estaca que se aproximaba.

Saltaron fuera de borda y Jon se detuvo junto a unos pilotes semipodridos, ocupándose de Arkor que ya se había puesto en marcha en dirección a la escalinata de madera.

Media hora más tarde se encontraban entre los árboles. Arkor estaba escuchando, con una mano marrón apoyada contra un roble de corteza gruesa.

—Ahora estás en tu casa —dijo Jon—. ¿Qué sentimientos provoca dentro de ti?

El gigante sacudió la cabeza.

—No los que crees que debería provocar —achicó los ojos—. Todavía no oigo a nadie. Ven, vamos por aquí.

Con sorprendente rapidez avanzaron por el bosque en la hora siguiente. La arboleda se redujo bruscamente, y frente a ellos Jon vio un resplandor que debía de haber sido el sol sobre el mar. Llegaron a un peñasco que caía fragmentado sobre un arrecife que estaba por debajo. A una distancia de un metro y medio, todavía a trescientos metros sobre el nivel del mar, se extendía la mayor superficie de roca. El sol ardía en blanco sobre la

planchada lírica y el pequeño templo que estaba en la orilla proyectaba una sombra a pique.

—El sacerdote está allí —dijo Arkor—. Síganme hasta abajo.

Antes de que llegaran a la planicie un hombre surgió de la puerta del templo. La brisa que soplaba en dirección al mar se enredaba en la túnica negra. Sujeta al hombro por una correa de cuero llevaba una trompeta de caracolas. El rostro demostraba la edad más que el de cualquiera de los otros guardias que Jon había visto.

—¿Por qué han regresado? —preguntó el sacerdote.

—Para llevar al rey a Toron. Su hermano, el Rey Uske, ha muerto.

—En el bosque no hay reyes -dijo el sacerdote—. Ustedes nos dejaron: ¿por qué vuelven?

Arkor hizo un momento de silencio. Luego dijo:

—Hace tres años, un muchacho joven, de cabello claro, llegó al bosque. Era el hermano menor del rey. El rey está muerto. El debe gobernar ahora.

Jon advirtió que el sacerdote no tenía la marca de las tres cicatrices del telépata.

—¿Quieren algo de él? ¿Van a obtener algo de su mente? Saben que no está permitido.

—No voy a obtener nada de su mente —dijo Arkor—. Su consentimiento será otorgado, no quitado.

—¿No pertenece a la gente del bosque?

—No —respondió Arkor—, Vino aquí y eligió valerse de la hospitalidad de nuestra gente. Tiene derecho a elegir irse. ¿Tengo permiso para buscarlo?

El sacerdote hizo silencio por el lapso en que dos olas rompieron sobre las rocas, trescientos metros
abajo.

—Pueden buscarlo por donde quieran —dijo y entró nuevamente en el templo.

Jon y Arkor regresaron al sendero que conducía al bosque.

—¿Qué fue todo esto?

—¿Qué entendiste? —preguntó Arkor—. No me refiero a las palabras, sino a qué estaba pasando.

—Tú le pedías permiso para buscar al Príncipe Let... y le decías por qué habíamos venido.

—Sí, pero hice mucho más —el gigante se trepó a un árbol joven que estaba inclinado—. Hice... cómo podría decirse... traté de conocer el statu quo. Es algo así —dijo Arkor mientras ganaban nuevamente terreno—. Entre los guardias del bosque, los telépatas están en una posición ambigua e incómoda. En realidad, fue por eso que me fui. Son considerados superiores y al mismo tiempo, temidos. Se cree que la naturaleza apunta al momento en que todos los guardias nazcan telépatas; sin embargo, los no telépatas saben que son temidos por esta minoría creciente. De modo que los telépatas deben ser marcados en el momento de su descubrimiento y deben acatar la soberanía nominal del sacerdote no telépata. Mantiene la paz y permite que la naturaleza siga avanzando.

—Detesto pensar qué podría pasar si entre nosotros... los hombres, comenzaran a aparecer telépatas —dijo Jon—. No habría paz por mucho tiempo.

Arkor asintió.

—Es por eso que nosotros mantenemos nuestros poderes apartados de ustedes todo lo posible.

—De tanto en tanto me gustaría poder oír la mente de otros hombres —dijo Jon.

Arkor se rió.

—Como dije antes, sería igual que dar una visión en colores a un hombre que todavía es incapaz de distinguir una forma de otra y que ni siquiera podría juzgar las distancias. Al principio sería como un juego divertido, pero finalmente se convertiría en un estorbo sin sentido y molesto... para ustedes.

Jon se encogió de hombros.

— ¿Por dónde empezamos a buscar a Let? Es tu territorio.

—Primero buscaremos a algunas personas para ver si saben algo del muchacho.

—¿Es eso lo que quiso decir el sacerdote cuando dijo que podías buscar por donde quisieras?

—Así es.

—Tal vez tu gente sea más civilizada que la nuestra —dijo Jon.

A Arkor le causó risa.

Como vasos capilares, una docena de senderos recorrían el cuerpo del bosque. Habían atravesado cerca de doce antes de que Jon reconociera la

sutil dispersión de hojas aplastadas sobre la tierra negra, de ramitas quebradas, la leve firmeza de la tierra que indicaba la huella de pies.

—Por allí —dijo Arkor— están dormitando dos mujeres sobre una capa de musgo, junto a una rama de plátano caída. Una de ellas ha visto al muchacho rengo de cabello claro, que no pertenece a la gente del bosque —miró a Jon—. Parece que es Let.

— ¿Por qué está rengo? —quiso saber Jon.

Arkor se encogió de hombros. Poco después se detuvo nuevamente.

—En una ocasión un hombre que pasaba por allí se encontró con el muchacho de cabello claro. Hace seis meses hicieron juntos una trampa para alces.

Jon se estiró en la dirección que señalaba Arkor para ver los árboles, pero ni siquiera podía oír un murmullo.

—En seis meses, Arkor, pudo haber ido a cualquier parte.

—Cierto —dijo el gigante. De pronto se detuvo bruscamente y Jon permaneció al lado de él sin moverse.

Un momento más tarde, el follaje se abrió ante ellos y un guardia alto, con un mechón de cabello blanco que le caía sobre las sienes oscuras dio un paso adelante. Tres cicatrices le recorrían el costado izquierdo de la cara y el cuello.

—Han venido en busca del joven desconocido —dijo el guardia.

—Tú sabes por donde anda —dijo Arkor—. Sabes que camina entre las altas rocas, se detiene, se apoya sobre la vara que lleva en la mano y mira al cielo a través de hojas que parecen astillas azul pálido.

—Seguirás la red de pensamientos que lo mantiene en el centro —dijo el guardia de resplandeciente cabello blanco. Sin más intercambio, Arkor siguió caminando en su dirección y el otro guardia continuó en la propia.

—¿Ahora sabes dónde está Let? —preguntó Jon.

Arkor asintió.

Al cabo de un momento, Jon dijo:

—¿Por qué hablaste en voz alta?

—Estábamos comportándonos con educación.

—¿Ustedes hablan en voz alta cuando quieren ser educados?

Arkor le echó una mirada a Jon.

—Estábamos siendo educados contigo.

La luz que se alojaba entre las hojas era cada vez más amarilla a medida que llegaba el mediodía. En una ocasión escucharon que un animal chillaba a la distancia y en otra ocasión atravesaron una franja húmeda de tierra a través de la cual una corriente turbulenta socavaba la grieta de una roca.

—Hay algo que no anda bien —dijo Arkor al cabo de un momento.

—¿Con el príncipe?

—No con Let, sino con la trama de pensamiento que estoy siguiendo.

—¿Qué trama de pensamiento?

—Es un radar que todos los telépatas, o la mayoría de ellos, mantienen para encontrar direcciones, información. Tienes que pedir permiso para usarlo. Pero hay algo que no anda bien, bien al final, oscuro y nada claro. —Se detuvo y miró a Jon, uniendo las cejas.— Jon, es idéntica a la trama que vi en tu hermana y en el rey.

—¿Qué está haciendo aquí en el bosque? —preguntó Jon—. ¿Ahora puedes decir qué significa?

Arkor sacudió la cabeza.

—El príncipe está entre aquellos árboles —dijo—. Quizá sería mejor que primero le hablaras tú solo. Eso le hará recordar más rápidamente que si un hombre le presenta cosas.

—¿Él no recuerda? —preguntó Jon.

—Ha pasado mucho tiempo y es joven.

Jon asintió y avanzó a través de la cortina de ramas.

La figura se volvió bruscamente y los ojos claros se achicaron en un rostro oscuro.

—¿Su Majestad? —dijo Jon.

El cabello largo, naturalmente rubio, tenía mechones irregulares blanqueados por el sol.

—¿Vuestro nombre es Let? ¿Sois el heredero del trono de Toromon?

La figura permanecía muy quieta. En una mano morena sostenía el cayado y usaba la vestimenta de los guardias del bosque, pantalones de cuero y un pellejo sobre un hombro a modo de capa. Estaba descalzo.

—¿Su Majestad? —preguntó nuevamente Arkor.

Los ojos ahora estaban extraordinariamente abiertos y brillantes.

—Discúlpeme... discúlpeme —la voz era áspera, aunque juvenil si hablo lentamente—. Hace mucho tiempo... que no hablo...

Jon sonrió.

—¿Me recuerdas? Yo y un amigo te trajimos aquí hace tres años. Ahora estamos para llevarte de regreso ¿Recuerdas que te envió la Duquesa de Petra?

—¿Petra? -hizo una pausa, mirando hacia arriba, como si de los árboles le pudiera llegar alguna respuesta—. ¿Mi... mi prima Petra? ¿La que me contó la historia sobre el prisionero que trató de escapar? Sólo que no era una historia, era verdad...

—Así es —dijo Jon—. Yo soy el prisionero.

—¿Para qué has venido? —preguntó nuevamente el joven.

—Tu hermano está muerto. Tú debes sucederlo en el trono.

—¿Conociste a mi hermano?

—Hace mucho tiempo, antes de ir a la prisión —Jon hizo una pausa—. Tenía más o menos la edad que tú tienes ahora.

—Oh —dijo el príncipe. Dio unos pasos y Jon advirtió la renguera leve—. Se está desarrollando una guerra —dijo el príncipe—. A veces los oigo hablar cuando vienen a llevarse gente del bosque para luchar con... el enemigo del otro lado de la barrera. Tendré que aprender mucho y habrá muchas cosas por hacer. Ahora recuerdo. —Mientras se abrían paso entre los árboles en dirección a donde Arkor estaba esperándolos, Jon se admiró de la rapidez con la cual el joven se adaptaba a esa nueva situación. Sutilezas de percepción, reflexionó, preguntándose si el simple hecho de vivir entre esa gente había afectado de alguna manera al príncipe. Arkor se encontró con ellos del otro lado de la arboleda.

Ya casi habían llegado a la orilla, cuando Arkor se detuvo de golpe.

—¡El bote! —dijo.

— ¿Qué es eso? —preguntó Jon. Todavía estaban en el bosque.

—¡Malis —dijo Arkor—, en los muelles, tratando de hundir la embarcación!

—¿Aquí en la orilla? —preguntó Jon—. ¿Para qué? Yo pensé que sólo había malis en la Ciudad.

—Las pandillas se han dispersado por todo Toromon. Con ellos está un guardia del bosque y la... ¡la trama que yo veía!

Jon sintió la momentánea ironía del grupo desconocido que había secuestrado al príncipe y volvió al bosque de hacía tres años, del cual Arkor había formado parte.

—¿Por qué están tratando de hundir el bote? —preguntó-. ¿Encuentras algún motivo?

Arkor sacudió la cabeza.

—La tripulación está luchando. Uno de ellos trata de poner el motor en marcha pero una espada flamígera le azota la espalda y los gritos se convierten en borbotones antes de desplomarse sobre el panel de control. En los ojos de un hombre se ven destellos de fuego cuando intenta saltar desde la cubierta inclinada y el agua golpea los maderos y silba contra el fuego. El humo oscurece la cabina del timonel donde se encuentra la tripulación — Arkor respiraba con dificultad.

—¿Por qué? —preguntó Jon—. ¿Porqué? ¿Los envió alguien? ¿Tenían un plan?

—Malis —dijo Arkor suavemente—. Agitadores. No, o al menos yo no pude detectar ninguno.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Let.

—Tenemos que volver de alguna manera —dijo Jon—. Creo que vamos en otra dirección.

La tensión abandonó la expresión del gigante, que se volvió hacia ellos y asintió. Comenzaron a caminar nuevamente, esta vez en forma perpendicular al camino original.

—Podríamos regresar a la Isla desde una de las villas pesqueras, o tal vez tomar un vapor cargado de tetrón que lleve el mineral desde las minas a Toron. —Un pájaro gorjeó.

En una ocasión llegaron a un campo en el cual una brisa suave ondulaba entre los despojos de una granja desierta y destartalada. Otra vez en el bosque, la noche extendió su manto sobre los árboles hasta que la luna se asomó a platear las hojas. Llegaron a otro claro donde la inmensa estructura de una torre se remontaba por el aire y una banda de metal —la cinta de paso— trazaba una marca como la línea de un lápiz de un lado al otro del iluminado cielo nocturno. Durmieron en el borde del claro y al amanecer continuaron la marcha.

En el bosque que empezaba a iluminarse, Arkor fue el primero en oír el ruido. Luego los otros dos se detuvieron y escucharon. Más allá de los árboles, un calliope[1] arrojaba a la mañana su débil gemido metálico…

[1] Órgano de vapor utilizado en circos y ferias. (N de la T.)

CAPÍTULO OCHO

-... Entonces comenzaron a disparar sobre nosotros desde la izquierda. Nos trepamos para escondernos detrás de los refugios de rocas tan rápido como un molusco. Tuvimos que chapotear en el barro durante todo el camino a Toromon. Ellos tienen algo que echa llamas como el sol todopoderoso y que hace que la niebla parezca fuego empolvado. En un par de ocasiones visité pelotones de entrenamiento avanzado que habían tratado de establecer las bases de un campamento
permanente, pero se equivocaron. Es realmente horrible lo que hacen; lo único que se ve por allí son pedazos de muchachos. Ellos no habían dicho que este ataque particular iba a ser tan fácil como cortar un fruto de kharba. Nos habían dicho que probablemente no se dispararía un solo tiro. Porque yo no quería terminar como uno de esos pelotones destripados y juro que estuve a punto de salir del refugio y acabar con eso lo más rápido posible. De pronto, sin embargo, hubo una retirada en la confusión de muchachos que estaban a unos seis metros por debajo de la línea. Recuerdo que oí caer un refugio, de modo que inspiré profundamente y pensé (cuánta tranquilidad, si uno piensa en
lo que yo sudaba en ese momento): "Bueno, finalmente han entrado en la fortaleza y creo que puedo sentirme muerto en exactamente seis segundos". Pero estaba equivocado. Abajo, la excitación crecía. Aparentemente, alguien de nuestro lado había saltado por encima del muro. Entonces alguien prendió un lanza-rayos y por un instante pude ver una silueta alta recortada contra la niebla. ¡Quorl había regresado!

Bajé en menos de un segundo. Todos los demás también se habían arremolinado, tratando de escuchar lo que decía. Quorl se agachó en el barro y empujó al tipo del lanza-rayos junto a él.

—Echa luz por aquí —susurró. Todos nos amontonábamos para ver. Comenzó a hacer un esquema en el barro blando, y con la oscuridad y la bruma, uno sólo podía ver las cicatrices que dejaba el dedo sobre el terreno—. Este es nuestro muro —dijo—. Aquí hay un nido. Acá también. De modo que pueden hacer fuego sobre nosotros a lo largo de todo el muro. Pero recuerden, hay solamente dos campamentos. Si toman el camino más corto de quince grados a partir de las doce horas, pasarán junto a los dos campamentos y allí nadie los buscará. Tienen diez minutos antes de la próxima cortina de fuego. De modo que en marcha —señaló por encima del muro—. En esa dirección. Los llevará directamente a la base. —Y antes que pudiéramos decir una palabra había desaparecido sobre el muro, envuelto en una niebla negra. De lo que pasó después, lo primero que sé es que me encontré sobre las rocas, siguiendo los pasos del tipo que estaba adelante.

—Ese era yo —gruñó Illu—. "Siguiendo los pasos" casi me pisan, diablos.

Los demás se rieron. Estaban sentados sobre una pila de maderas levantada fuera de las barracas, en el barro. Tel estaba con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared de la cabaña. Entonces se arrodilló para escuchar el resto del relato.

El fuego casi había acabado con esa sensación inmediata de bruma, pero siguiendo la curva de las cabañas podía ver el estallido naranja de otros fuegos que se alejaban entre la niebla.

—Ese Vigía —concluyó el narrador desde la cima de su asiento instalado sobre la caja vacía de una máquina— es un tipo muy bueno. —Miró a Tel.— No te mezcles demasiado con él. Sí, es un poco raro, pero... —el soldado se encogió de hombros. Alguien más había hecho la pregunta y al oírla desde su cabina, Tel salió para escuchar.

Justo en ese momento una sombra pasó cerca del fuego. La luz del fuego rozó el cuello largo, las solapas abiertas, los pómulos salientes como cuchillos y los ojos amarillos. Quorl pasó la mirada por todos y entró directamente en la cabaña. Shrimp, que estaba parado en la puerta, se hizo a un lado en silencio. Un momento después se oyó un crujido de resortes.

—Es él —dijo el relator.

—¿Realmente ha visto un primer plano del enemigo? —pregunto alguien.

El cuentista se acercó para poder bajar la voz y respondió suavemente:

—Si alguien lo ha visto, ha sido él —dejó caer las manos sobre las rodillas, se echó hacia atrás en la oscuridad y bostezó—. Me voy a dormir —dijo—. Es tan difícil levantarse a la mañana aquí como en Toromon.

Tel observó cómo se desintegraba el grupo, en tanto que algunos de los hombres de las otras barracas que habían estado paseando regresaban en la oscuridad.

—Los oficiales van a obligarnos a entrar en un minuto —gruñó Illu junto a Tel.

—Creó que sí —respondió Tel, se estiró y se puso de pie.

Estaba a punto de entrar cuando oyó algo, un gorjeo o un chirrido, un canto de aves como fondo. Provenía del otro lado de las barracas.

Tel se detuvo, miró a su alrededor y contuvo la respiración. Algo estaba golpeando sobre el barro. Rápidamente Tel dio la vuelta, agazapado, y agarró el hombro de la primera persona que vio todavía fuera de la choza.

—¡Eh —susurró—, allí hay alguien! ¿Puedes oírlo?

—Probablemente un espía del enemigo —se sintióuna risotada y el hombro se sacudió bajo la mano de Tel—. Olvídalo, soldado. No es más que uno de los flip-flops que vienen de tanto en tanto. —Tel reconoció la voz. Era el hombre que tenía el catre junto al suyo.

—¿Qué son?

—Quién sabe. Son animales, creo. Pero podrían ser plantas. No molestan al enemigo y, con excepción del ruido que hacen, no nos molestan a nosotros.

—Oh —dijo Tel—. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Se oyó otra vez lo mismo: un sonido distinguible, como de un aleteo, irregular, balbuceante; luego la melodía de gorjeos.

Tel entró en la barraca y se sacó la camisa fuera de los pantalones. Se bajó las mangas y se sentó en el borde de la cama. Los resortes vencidos se apretaban contra los muslos, el aire le humedecía la barbilla. Estaba casi acostumbrado al aroma vegetativo, pero si absorbía el aire profundamente, podía sentir durante mucho tiempo el olor rancio sobre la colcha.

Levantó la frazada y se deslizó dentro del envoltorio oscuro, tibio en la zona donde había estado sentado, y escuchó el ruido que hacía la tela del colchón al aflojarse; el sentimiento de familiaridad hizo reflotar en su mente una sensación de calidez. Con la mejilla apoyada sobre el antebrazo, entrecerró los ojos y escuchó. Nuevamente oyó el aleteo sobre el barro, un sonido parecido al de una vela suelta golpeando contra un mástil, como el golpeteo del telar de su madre cuando los listones de madera chocaban con los parantes de cuero y los hilos se enhebraban en todas direcciones, como la mano de su padre sacudiéndose el agua del impermeable cuando salía del bote con una zancada, como el cinturón de su padre castigando...

Flop-flip, flup-flep, flap-flep; abrió los ojos. Entre su propio cuerpo y el cielo raso de las barracas se veía una bruma azulada. Estaba tendido sobre la espalda. Era muy temprano. Flep-flap. El sonido venía justo del otro lado de la puerta.

Tel se incorporó de golpe, clavó los pies en las botas (estaban húmedas) y salió de la cama con la ropa interior solamente. La bruma era menos densa y las sombras que yacían en las camas estaban quietas. Fue hasta la puerta y entrecerró los ojos ante la mañana azul. Flip-flup. El fuego había muerto la noche anterior y las cenizas y los maderos a medio quemar yacían a corta distancia. Una codorniz neurótica se paseaba entre los restos. O quizás era un plumero extraordinariamente armado, que exploraba los residuos del fuego sobre tres pies grandes y membranosos. Removió un poco de carbón, describió tres círculos a su alrededor, luego permaneció en observación, se agachó y... ¡lo tragó!

Al principio Tel creyó haber visto una cabeza o una cola, pero no, el cuerpo era una pelota de plumas sin forma. Aleteó otro poco alrededor del carbón, luego cambió de idea y pió con el sonido característico. Tel se agachó junto a la puerta para mirar más de cerca. Tal vez la criatura lo advirtió, porque irguió la cabeza (¿cuerpo?), dio seis pasos, flip-flop, en dirección a Tel, luego inclinó el cuerpo (¿cabeza?) hacia el otro lado e hizo un par de demi-pliés.

Tel se rió y elflup-flip pió.

— ¿Eh, qué es eso? —preguntó alguien desde arriba.

Tel alzó la vista y vio a Lug apoyado contra el quicio de la puerta, agarrándose con una mano el estómago peludo que la camiseta no llegaba a cubrirle. Tel se encogió de hombros.

—Es bastante lindo —dijo Lug. Luego tosió y con un puño se frotó primero un ojo y después el otro—. Maldita niebla —murmuró, y escupió al barro. El flip-flap retrocedió y luego se acercó a la puerta con pasitos cortos y cautelosos. Tel extendió la mano e hizo chasquear rápidamente los dedos.

—¿Muerde? —preguntó Lug.

—Lo sabré en un minuto.

Con el chasquido, el flep-flep dio un salto para atrás, estuvo a punto de perder el equilibrio y comenzó otra vez el plié.

—Todavía no tocaron diana. ¿Por qué están levantados?

Tanto Tel como Lug se volvieron rápidamente al oír la voz de acero que sonaba detrás de ellos. El Vigía estaba en la puerta. Cuando se adelantó, la luz azul definió lentamente sus rasgos equinos.

—Cállense o salgan —dijo Quorl—. Adentro están tratando de dormir, Lug. Uno o dos incluso trabajan lo suficiente corno para merecerlo —cruzó la

puerta y miró atrás por encima del hombro—. Vamos, si van a charlar salgan de ahí —entonces miró hacia abajo y vio el flip-flap.

Tel y Lug habían salido de la cabaña y estaban junto a la pared, incómodos, cuando Quorl los miró nuevamente, sonriendo. Tel intercambió con la sonrisa una expresión de desconcierto.

Quorl señaló al flop-flup que ahora hacía un arabesco con dos de las patas y que tal vez escuchaba.

—¿Es un amigo de ustedes?

—¿Eh?

—¿Quieren una mascota?

Tel se encogió de hombros.

Quorl se inclinó, levantó un trozo de carbón y se lo mostró al flup-flop. La criatura bajó las patas, corrió hasta la mano de Quorl, se puso a horcajadas sobre ella y se acurrucó. Luego plegó lentamente las aletas alrededor de la muñeca del Vigía. Cuando Quorl se puso de pie, el flap-flop se tambaleó y quedó colgado del antebrazo de Quorl como un libro de bolsillo hecho de plumas.

—Extiende tu brazo —dijo Quorl.

Tel extendió el brazo junto al de Quorl y el guardia del bosque comenzó a flexionar el puño. El flop-flip se puso súbitamente nervioso y, una aleta por vez, pasó al brazo de Tel.

—Le gusta el carbón y le gusta la tibieza —dijo Quorl—. Denle las dos cosas y se quedará con ustedes. —Se volvió y salió a través de la niebla abotonándose la camisa.

—Me pregunto si sale a echar un vistazo a algún campamento enemigo —dijo Lug—. ¿Qué vas a hacer con esta cosa?

Tel miró al flip-flep. Entonces el flop-flap hizo algo. Abrió un ojo y miró a Tel. El muchacho lanzó una carcajada.

El ojo tenía el tono lechoso de una caracola pulida, cruzada por venas doradas. Se abrió otro ojo y exhibió una madreperla. Luego un tercero (los otros dos se cerraron) brilló entre las plumas, con franjas, como el primero, pero con venas rojas.

—¿Quieres ver esto? —preguntó Tel.

El tercer ojo se cerró.

—¿Qué cosa?

—Uff, ya se acabó.

Lug bostezó.

—Déjame entrar y aprovechar mis últimos cinco minutos —dijo—. Me levanté nada más para ver qué estabas mirando. —Miró al Vigía con el ceño fruncido. Luego se dirigió a su cama.

Tel alzó al flop-flap y lo observó atentamente. Entre las plumas se veían siete ojos: sin pupilas, la superficie de plata opaca giraba con matices de pastel. Dentro de Tel se desplegó una sensación de calidez, en lucha contra el frío de la bruma. Estaba del otro lado de la barrera, mirándose en unos amistosos, familiares, tan familiares, ojos color pastel.

Esa tarde revisó otra vez la 606-B. La correa de amianto de una placa de embrague se había gastado, de modo que la arrancó con toda la prolijidad que le permitió la junta de goma y la llevó a la estación principal del cuartel. En menos de treinta segundos consiguió una nueva, lo cual fue un alivio después del tiempo que le llevó conseguir piezas de repuesto en la base de entrenamiento de Telphar. Una vez el flup-flup empujó la lata de lubricante y se derramó un aceite negro que le manchó todo el brazo y la mano; después de limpiarse en el grifo se resignó a tener las uñas con un borde negro.

Otra vez se acercó un tanque lo suficiente como para ver a Shrimp en medio de la burbuja abierta.

—¿Qué tal? -lo saludó Tel.

—Siempre puedo cambiarlo por una moneda de un décimo.

—Me alegro por ti —grito Tel.

—Eh, adivina dónde vi a Curly... —pero el tanque se desvió y la niebla se cerró por detrás.

Recién cuando sonó la sirena que indicaba el final de la tarea Tel descubrió que el flup-flup había abandonado su sitio sobre la plataforma de montaje. Buscó rápidamente por los alrededores.

El flap-flup venía de atrás. Se secó las manos en los pantalones y se dirigió hacia el barro. Metió un pie en un hoyo y estuvo a punto de caerse. Cuando recuperó el equilibrio acababa de salir del semicírculo de cabinas.

Prestó atención y oyó un gorjeo que venía de la izquierda. Se volvió y siguió en esa dirección. Había trepado una pared de aproximadamente un metro cuando se le ocurrió que quizá no era su flep-flop a quien estaba siguiendo. Se agachó y chasqueó los dedos. El gorjeo se reanudó inmediatamente, pero todavía demasiado lejos como para que Tel lo viera. Corrió algunos pasos y escuchó el sonido de unos pies acolchados que retrocedían.

—Eh, ven —gritó—. Vuelve y quédate conmigo. —Quizá debería haber llevado algo de carbón. Esa mañana había puesto un poco en el bolsillo, por si tenía que alimentar al animal toda la tarde. Pero cuando introdujo la mano en el bolsillo de atrás lo único que encontró fueron partículas arenosas. —Vuelve aquí —gritó otra vez.

Flep-flop, flip-flip, flop-flep.

Corrió diez, quince, veinte pasos. Cuando se detuvo el flup-flap se detuvo también y gorjeó.

—Oh, al diablo contigo —dijo Tel y dio la vuelta. Había caminado tal vez media docena de pasos largos sobre el barro más espeso cuando disminuyó la velocidad y frunció el entrecejo. Giró a la derecha, caminó cinco pasos y se detuvo ante un grupo de árboles sin hojas. Frunció nuevamente el ceño y caminó en la otra dirección. Cinco minutos después advirtió que el terreno que pisaba era extremadamente firme. No recordaba haber cruzado un terreno de esa consistencia.

Hacia la derecha la bruma era más azul. Trató de recordar: ¿De qué lado había anochecido en el campamento? Estaba la tarde gris, cuando se había encontrado en las barracas con todos los muchachos. Luego estaba la noche, cuando se sentaron alrededor del fuego para escuchar las historias que contaba el soldado. ¿Pero cómo se produjo el cambio de una a otra?

Había comenzado a caminar oirá vez cuando algo le rozó la mejilla. Pegó un salto y vio que se había metido a ciegas en otro bosquecillo de árboles espinosos. La ramita que le había rozado la mejilla no era puntiaguda ni raspaba sino que estaba húmeda: caía como caucho. Tel se frotó la mandíbula y estiró la mano para tocar otra vez la rama.

Recién entonces la idea de lo que significa estar perdido se le deslizó dentro del cerebro y le galvanizó la columna, como si le hubieran aplicado a las vértebras un alambre ardiente. Retiró la mano y en la parte de atrás de los muslos, en el cuello y en el dorso de la espalda sintió como si se apretara lentamente una serpentina de estaño. Se apartó de los árboles esqueléticos. Tenía las piernas flojas, las articulaciones a flor de piel. La bruma era espesa y muy próxima...

A la izquierda se oyó un gorgojeo. Giró violentamente a la derecha y corrió. Chapoteaba en el barro, y a la izquierda estaba más oscuro. Al principio el terreno era firme, luego blando. Corría. La bruma le apretaba con fuerza los pulmones y le hacía arder la nariz. Corría.

Adelantó las manos justo a tiempo para evitar estrellarse la cara contra una inesperada saliente rocosa. Con la mejilla apoyada contra la piedra veteada, mordiendo diminutas y aterrorizadas bocanadas de aire por espacio de tres minutos, descubrió que estaba al pie de un acantilado. Por encima de él la roca desaparecía y se hacía menos visible a izquierda y derecha. Finalmente se puso de espaldas contra el muro y trató de mantener los ojos cerrados y no pensar; pero seguían abiertos y mirando de una lado al otro sin control de su voluntad. La mirada trataba histéricamente de fijarse en alguna forma

en medio de la niebla oscura. Hasta tenía miedo de apartar las manos de la roca que estaba detrás de él (donde casi se había destrozado la punta de los dedos) y mirarlas, por temor a que no las pudiera ver aun cuando las pusiera delante de los ojos.

Y algo se acercaba en dirección a él.

Arrojó el aire de los pulmones, y las costillas se estiraron como resortes aplastados. "Madre", pensó, esperando el fuego blanco; "oh, madre, padre..."

—Te tomas no sé cuanto tiempo para dar un paseo —dijo Quorl. Como Tel casi se cae del muro, el guardia del bosque le dio un golpe seco en el pecho—. Respira —le dijo en la oscuridad.

Tel comenzó a respirar. Tenía deseos de llorar, pero dejar pasar el aire húmedo y rancio era más importante. Se apartó de la roca con un esfuerzo. La parte de atrás de la camisa y el pantalón estaba empapada.

—No te caigas —dijo Quorl—, porque no voy a llevarte.

Tel no se cayó.

—Vamos. No tenemos toda la noche.

Las piernas de Tel no querían trabajar. Los primeros pasos fueron irregulares.

— ¿Dónde... dónde estamos?

—A unos cuarenta metros de un nido enemigo —llegó la voz lenta, calculadora.

Tel se detuvo.

—Espera un minuto... —trató de respirar profunda-mente—. Pensé que estaban... que estaban a treinta millas. No pude haber llegado tan lejos.

—Ellos no esperan que nos acerquemos. Se mueven. En ningún lugar estamos a salvo.

—Espera un minuto —dudó nuevamente Tel—. Tú quieres decir que han acampado verdaderamente... sólo que... quiero decir, tú los has visto, los has mirado. Podrías acercarme lo suficiente para que yo pudiera mirar...

—Con esta luz y con esta niebla —se oyó la voz pulida del Vigía— tendrías que estar terriblemente cerca para ver algo. —Luego, con el mismo tono divertido que había usado cuando le mostró a Tel como conquistar al flap-flap, dijo—: ¿Quieres ir y echar un vistazo?

Tel tuvo que apretar las mandíbulas con fuerza para no lanzar el grito histérico que dolía y lo inundaba detrás de la prisión de los dientes. Todo lo que hizo fue sacudir la cabeza. Si Quorl percibió la respuesta o si realmente

vio el movimiento de cabeza en medio de la oscuridad, sus únicas palabras fueron:

—Sigamos —luego, después de un minuto de silencio, añadió—: Yo tampoco los vi nunca.

Finalmente el resplandor del campo de batalla hirió la bruma que los envolvía. Tel todavía sentía en la espalda ráfagas de frío, pero dijo:

—Eh.. gracias. ¿Por qué viniste a buscarme?

—Eres un buen mecánico. La 606-B es una máquina muy importante para la lucha con el enemigo.

—Sí —dijo Tel—. Eso creo.

Mientras pasaban el cartel indicador se oyó un gorjeo y luego un canto de pájaros. Algo hizo flep-flup junto a la bota izquierda de Tel.

—Ha estado dando vueltas por aquí toda la noche, tratando de imaginar dónde estabas —dijo Quorl—. Se sentía solo.

—¿Eh? —dijo Tel. Se quedó quieto y parpadeó. Luego dejó caer el cuerpo hacia adelante y estiró el brazo. Las extremidades acolchadas se treparon con confianza a su muñeca.

—¿Quieres decir que has estado esperando aquí durante todo este tiempo? ¿Quieres decir que vas a quedarte ahí colgado haciéndome guiños con esos ojos bonitos y que has estado aquí todo el tiempo, mientras yo andaba corriendo en ese... ¡Tendrías que avergonzarte de ti mismo! ¡Claro que deberías avergonzarte!

Como alivio total, como el chorro que surge al aflojar la presión, se sintió invadido por el cariño. Y cuando alzó la vista las lágrimas le caían por las mejillas.

Quorl había desaparecido en la niebla, junto a las barracas.

Estaban en un intervalo de la partida nocturna de monedas en el cuadrado. Tel pescó un trozo de carbón tibio, alimentó al flop-flip y lo puso junto al rescoldo para que entrara en calor.

—Hombre —dijo Illu cuando lo vio a Tel—, pensamos que estabas listo. ¿Qué estabas haciendo afuera?

—Explorando, nada más —dijo Tel.

—No te conviene explorar solo en un campamento enemigo. Sabes que están más cerca.

—Sí —dijo Tel—. Lo oí.

Tel se metió en la cama, y estaba a punto de dormirse cuando el soldado que estaba junto a él se apoyó sobre un codo y susurró:

TU

-¿Estás vivo?

Tel se rió.

—Creo que sí.

La figura en sombras lanzó un silbido.

—Estoy sorprendido. Lo admito.

—¿Sabías que el enemigo se acerca?

—Sé que se ha desplazado.

—Tal vez haya una tormenta mayúscula.

— ¿Quieres decir una batalla?

—No, quiero decir una partida de monedas. —Tel escuchó que dejaba caer la cabeza sobre la almohada.— Bueno, buenas noches, soldado. Y me alegro de verte otra vez, viejo.

.—Gracias .—le dijo Tel, y se dio vuelta. Antes de caer exhausto en un sueño oscuro oyó, afuera, el diminuto gorjeo.

CAPÍTULO NUEVE

FLAP-FLAP, flap-flap, flap-flap; la cubierta de lona que había quitado del órgano de viento golpeaba contra la parte de atrás del teclado, agitada por la brisa. El anotador estaba abierto sobre el atril y un gráfico extraño de múltiples líneas entretejidas cubría la página, cortado aquí y allá por rayas únicas, dobles y triples. Imprimió una cuarta, añadió una quinta. En el ángulo inferior derecho de la página un lápiz meticuloso dibujaba una hoja. El modelo del dibujo había volado por el campo y se había posado encima de la tarima del calliope durante los ocho minutos que había necesitado para trazar el borde dentado y las nervaduras finas; luego había desaparecido con otra ráfaga.

Dibujó una tercera curva.

—¿Qué está garabateando?

Clea se volvió, sonriendo.

—Hola, señor Tritón.

El sólido caballero de barbas se apoyó contra la consola y observó las carpas, vagones, rutas aéreas y las pistas de metal que corrían entre ellos.

—Esta tarde no es buena para el negocio. Recuerdo cuando .recorríamos las granjas y teníamos afuera más campesinos que los que uno puede figurarse. Cuando llegaba el momento del Gran Show había que alejarlos. —Hizo

rechinar los dientes— Esta guerra es un mal negocio. Y además, tenemos un enemigo detrás de la barrera. ¿Qué son todos esos garabatos?

—Un método nuevo y totalmente inútil para escribir música. Es demasiado complicado para leerlo, aunque puede encontrar muchos más matices en la música que el sistema actual.

—Ya veo —dijo el señor Tritón enterrando una mano en la barba. Con la otra inició un arpeggio sobre las notas diminutas.— Yo empecé a tocar una de esas cosas hace veintisiete años. —Apartó la mano de las teclas y con un gesto amplio abarcó todo el parque— Ahora soy el dueño de todo. —Dejó caer el brazo y una mirada desilusionada oscureció-las arrugas que ya habían aparecido— Sin embargo, el negocio está flojo; hemos tenido temporadas flojas, pero nunca como ésta. Antes del fin de semana enfilaremos otra vez hacia Toron. Al menos allí estaremos seguros de que habrá muchísima gente. La guerra ha dejado a la gente sin humor para ir al circo. Y todos han emigrado a la ciudad.

En ese momento Clea miró por encima del vagón del calliope en dirección a la pradera cubierta de césped. Se puso de pie.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor Tritón—. ¿Quiénes son ellos?

Clea se deslizó del banco, saltó la plataforma y comenzó a correr por el campo. Los tallos tibios le rozaron las piernas. Atravesó corriendo un claro y entre el rastrojo amarillo saltaron ante ella veinte langostas.

—¡Jon! —gritó. Los tallos le pinchaban los antebrazos.

—¡Clea! —tomó a su hermana en brazos y la hizo girar.

—¿Jon, qué haces tú aquí?

La hizo sentar entre ellos. Arkor y Let se alejaron.

—Vinimos a hacerte una visita. ¿Qué estás haciendo?

—Tantas cosas que no sé por dónde empezar. He descubierto un nuevo sobretono en la serie de vibraciones del tetrón. ¿Sabías que la densidad de los filamentos de las hojas es constante a medida que se alejan del tallo y que cada hoja tiene una constante diferente? Puedes poner esto en tu fichero de informaciones inútiles. Además estoy trabajando en algo más importante que todo esto, pero todavía no pude compenetrarme. Oh, y por la mañana llevo la contabilidad. —Cuando empezaron a caminar de regreso hacia el vagón del calliope, Clea preguntó:

—¿Quiénes son tus amigos?

— Arkor, esta es mi hermana, la doctora Koshar. Y este es...

—Perdón —interrumpió Clea—. Viajo con un seudónimo. Me conocen como Clea Rahsok.

Jon rió.

—Nosotros también tenemos un secreto, Clea. Él es Su Alteza Real, el Príncipe Let. Lo llevamos de regreso a Toron para su coronación.

Clea se detuvo y miró a Let fijamente.

—¿Es posible? —dijo—. Estaba muerto. Al menos esa es la información oficial que dio el Servicio Informativo cuando lo secuestraron. ¿Todavía trabajas con la Duquesa de Petra?

—Así es.

—Oh -dijo Clea—. Bueno, vamos y les presentaré al señor Tritón.

—¿Qué clase de espectáculo conseguiste?

—Uno bueno —dijo Clea—. Pero no es negocio. —Recién cuando pasaron junto a la sombra del vagón del calliope, Clea se detuvo nuevamente y miró a Jon y a Arkor— Tus ojos —dijo—. ¿Jon, puedo hablar contigo más tarde y hacerte algunas preguntas? —Cuando alzó la vista hacia la plataforma la voz creció— Señor Tritón, este es mi hermano Jon y ellos son dos amigos.

—¿De verdad? —preguntó el señor Tritón—. No habías dicho nada.

—Viajamos de regreso a Toron y pasamos por su ruta. Vimos el cartel que hizo poner en la villa pesquera y decidimos venir —se animó Arkor—. Es un lindo cartel, además. Realmente llama la atención. ¿Quién lo dibujó?

El señor Tritón cruzó los brazos sobre el vientre, rió con satisfacción y dijo:

—Lo hice yo mismo. ¿Le gusta? También diseñé el mástil para los vagones que están aquí. Es mi circo de cabo a rabo.

—¿Podría mostrarnos cómo es? —sugirió Arkor.

—Bien -dijo el señor Tritón—. Bien. Creo que loharé. Vamos. Eso es exactamente lo que haré. —El adulado empresario descendió los escalones del vagón y los condujo hasta las carpas, pasando varios puestos y bordeando los caminos de metal que serpenteaban entre los puestos.

Entre las faldillas de las carpas caía una lengua de sol. Jon entró, respirando el olor tibio del aserrín. Clea se apoyó contra el tocador.

—¿Todas esas cosas son tuyas, hermanita? —Señaló el guardarropas abierto.

—Comparto este cuarto de vestir con una amiga de ustedes —le dijo Clea—. ¿Y ahora qué pasa, hermano mío?

—Te mostraré —dijo Jon, agarrándose la piel del cuello. Retorció el pellizco y súbitamente la piel se soltó. Tiró para arriba y la mandíbula, la mitad del cuello y la mejilla se separaron—. Te refieres a la acróbata. Es una buena chica, Clea. —Se tironeó nuevamente la piel, de modo que esta vez sólo quedó la boca y la cuenca de un ojo. Debajo no había nada.

—Ya sé que lo es —d«o Clea—. Yo no estaría aquí si no fuera por ella. Una vez le pedí que me dijera qué estaba ocurriendo, pero dijo que cuanto más gente supiera, más gente estaría en peligro. De modo que la dejo mentir. Pero todavía siento curiosidad. —El resto de la cara de Jon desapareció.

—Ella estaba en un grupo, Clea, al que hoy se le daría el nombre de malis. Se podría decir que yo también fui miembro de ese grupo. Desafortunadamente, estábamos marcados, como los guardias del bosque que has visto con la cicatriz triple. Nuestra marca, sin embargo, consistía en que desaparecemos en la penumbra, como criaturas de la imaginación, si quieres —se pasó los dedos por el pelo, que desapareció como si lo hubiera desplazado una peluca colgante—. Como fantasías psicoticas —la voz sin cabeza llegaba desde un saco vacío.

Luego puso la mano en el bolsillo, sacó una cápsula diminuta y la sostuvo a la altura de donde debía haber estado la cara. Con el pulgar apretó una tachuela minúscula que había en un extremo y se desplegó un abanico de rocío que tomó la forma del cráneo, una cara transparente y otra vez rápidamente opaca.

—Pero para todo hay solución —la cara de Jon, aunque todavía húmeda, estaba casi completa nuevamente— . Ahora la cuestión es devolver a un rey a su trono lo antes posible y terminar con esta guerra. —El otro extremo de la cápsula produjo un rocío negro que le cubrió el pelo— ¿Nos ayudarás, Clea?

—Estoy impresionada. Pero Alter ya me lo mostró —djjo—. Quizá puedan hacer un número en el espectáculo. ¿Esa cosa no les tapa los poros?

—No —explicó Jon—. Cuando se seca, se perfora y permite que pasen el aire y el sudor. Pero tenemos que devolver a Let.

—¿Para qué facción estás trabajando? —preguntó Clea—. ¿O la duquesa ha metido la mano para obtener el trono para ella?

Jon sacudió la cabeza.

—Clea, esto es algo más que una lucha política. Es incluso algo más que nuestro enemigo del otro lado de la barrera; porque podemos tener un aliado entre las estrellas.

Gargantillas de luz pendían entre carpas y puestos de juegos. Las parejas paseaban y comían pescado frito en bolsitas de papel. Una ruleta rusa pone un anillo a la oscuridad y los niños juguetean pasando de un lado a otro de las barandas que bordean los senderos. Al pie del acuario de cristal, el pulpo

se estira sobre las rocas verdosas. El calliope lanza sus notas a la noche de neón.

Alter apareció en la puerta de atrás de la carpa grande, recogiéndose el cabello blanco sobre la nuca con ambas manos. Sintió el frío de la brisa en el cuello y bajo los brazos. Estaba un poco mareada por el salto de trampolín, que había hecho aplaudir al público. Atravesó corriendo el pasillo, lleno de payasos y de aserrín.

Se detuvo cuando vio al gigante de las cicatrices.

—¿Arkor? —sonrió—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está la duquesa y Jon? ¿Hay algún mensaje de Tel?

—Ninguno —dijo él—. Pero todos están vivitos y coleando. Jon está aquí, conmigo. Igual que el Príncipe Let.

—¿Lo llevas de regreso para reclamar el trono? Bien —frunció el ceño—: ¿Qué miras con tanta seriedad?

—Estoy escuchando. —Habían empezado a caminar junto a la carpa, Alter agachándose por debajo de las sogas colgadas, Arkor pasándolas por encima— Alter, en la mente de Clea hay algo que no puedo entender completamente. Es lo que se guardaba para sí misma. Es lo que tú, de alguna manera, ayudaste a atravesar. Pero no puedo ver lo suficiente como para entenderlo.

—Es Tomar —dijo Alter—. El soldado con el que estaba comprometida cuando empezó la guerra. Él murió. Me habló de esto justo antes de ponerse a trabajar en este nuevo proyecto que tiene. Dice que éste debería ser aún más importante que el planeamiento de la transmisión de materia.

Arkor sacudió la cabeza.

—No es eso, Alter. Es algo mucho más profundo. Es algo que ella descubrió alguna vez y era tan terrible que usa la muerte de Tomar para evitar recordar la otra cosa. También tiene algo que ver con el Señor de las Llamas.

—¿Clea? —preguntó Alter sorprendida.

—Como te dije, todavía no sé exactamente qué es. Pero, por una parte, todos los guardias telépatas del bosque también saben de qué se trata y están usando sus fuerzas combinadas para que yo no lo sepa. Aparentemente ellos conocen mi contacto con el Ser Triple y no están seguros de lo que tienen que hacer. La información está en los cerebros de todos los concejeros importantes, pero los guardias la protegen en sus cerebros. Parece que Clea descubrió todo por sí misma y luego lo rechazó como demasiado increíble. Alter, presta atención a cualquier cosa que ella te diga para ver si en algún momento surge algo.

—Pensé que me había retirado de estas intrigas —dijo Alter—. Pero prestaré atención. —Se llevó la mano a la garganta para tocar el collar de cuero enhebrado con caracolas pulidas.

Cadenas de luz penden entre las carpas y los puestos de juegos. Las parejas pasean, estrujando las bolsitas grasientas. Una calesita arroja luz sobre los pellejos de caballos de mar y marsopas y los niños se escabullen por debajo de las carpas y regresan a los senderos de paso. Los delfines olfatean los rincones del acuario y el calliope toca más rápido.

— ¿Te gusta, hijo? -el señor Tritón apareció detrás del muchacho rubio, vestido con la ropa del bosque, apoyado contra una soga gruesa, mirando el brillante número del trapecio.

Es bonito —dijo Let—. Nunca había visto algo así.

—¿Nunca? —el señor Tritón recorrió con los ojos la figura erguida del muchacho. Por la altura, ciertamente no era un guardia—. Bueno, entonces supongo que debe ser un gran espectáculo para ti. —Junto a ellos, la audiencia aplaudía.

—Debe de ser difícil hacer esas cosas allí arriba -dijo Let.

—Sin duda lo es. ¿Pero sabes qué es lo más difícil de todo? Es manejar a toda esa gente, cada una con su número individual.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, en este negocio yo he hecho de todo, desde tocar al maldito calliope hasta adiestrar tiburones salvajes —hizo una pausa y miró las figuras que giraban en lo alto bajo la luz de los reflectores—. Piensa en esto: nunca hice nada para estar tanto tiempo en el aire —los aplausos inundaron una vez más la carpa oscura—, pero lo más difícil que hice en mi vida fue tratar de unirlos para que trabajaran juntos. Se escuchar lo que dice cada uno y tratar de que todos estén felices y vivos al mismo tiempo.

—¿Cómo lo hace?

—No lo haces. Al menos nunca tan bien como desearías —dijo el señor Tritón—. A veces, haces una votación; a veces, miras adelante y pisas fuerte para imponerte si hay desacuerdo .Y cuando estás equivocado, lo admites lo más rápido posible y si puedes haces lo correcto.

—¿Y luego qué? —preguntó Let.

—Luego esperas que todo marche bien y que la próxima temporada puedas mantener tu espectáculo.

El príncipe miró a los artistas que daban vueltas en lo alto.

—Son hermosos —dijo—. Toda fuerza y delicadeza al mismo tiempo. Vale la pena tratar de conservarlos, ¿no es así?

—Sí —dijo el sefior Tritón, cruzando los brazos sobre el estómago—. Sí, sin duda que sí. Tú serías una buena persona para el circo, hijo.

Algunas de las luces de las carpas se han apagado. El vagón del pescado frito y el puesto de juegos, sin embargo, todavía están abiertos. Las parejas se pasean tomadas del brazo, de la mano, con la cabeza en el hombro del compañero. En la pista de madera los rompecoches todavía chocan en medio de risas. Los niños se refriegan los ojos y bostezan.

La manta raya hace ondular la arena del fondo del tanque del acuario y el organillero ha bajado al vagón a buscar su chowder.

Clea decidió recorrer una vez más las instalaciones del circo antes de irse a dormir. Pasó junto a la carpa a oscuras y se dirigía hacia la ruleta rusa cuando percibió una mirada, o una sensación, no estaba segura. Volvió la cabeza y vio que el gigante de las cicatrices que había venido con su hermano la miraba desde unos dos metros de distancia.

"Parece que estuviera tratando de ver dentro de mi cabeza", pensó Clea. Apartó el pensamiento. Por debajo de todo lo que había estado pensando recientemente, estaba su nuevo proyecto: una teoría del campo unificado sorprendentemente hermosa, sutil y profunda. Era por lejos más rigurosa que todas las que conocía... o lo sería cuando la terminara. Tenía una lógica monolítica, arrojaba océanos de armónicos reverberantes en medio de ritmos silogísticos y abarcaba todo su trabajo previo sobre coordenadas espaciales aleatorias; "...caballeros, ya ha dejado de ser una ilusión que convirtiendo la ya existente cinta de paso podamos enviar entre doscientas y trescientas libras de materia a cualquier lugar del globo con una precisión micrométrica".

No, no pensar en eso. Descartas ese pensamiento junto con el otro. Pero hace tanto que no piensas en eso, tanto...

Entonces Clea recordó la sonrisa, el cuerpo de toro, el pelo rojo, la sonrisa inesperada y la risa profunda como la de un oso. Y en ese momento se sintió atónita, sorprendida, porque ahora el recuerdo era mucho más claro, de modo que hizo lo que nunca se había permitido hacer antes, y musitó el nombre, "Tomar"... y esperó el dolor que debía venir... pero que no lo hizo. En algún momento de los últimos meses la herida había cicatrizado, y con la cicatrización Tomar no había desaparecido sino que estaba más cerca, sólo porque ella vivía en el mundo de los vivos donde él había estado en vez del retirado mundo de los muertos que era su propia proyección.

Mientras permanecía inmovilizada por el descubrimiento, algo comenzó a bullir en las profundidades de su mente, a fluir hasta la conciencia, como una trama que se hacía más clara, como una convulsión caleidoscópica que se resolvía en un pensamiento reconocible y con sentido...

¡No! Se avalanzó sobre él, luchó, se debatió para alejarlo de la mente. ¡No! ¡No! Oh, por favor, ayúdenme. ¡No!

Y... y... el olvido nuevamente la acogió.

Clea jadeaba, y la ruleta rusa, bordeada de luces, dibujaba un círculo en la oscuridad. El calliope sonaba otra vez. Parpadeó y miró a Arkor. Vio que fruncía el ceño, movía ligeramente la cabeza y se alejaba.

Las bombitas que colgaban de los alambres que unían las carpas con el puesto de juegos eran negras. La pareja arrojó una bolsita de papel arrugada dentro de un tacho de basura. La luna era una luz de gálibo en el campo, entre la ruleta rusa y la calesita. El pulpo, las marsopas y la manta raya se habían instalado al pie de los tanques. El calliope estaba silencioso.

Se encontraron junto a la ruleta rusa en sombras y la luna tardía tino de plata el cabello de Alter. Los ojos de ambos eran oscuridades huecas.

Jon sonrió.

—¿Qué te parece la vida normal ahora que de nuevo la vives un poquito?

—¿Llamas normal a la vida de circo? —le devolvió la sonrisa—. ¿Qué está pasando con la guerra? ¿La detendrán?

—Hemos hecho otro intento. Apartamos al Señor de Jas Llamas del Rey Uske.

—¿Qué hizo esta vez?

—Todavía no lo sabemos —dijo Jon—. Clea lo sabe. Al menos Arkor piensa que ella lo sabe. Pero está demasiado oculto en su mente.

—Eso debe de ser lo que quiso decirme cuando habló conmigo antes -dijo Alter-. ¿Cómo es que Clea sabe, Jon?

Él se encogió de hombros.

—No es "saber" exactamente; ocurre que ella tiene cierta información oscura que coincide con la que estaba en la mente del Rey Uske cuando el Señor de las Llamas lo dejó.

—Ya veo —dijo Alter—. Sabes, es divertido, me refiero a Tel y a mí. Somos las únicas personas de Toromon que sabemos realmente lo que ustedes están haciendo. Y los dos acabamos de apartarnos de todo eso. Él está en el ejército y yo estoy en el circo. Él está peleando la guerra que ustedes tratan de acabar y yo... bueno, yo estoy aquí —dejó caer la cabeza y la levantó otra vez—. Ojalá regrese pronto. Me gustaría verlo otra vez. ¿Jon, has arreglado tu propio asunto, esa búsqueda de libertad de la que solías hablar?

—No la tendré hasta que termine la guerra y me libere del Ser Triple. O eso es lo que me digo. En la prisión aprendí a esperar. Eso es lo que estoy haciendo ahora. Y ser capaz de dar algunas vueltas hace la espera mucho más fácil. Todavía estoy aprendiendo cosas que me serán de utilidad cuando todo esto termine. Pero a veces los envidio, chicos, realmente los envidio. Espero que ustedes dos tengan muchísima suerte.

—Gracias, Jon.

Las luces se encendieron antes del amanecer. El nuevo sol brillaba sobre las carpas aéreas, que caían, eran dobladas y luego apiladas al costado del puesto de juegos desmantelado. Unos pocos niños habían ido a mirar cómo levantaban la ruleta rusa, la calesita y la pista de los rompecoches. Hacia las seis y treinta, los carromatos del circo rodaban en dirección a la costa y los muelles donde el barco rojo y dorado del circo los llevaría de regreso a Toron.

CAPÍTULO DIEZ

Esa mañana hubo toque de diana temprano. Tel revisó con sumo cuidado a la 606-B antes de que la arrojaran dentro del tanque. Aunque la niebla seguía siendo espesa, el tiempo era cálido.

—El rey ha muerto.

—¿Eh?

—El Rey Uske murió en el palacio de Toron. ¡El informe llegó esta mañana!

—¿Crees que fue asesinato político?

—No sé. No vi el informe.

El rumor inundó el campamento como una ola. Aunque nadie estaba seguro, se suponía que la muerte del Rey Uske tenía algo que ver con el súbito desplazamiento de las fuerzas. Y era reconfortante, aunque más no fuera porque era un motivo.

Tel venía de la cabina de abastecimientos con un espiral de plomo número tres para la 605 (nadie se lo había ordenado, pero él la había revisado por su cuenta y había encontrado que el número tres estaba casi completamente quemado) cuando vio a Illu que llevaba algo rectangular sobre el hombro.

—¿Qué es eso? —saludó al neanderthal.

—Es el cartel indicador —dijo Illu—. Le pregunté a Quorl si iba a llevarlo con nosotros y dijo: "¿Para qué?" y se fue. Así que lo traigo yo.

—Me parece bien —dijo Tel.

Cuando volvió a la 605 tuvo que discutir con los individuos que estaban por llevársela y que no querían darle tiempo para arreglar el espiral. Pero entonces uno de ellos vio al flup-flap y dijo:

—Eh, tú debes ser el tipo que dicen que se consiguió una mascota —y mientras los otros perdían el tiempo jugando con el animal, Tel colocó el espiral en su sitio. Luego se fueron, empujando la 605 que habían colocado sobre una plataforma con ruedas.

En el camino de regreso a las barracas, pasó junto a Quorl y Ptorn que estaban en un rincón de la cabina.

—Quizás esta batalla sea la última —dijo Ptorn—. ¿Dijiste que se hablaba de una tregua?

—De una victoria o de una tregua —dijo el Vigía—, ahora que el rey ha muerto.

Adentro, Tel estaba buscando su mochila debajo de la cama cuando alguien dijo:

—Bueno, parece que aquí está.

—¿Eh? —dijo Tel, alzando la vista.

La bruma ocultaba al hombre que estaba sentado en la cama de al lado.

—Oh, ¿cómo estás? —sonrió Tel—. Me parece que no hay forma de saber a dónde nos asignarán en nuestro próximo campamento. Ojalá podamos hablar un poco —hizo chasquear la lengua, confundido, y el compañero le respondió del mismo modo.

—¿Oíste hablar de una tregua? —preguntó el hombre.

—Sólo rumores. ¿Crees que terminarán la guerra?

El hombre se encogió de hombros.

—Bueno, tengo que ver a dónde he sido destacado. Espero que algún día volvamos a encontrarnos. —Levantó la mochila y salió caminando dificultosamente.

Podía oír el silbido áspero de los tanques que se alineaban en el otro extremo del campamento. Su discoordenador decía que debía presentarse en el tanque número tres.

Se preguntaba si habría algún problema en llevar consigo al flep-flop cuando oyó una voz familiar:

—Eh —Shrimp se solidificó frente a él.— ¿Tel? Sí, pensé que eras tú. — Junto a él había alguien más.— Tel, aquí está Curly. Qué te parece.

—Oh, hola —dijo Tel mientras se estrechaban la mano.

—¿Cómo estás? —dijo Curly—. Estoy otra vez en el Campo D-2. ¿Han hecho algunos buenos partidos?

—No, por favor —interrumpió Shrimp—. En el campamento todos son honestos —apoyó el cuerpo
sobre la otra pierna—. Eh, Tel, tuvimos una pequeña discusión sobre ti. Y nos preguntamos si nos ayudarías a aclarar el asunto, si no te importa.

—Seguro —dijo Tel—. ¿Qué es?

—¿Exactamente de qué color son tus ojos?

Tel juntó las cejas y se movió de un lado al otro, molesto.

—Verdes —dijo—. ¿Por qué? —y luego deseó no haberlo dicho.

—¿Podemos mirar?

—Creo... creo que sí.

Shrimp se le acercó mucho y Curly miró por encima del hombro.

—Ves, te dije —dijo Shrimp—. Son verdes, como los míos. Eso es porque los dos venimos de la costa. En la costa casi todos tienen los ojos verdes.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Curly—. Lo que yo estoy diciendo ocurre sólo cuando está más oscuro y no hay tanta luz como ahora. Vamos, pongámonos a la sombra.

—Eh mira —dijo Tel—. Me tengo que ir. Se supone que tengo que estar en mi tanque y listo para partir.

—¿Qué tanque tienes?

—Bueno... el tres.

—Bien. Ese es el que manejo yo. Vamos.

Tel proyectó la mente en cinco direcciones diferentes en busca de una escapatoria, pero al final de cada una se daba contra la pared; de modo que caminó con ellos a través de la niebla en dirección a la oscura hilera de tanques.

—Aquí está mi bebé —dijo Shrimp golpeando la coraza de metal negro que sonó a hueco.

—Adentro veremos —dijo Curly, abriendo la puerta. Las ruedas de goma de la escalera hidráulica cayeron sobre el barro—. Ahora te mostraré lo que quiero decir.

Tel subió al tanque y se ubicó detrás de Shrimp y frente a Curly.

—No, no enciendas la luz. Esa es la cuestión.

En la semipenumbra del tanque, cuya única iluminación era la que provenía de la cabina del piloto en el otro extremo, Tel se puso contra la pared mientras Shrimp y Curly le inspeccionaban los ojos. El corazón de Tel brincaba.

—Bueno —dijo Shrimp—. ¿Ahora de qué color los ves?

Curly frunció el ceño.

—No entiendo —dijo-. Cuando hacíamos el entrenamiento básico, cada vez que había media luz, parecía siempre como si no tuviera ojos.

—Pero... son verdes —dijo Tel. Algo daba vueltas en el interior de él, como un cristal ahumado lleno de recuerdos que no podía ver—. Tengo ojos verdes.

—Por supuesto que tiene los ojos verdes —dijo Shrimp—. ¿De qué otro color pueden ser los ojos de un pescador, o los ojos del hijo de un pescador?

—Sí, puede ser —dijo Curly. Miró otra vez—. Está bien, son verdes. Tal vez yo estoy loco.

"Sí", pensó Tel, "tengo ojos verdes, siempre lo han sido y siempre lo serán", y se preguntó por qué se había sentido tan nervioso cuando le pidieron mirarlos. ¿Por qué iban a ser de otro color?, se preguntó. ¿Por qué?

—El rey ha muerto verdaderamente?

—Sí, lo oí en la oficina de informaciones. ¿Crees que significa que la guerra terminará pronto?

—Quien sabe. Dicen que va a producirse la gran batalla. Tal vez eso decidirá.

—Espero que sí. Daría mis ojos por volver a Toron, diablos, sólo para volver a verla.

—Yo también.

Mientras el tanque gemía al atravesar el barro, ráfagas de bruma golpeaban contra las puertas ovales. Tel se sentó en un extremo. En el asiento de la cabina, enfrente, Shrimp se balanceaba de izquierda a derecha, la mano sobre la palanca de control, cabeza y hombros recortados contra la niebla. Habían andado por espacio de una hora cuando a la izquierda oyeron una especie de estallido, como de rocas aplastadas.

Los hombres se miraron entre sí.

—¿Qué fue eso? —preguntó alguien al conductor.

Shrimp se encogió de hombros.

El motor a tetrón se estremeció con un silbido. Tel apoyó nuevamente la cabeza contra la pared. Estaba casi dormido a causa de las vibraciones, cuando se oyó otro estallido. Se despertó y vio a través de la ventanilla de la derecha el resplandor de una luz.

—¿Qué diablos fue eso? —vociferó alguien—. ¿Nos están atacando?

—Cierren el pico —dijo Shrimp desde el asiento de conductor—. Cierren el pico.

Entonces, a través de un parlante de instrucción que estaba en una esquina, se oyó una voz:

—Estén en calma, alertas, recuerden el entrenamiento. Los conductores procedan según lo estipulado. Esperen órdenes.

Tel esperó, tratando de calmar los latidos de la sangre. El tanque siguió su marcha.

Media hora después alguien dijo:

—Es una mierda de camino para pelear, todo lleno de esas malditas conchas de moluscos.

—Cállate —le dijo el oficial que estaba con ellos.

El flep-flap estaba tranquilamente sentado bajo el banco. Tel se agachó y le dio un pedazo de carbón. Al inclinarse la manga se le corrió sobre el brazo y las plumas le rozaron la muñeca.

Cuando miró otra vez las ventanillas ovales estaba oscureciendo. Hacía mucho que estaban en marcha.

—Alto a todos los conductores —dijo el parlante.

Al apretar con fuerza el freno los hombros de Shrimp se sacudieron. El tanque hizo un viraje brusco. Tel se agachó y se colocó el manojo de plumas sobre las rodillas. El bicho tenía todos los ojos fuertemente cerrados.

Los hombres raspaban el piso con la suela de las botas. Los asientos crujían.

—Vamos, tranquilícense. Ya tendrán su oportunidad —dijo el oficial.

—Convoy, desembarcar —se oyó a través del parlante.

Los hombres se pusieron de pie, estiraron las piernas y lanzaron puñetazos al techo para estirar los brazos.

Se abrió la puerta con un ruido mecánico, cayó la escalera de mano y Tel bajó del tanque. De no ser
porque la bruma era más oscura y espesa, podría haber sido el mismo lugar que habían dejado. Mientras crecía el grupo que estaba al pie de la escalera, advirtió que allí el terreno era algo más firme. Justo en ese momento se oyó un estallido en medio de la noche.

Los ojos saltaron hacia la izquierda; en la bruma, a quince metros de distancia, se alzaban las llamas encrespadas de un fuego blanco. La silueta momentánea de árboles espinosos...

De pronto, se vieron rodeados por órdenes que atravesaban el aire.

—"Tanque cuatro a su izquierda." "Convoy de despacho presentarse al Mayor Stanton." "Convoy del tanque tres, seguirme."

Tel lo siguió a media carrera mientras dejaban el tanque. Se le unieron dos hombres de otro pelotón. De pronto se vieron detenidos, el grupo se desintegró en dos y Tel fue arrastrado hacia la izquierda mientras los otros seguían hacia la derecha.

Acababan de pasar junto a un grupo de tanques cuando se sintió otro golpe, esta vez de la zona más alejada. Entrecerró los ojos. Las cabezas giraron mientras la noche azul ardía en llamas y luego se oscurecía.

—¡Libérense de las bolsas de rocas! —gritaba alguien—. ¡Libérense de las bolsas de rocas!

Tel se volvió a tiempo. Un pesado saco de arpillera le raspó la palma de las manos y le hizo sacudir los hombros violentamente. Casi lo tira al suelo. Un hombre estaba esperando el saco del otro lado y Tel se lo arrojó, regresó y tomó otro. Estaban haciendo una cadena de rocas de un extremo al otro del área.

—Usted y usted (Tel no era ninguno de ellos, pero la orden le hizo volver la cabeza y casi pierde un saco) suban aquella saliente y preséntense al pelotón D-T.

A la izquierda de Tel vibró algo metálico.

—¡Cuidado! ¡Pincha!

Tres hombres estaban colocando alambre de púas por encima de las bolsas de rocas. Sobre la arpillera se enroscaban los espirales. El flip-flup saltó justo a tiempo para evitar que lo pisaran y el cable se desenrrolló a lo largo de la pared.

—¡Eh, usted! Lo necesitan allí abajo, a quince metros de la línea.

Tel salió a la carrera. Un puñado de hombres, que corrían con el mismo destino, se unieron a él en el momento en que se producía un trueno y otro destello. Apretó los ojos con fuerza y casi resbala por encima de otro. Alguien lo sostuvo y mientras alzaba la vista una voz dijo:

—Espera un momento, Ojos Verdes.

Curly era uno de los hombres.

Uno después de otro recibieron órdenes de colocarse en una nueva sección del muro. El ritmo se abría paso a través de los hombros de Tel, de su cuerpo: afirmarse, agarrar, girar, arrojar.

¡Plaf! Se había confiado demasiado. Cuando se inclinaba para recoger la bolsa alguien gritó:

— ¡Agáchese! —Tel se puso de rodillas en el barro y agarró con fuerza el saco de arpillera. Los párpados se le pusieron de color naranja y sintió calor en el

costado derecho del cuerpo. Cuando desapareció, se puso de pie, tambaleándose, y casi tropieza con Curly.

Éste lo tomó del brazo y juntos volvieron al muro tan rápido como pudieron. De pronto Curly lo arrojó en una depresión que había frente a las rocas. El flop-flop rodaba detrás de ellos y piaba. La niebla era azul profundo, pero a través de ella Tel pudo ver el sudor que cubría la cara de Curly. Los dos jadeaban.

Detrás de ellos se oía el gemido de un tanque que cambiaba de posición, una tos áspera, el silbido penetrante de las unidades de tetrón, luego, silencio. A seis metros de distancia unos hombres empujaban una máquina.

—¿Están preparando la 606-B? —preguntó Curly—. Me pareció oír el zumbido. ¿Esa es tu máquina, no es cierto?

—Sí, es la mía —dijo Tel, tratando de recobrar el aliento—. Pero en este momento creo que no podría distinguir un tanque de una afeitadora eléctrica. —Los alcanzó otro golpe de la izquierda. Se agazaparon y Curly levantó la cabeza para espiar a su alrededor— Parece que no nos van a tratar muy bien —susurró.

-Así parece. ¿Qué estás buscando? —preguntó Tel—. No veo nada.

Curly se tiró nuevamente en el pozo.

—Quiero ver si hay alguien cerca, nada más —la voz de pronto se hizo grave—: Eh, quiero... quiero explicar algo, bueno, quiero contarte algo sobre mí. A ti.

-¿Eh? —dijo Tel.

—La cuestión de tus ojos me pareció algo bastante extraño. De manera que seguí pensando. Y pensé que podría decirte algo sobre mí: como disculpa.

Tel recibió la sorpresa en el estómago y, aunque inseguro de lo que había del otro lado, dijo:

—Sí, ya veo.

Curly se pasó por la frente una mano embarrada.

—Maldito sea —dijo con una risa desconcertada—. Ese tipo, el que estaba en esa pandilla de malis conmigo, en Toron. Escribía poemas extraños. Se llamaba Vol Nonik, un tipo extraño. De todos modos, ojalá pudiera mostrarle esto, porque le hubiera servido para hacer un poema. Pero no pudo entrar en el ejército porque tenía algo raro en la espalda. De modo que creo que tú tendrás que ver... —se rió nuevamente y se miró las manos—. ¿Nunca viste a alguien hacer esto, no es cierto?

—¿Hacer qué?

—Mira —dijo Curly—. Las manos. Mira.

—No entien…

—Podemos no salir de ésta con vida —dijo Curly—. ¡Así que mírame las manos!

Tel observó detenidamente las palmas flexionadas del soldado.

Comenzaron a echar una luz.

Al principio era azulada, pero luego el azul se convirtió en rojo, un fuego rojo que ardía en las manos, una pelota de fuego rojo que relucía justo por encima de las palmas, atravesada por el verde, súbitamente por el amarillo.

—Mira —resolló Curly—. Ves…

La pelota de luz se alargaba, se hacía más fina, bifurcándose en ambos extremos. Se estrechaba la cintura, alzaba la cabeza, los dedos se articulaban en los extremos de manos diminutas, llameantes. Ella se inclinó, convertida en una miniatura, y se balanceó en puntas de pie, ondulando sobre las pahuas de Curly. Llamas azules, bronce, doradas, del tamaño de una cabeza de alfiler, corrían vertiginosamente sobre su cuerpo. Un aura (Tel la sintió en la nuca) y el cabello de ella, una bola de
chispas, resplandeció por detrás. Levantó los brazos y susurró (la voz como el susurro del agua sobre la arena):

—Curly, te amo. Te amo, Curly. Te amo…

—¿No es hermosa…? —susurró ásperamente Curly por encima de la voz de la homúncula diminuta. Curly respiraba profundamente ahora y ella se desvaneció.

Cuando Tel levantó la vista de los dedos embarrados, Curly estaba mirándolo.

—¿Has visto hacer esto a alguien alguna vez?

Tel sacudió la cabeza.

—¿Cómo… cómo lo haces?

—No sé —dijo Curly—. Simplemente… lo hago. Antes de entrar en el ejército solía soñar con ella. Pero una vez pensé: qué ocurriría si la hago surgir. Y allí estaba, como la viste, en mis manos. Nunca se lo mostré a nadie. Pero con todo esto… —hizo un movimiento alrededor de ellos—… pensé que debería hacerlo. Eso es todo. —Parecía súbitamente avergonzado.— Bueno —gruñó.

Tel echó una mirada a su mascota; los ojos pulidos del flup-flip estaban abiertos y Tel se preguntó si él también habría visto a la muchacha de las llamas, tan vivida, tan real, tan luminosa.

A su espalda crecía el gemido del motor de un tanque. Se volvió rápidamente y vio la silueta desdibujada de la máquina.

—¡Sal de ahí! —le gritó a Curly, que miró confundido y luego se arrojó a la derecha. Tel se precipitó a la izquierda. El tanque avanzaba de costado en dirección a ellos, les pasó a pocos centímetros. Tel quiso mirar el costado del tanque y se retiró tambaleando; por un momento estuvo suficientemente cerca como para ver en la cúpula de la cabina la figura alta, de ojos amarillos: Quorl estaba ante la palanca de control. El tanque pasó junto a Tel y se estrelló contra la roca del muro. La niebla se cerró detrás del tanque y formó un torbellino en el boquete del muro.

—¿Qué diablos está pasando? —se preguntó Tel. Un montón de gente corría en dirección a ellos. La voz de un oficial los detuvo.

—¡Vayan tras la línea! ¿Están esperando que vengan a buscarlos?

Tel corría nuevamente cuando llegó el próximo golpe, no muy cerca como para cegarlo pero no muy lejos como para ignorarlo. Se detuvo bruscamente, conteniendo la respiración. Bajo la luz hiriente, enganchado entre los alambres de púa, vio a Shrimp. Tenía el lado izquierdo carbonizado. El barro había impedido que el resto del uniforme se le quemara. De la pierna izquierda quedaba muy poco, del brazo izquierdo nada más que una astilla ardida y una mejilla parecía papel carbónico arrugado. El resto de la cara podía reconocerse nítidamente. Envuelto en llamas y aterrorizado por un golpe anterior, debió intentar trepar el muro, olvidando a dónde iba y cayendo nuevamente entre los alambres...

Entonces la luz desapareció y Tel siguió corriendo. No respiraba; quizás el corazón se le había detenido; pero los pies seguían golpeando sobre el barro. Estaba demasiado oscuro como para ver algo, pero en la pantalla que la noche desplegaba ante él, haciendo guiños, se veía la imagen de los flecos brillantes de un uniforme quemado... el rojo de la sangre reseca... una red de cables de hierro.

Después de eso hubo muchos combates. Durante un intervalo de descanso, comenzaron a fluir las primeras historias.

—¿Oíste lo que pasó con el Vigía?

—¿Qué?

—Estaba en ese tanque.

—¿El que se volvió loco y aplastó al maldito cerco?

—Sí. Y ellos lo encontraron. Había atravesado el muro para entrar en un refugio enemigo. Destrozó toda la instalación.

—¿Qué pasó con él?

—Dicen que el tanque explotó al estrellarse. Él sabía que el refugio estaba allí y que si no se destruía ellos nos atacarían. Salvó a toda la compañía.

—¡Qué modo infernal de liquidarlos! ¿Dónde está Quorl?

—¿Estás bromeando? Encontraron piezas de ese tanque en un radio de media milla.

En la oscuridad, Tel apretó la mejilla contra la arpillera húmeda, mientras sentía los guijarros a través de la tela y escuchaba a los hombres que hablaban junto a él. Enredó los dedos entre las plumas del flap-flip, que le hacían cosquillas en la parte de atrás de los nudillos. Pensó en Shrimp, en Quorl, y se preguntó por qué...

CAPÍTULO ONCE

— ¡Señorita Rahsok! ¿Dónde estuvo metida? —La mujer con el pañuelo en la cabeza dejó el recipiente con la basura junto a la entrada del edificio— Estoy tan contenta de verla. ¿No le parece que todo es terriblemente excitante, la coronación y todas esas cosas? Nunca sabrá las que he pasado. Estoy tan disgustada que no sé que hacer. Usted sabe lo preocupada que estoy por mi hija Renna. Ni siquiera sé cómo empezar a contarle...

—Discúlpeme —dijo Clea—. Estoy terriblemente apurada...

—¿Qué pasó? Yo me las arreglé para conseguir una entrada al baile de la pre-victoria que dio la semana pasada el Concejo en memoria de Su Majestad. Eso fue antes de que encontraran al Príncipe Leí. Tuve que ponerme firme con esa mujer atroz del comité para ver por qué no le habían enviado a mi hija la entrada para su presentación en sociedad por los canales comunes. Pero la conseguí e hicimos el vestido más hermoso, todo blanco y plata. Era grandioso. Bueno, por lo atontada que andaba usted hubiera podido pensar que iba a un entierro. Renna dibuja un poco, nada extraordinario, pero de pronto sus dibujos se volvieron mórbidos, calaveras entre las ramas de los árboles, pájaros muertos y un muchacho espantoso, arrodillado en la arena y a punto de ser barrido por una ola. En ese momento tendría que haberme dado cuenta de que algo pasaba. Seguía diciendo que de verdad no quería ir al baile, que no tenía interés. Ve por tu madre, le dije. Puedes conocer a algún duque, o barón, y quién sabe... Bueno, ella pensó que era una tontería y se rió. Pero, de todos
modos, a las cuatro de la mañana, partió con su hermoso vestido blanco y plata. Oh, estaba tan hermosa, señorita Rahsok, que estuve a punto de llorar. En realidad lloré, después que se fue Renna. No volvió más a casa. Esa noche recibí una carta en la que decía que se había casado con ese muchacho espantoso, Vol Nonik, del que yo le hablé, que escribe poemas y vive en la Olla del Diablo. ¿Sabe que hasta lo expulsaron de la universidad? Ella me invitó a visitarlos, pero no pude ir. Me dijo que me contaría lo del baile, y que después de todo no había sido tan malo. Imagínese, un baile de pre-victoria, no tan malo: ¿no es espantoso? ¿No es terrible? —la mujer cuadró los hombros.

—Discúlpeme —dijo Clea—. Lo siento, pero tengo que subir a buscar algunas cosas. Discúlpeme —pasó rápidamente junto a la mujer y entró en la casa; luego disminuyó la velocidad; estaba tratando de recordar algo con respecto a los nombres Vol Nonik y Renna. ¡Entonces recordó cuándo había oído hablar del poeta! Recordaba su poema, recordaba el dibujo de Renna. Sin llegar a ninguna conclusión, porque el recuerdo era anterior a aquellos tres descubrimientos, continuó deprisa.

Abrió la puerta y entró en el departamento. Los postigos estaban cerrados.

"Parece una cueva", pensó, "donde paso demasiado tiempo. No hay lugar para que una acróbata dé una vuelta a una rueda de carro, está demasiado oscuro para ver la pintura grasosa de la cara de un payaso, aun cuando estuviera del otro lado de la habitación, y uno no puede oír... la música de un calliope."

Había regresado a buscar el anotador con esas extrañas fórmulas, a las cuales nunca había pensado mirar otra vez. Pero entonces nunca pensé que querría mirar algo nuevamente, reflexionó. Se acercó al escritorio, pensando en el señor Tritón, en Alter, y en todo lo rojo y dorado que era el circo. Mientras abría el cajón, apoyó la otra mano sobre el escritorio y con los dedos rozó un pedazo de papel arrugado. Frunció el ceño, se incorporó y desplegó la hoja. Sobre el verde brillaban letras amarillas:

TENEMOS UN ENEMIGO DEL OTRO LADO DE LA BARRERA

Indignada, rompió el papel una y otra vez. Arrojó los pedazos en el cesto de la basura, sacó de un tirón el anotador que estaba en el cajón del escritorio y abandonó el departamento. Desde un rincón del corredor se oyó un ruido de algo que golpeaba contra el piso; Clea salió del pozo de la furia no expresada y corrió para ver de qué se trataba.

—Oh... oh... buenos días, señorita Rahsok.

—¡Doctor Wental, son las tres de la mañana! —exclamó Clea—. ¿No es un poco temprano para estar... en estas condiciones?

El doctor se llevó un dedo a los labios.

—Shhh... No quiero que mi esposa se entere. Estoy celebrando.

—¿Y se puede saber qué está celebrando?

—La coronación del joven rey. ¿Qué otra cosa? —Mientras trataba de ponerse de pie, Clea lo tomó de un brazo—. ¡Oh, los bares están llenos a reven —(hip)— tar. Todo el mundo está celebrando! ¡La guerra va a terminar! La guerra va a terminar y regresarán nuestros muchachos. Espere un minuto, ¿quiere? —El doctor sacudió la cabeza y se sostuvo contra la pared—. Un nuevo rey y una nueva era. Yo se lo digo. Usted no tiene idea de lo buena que será una nueva era. Pero tampoco tiene idea de lo que ha sido una era. Quién sabe a dónde iré, que alturas habré escalado...

—¿De qué está hablando?

—El ejercicio de la medicina —dijo el doctor, chasqueando la lengua—. Todos los días consigo nuevas recomendaciones, todos los días.

—¿El paciente de la verruga eritematosa se mejoró?

—¿Eh... cuál?

—El primero, ése que necesitaba una medicina difícil de conseguir.

—¿Él? Oh, él. Murió. Hubo un pequeño escándalo por esa cuestión, cuando alguien me acusó de no usar la medicina adecuada, o algo así. Pero no pudieron probar nada. En el Concejo yo tenía gente conocida; no pudieron probar nada. Lo importante es que la gente oye hablar de las recomendaciones, y todos los días, todos los días...

—Creo que ahora puede hacer el resto del camino solo, doctor Wental —dijo Clea.

—Oh, sí. Pero cuando las cosas van tan bien, a veces uno tiene que interrumpir y celebrar…

—Esa puerta no —dijo Clea—. La próxima.

—Oh, gracias —se dirigió con paso inseguro hacia el otro departamento—. Sí, muchísimas gracias. Pero ahora quédese quieta porque no quiero que mi esposa…

Clea lo dejó que manoteara la cerradura.

Los animadores, proporcionados por el señor Tritón, estaban esperando en el jardín del palacio el
comienzo de las festividades. Clea paseaba entre los bancos de granito, dispuestos sobre el césped recortado por senderos de piedra. Las carpas tenían toldos multicolores, y la gente del circo se paseaba con sus trajes de lentejuelas, conversando.

—¿Doctora Koshar?

Clea se volvió y vio al gigante Arkor.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos su ayuda.

— ¿Qué quieren?

—Cierta información. —Hizo una pausa.— ¿Me acompaña?

Asintió con cautela.

—No quiero atemorizaría —dijo Arkor—. Y algo de lo que quiero decirle puede atemorizarla. —Entraron en el palacio.— ¿Nos ayudará?

—¿Para qué quieren la información? Hasta este momento no tengo la menor idea de lo que está diciendo.

—Usted tiene alguna idea —la corrigió Arkor—. ¿Por qué sino abandonó hace tres meses el trabajo con el gobierno y desapareció del mundo?

—Porque me sentía desgraciada y confundida.

—Sé por qué se sentía desgraciada —dijo Arkor— ¿Qué la confundía?

—Creo que no entiendo su distinción.

—La distinción fue suya —dijo Arkor—. Usted tiene una mente muy exacta y generalmente sabe de lo que está hablando. Le preguntó otra vez. ¿Por qué estaba confundida?

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Clea—. ¿Por qué quiere esa información?

—Tiene razón —dijo Arkor—. Es una información que tiene cierto número de personas, entre ellos, casi todos los del Concejo y el último Rey Uske. También la tiene mucha gente del bosque. Aunque la han protegido muy bien. Usted es la única persona que hemos encontrado que posee esa información y que no cae dentro de esa protección.

—Está siendo muy poco preciso —dijo Clea—. Si quiere mi ayuda va a tener que ser honesto conmigo.

—Le dije que podría atemorizarla.

—Siga.

—Primero de todo, puedo leerle la mente. —Esperó un momento y luego continuó.— Entre los guardias del bosque hay muchos telépatas. Tienen una red mental constante que se extiende por todo Toromon. A pesar de que yo puedo leer la mente, he sido excluido de esa red. Supongo que porque de alguna manera era un apóstata; mis intereses no eran los de ellos y entre los telépatas hay un poco de... supongo que uno podría llamarlo gusto por el chisme. La información que busco se refiere a la guerra, es tal vez la más importante, quizás el secreto para que la guerra finalice, ganándola o perdiéndola. Lo primero que hace que la mayoría de las mentes la oculten es una dosis increíble de culpa. Yo debería haber sido capaz de superarla, pero no puedo. Está bajo la protección de la red telepática de la que le hablé. Traté de obtener alguna información de mi gente, en el bosque, pero aunque no me sentía desanimado por seguir investigando según mis propios métodos, no recibí ninguna pista. Usted es la única persona en la cual puedo detectar esa información por no estar bajo la protección de la red. Eso es porque usted la descubrió por sí misma en tanto que los otros la han recibido el uno del otro y tuvieron que manejarse con ella en un nivel casi oficial. En usted la culpa es mucho más fuerte, pero lo que yo quiero está todavía allí, resplandeciendo bajo la superficie de su mente. —Arkor hizo una pausa por última vez.— La última persona a la cual tratamos de explicarle esto insistió en que era una fantasía psicótica. Pero accedió a ayudarnos como si se tratara de un problema hipotético. De modo que usted tiene un precedente positivo, aun
cuando no me crea.

Bajaron a la galería.

—Si no estoy protegida —dijo Clea—, ¿por qué todavía no pudo obtener esa información de mi mente?

—Usted está trabajando en una teoría sobre el campo unificado —dijo Arkor— que usted cree que

podría ser un gran descubrimiento; yo tengo mucho respeto por sus opiniones, doctora Koshar. Si yo le sacara esa información, su mente quedaría terriblemente conmocionada y algunas de sus facultades creativas podrían verse disminuidas. Usted tendrá que lograrla por sus propios medios, quizá con un pequeño empujón de mi parte, tal vez también con cierta asistencia verbal.

—Como problema hipotético —dijo Clea—... y no, no sé si es real o no... —sonrió—. Soy valiente.

—Bien —dijo Arkor—. Entonces, como le dije antes, no se asuste. Pero hace una hora más o menos usted hizo pedazos un trozo de papel y lo tiró a la basura, muy enojada. ¿Por qué?

—¿Cómo supo...? Yo no lo rompí —la confusión y la sorpresa se apoderaron de ella por completo—. Oh, usted quiere decir..., bueno, era un afiche estúpido sobre la guerra y supongo... —¿Por qué se sentía tan molesta?

—¿Por qué está molesta en este momento?

—No estoy... quiero decir, me preguntaba cómo supo que rompí el papel, el afiche. Estaba en mi departamento con la puerta cerrada con llave...

—Eso no es lo que la molesta. En primer lugar, ¿por qué llevó el afiche a su casa?

—Porque... porque no me gusta todo este asunto de la guerra, en primer lugar. No me gusta la idea de que nuestra gente esté muriendo del otro lado de la barrera sin... —se detuvo.

—¿Sin motivos?

—No —respiró hondo dos veces—. Por algo que yo hice, por algo que yo descubrí.

—Ya veo —dijo Arkor—. ¿Y es por eso que abandonó su trabajo?

—Yo... Sí. Me sentía responsable.

— ¿Entonces por qué llevó el afiche a su casa? ¿Y por qué esperó todo este tiempo, hasta que estuvo a punto de abandonar esa casa definitivamente, para romperlo?

—No sé. Estaba...

—... confundida, sí. Bueno, ¿qué la confundía?

—Estaba confundida porque me sentía culpable. Me sentía de alguna manera responsable por... —en algún lugar se iniciaba la cólera. ¿Qué derecho tenía él...?

—Por la guerra. Pero tenemos un enemigo del otro lado de la barrera, doctora Koshar. ¿Usted quiere decir que se sentía culpable por todo ese flujo gubernamental y económico que provocó la guerra? Debe saber que había muchos factores más que su simple descubrimiento.

—¡Por razones personales!

—¿Usted se refiere a la muerte de su novio, el Mayor Tomar?

—¡Me refiero a la muerte de mi novio el Mayor Tomar en la guerra!

Arkor esperó un momento. Entonces dijo:

—No le creo.

Clea alzó la vista para mirarlo.

—Está en su derecho.

—¿Puedo decirle por qué?

—No sé si quiero escuchar o no.

—¿Cuándo murió el Mayor Tomar?

—¡No quiero hablar de eso!

—Murió en la primavera de hace tres años en una misión para destruir los generadores de radiación del otro lado de Telphar. Usted recién hizo su descubrimiento acerca de las funciones subtrigonométricas inversas y su aplicación a coordenadas espaciales aleatorias, tres meses después de esa muerte. El Mayor Tomar no murió del otro lado de la barrera. Murió prestando servicio aquí, en Toromon. Entonces, ¿qué relación pudo tener su descubrimiento con la muerte del mayor?

—Pero yo estaba trabajando para el gobierno...

—Doctora Koshar, si usted fuera como media docena de otras personas, media docena de otras personas brillantes, podría ser capaz de caer en ese tipo de sentimentalismos. Pero usted tiene una mente dura, resistente, extremadamente lógica. Usted sabe que no es por eso que se siente culpable.

—¡Entonces no sé por qué me siento culpable!

—Entonces responda a esto: ¿por qué llevó el afiche a su casa si usted no quería que le recordaran la guerra? ¿Y si usted estaba furiosa, si no estaba de acuerdo con "ese asunto de la guerra", por qué no rompió el afiche el día que lo sacó del cerco con tanto cuidado? ¿Por qué lo dejó todo arrugado sobre su escritorio durante casi un año y medio? ¿Qué estaba tratando de recordarse a usted misma, algo que había descubierto pero que no podía, no quería recordar? Algo que hoy pensó que ya no tendría que recordarse

nuevamente; romperlo, arrojarlo al cesto de la basura, expulsarlo de la mente...

—Pero ahora no va a haber guerra —lo interrumpió Clea—. ¡Recordarme a mi misma! ¡Ahora hay un nuevo rey! Se va a declarar una guerra, regresarán todos y no habrá ninguna... —hablaba en voz muy alta, muy rápido, y ya casi habían llegado al recinto del trono. En la galería del palacio no había nadie.

A través de una ventana giratoria llegaba una luz que llamó la atención de Arkor durante un segundo.

Clea parecía conmocionada; algo había estado acechando en su mente; ella se había resistido, tratando de alejarlo. Cuando la presión cedió por un momento, se tranquilizó.

Ocurrió. Surgió del fondo de su cerebro como un manantial, un geiser, como un volcán submarino que entró en erupción en su conciencia, arrojando barro, arena, vapor. Cayó contra la pared y susurró:

—La guerra...

Pero Arkor había avanzado un paso. Había recibido el golpe casi con la misma violencia que ella. Trató de alejarse de él.

—¡Pero ganaremos la guerra! Tenemos un enemigo detrás de la barrera. Pero podemos... —giró a derecha e izquierda, aturdido, confundido.

Desde la pared, Clea le gritó:

—¡Qué guerra! ¡Oh, no ve! ¡Qué guerra!

CAPÍTULO DOCE

Rodeado de soldados, Illu clavó el cartel indicador en el barro.

— ¿Cómo sabes si apunta a donde corresponde? —preguntó alguien.

Illu se encogió de hombros.

—Da lo mismo, no te parece.

Tel se alejó junto con Ptorn. En el otro extremo del nuevo campamento, la barraca se veía distante y sombría.

—Es una gran cosa haber acampado nuevamente.

Tel miro a los hombres que tenía alrededor de él.

—Sí —dijo—. Te hace sentir como si hubieras puesto los pies sobre… —sacó la bota del barro— … tierra firme.

Ptorn rió.

—Sabes, he estado pensando, he estado pensando durante mucho tiempo.

—¿En qué? -pregunto el guardia.

—En el Vigía.

—Tú y mucha gente más —dijo Ptorn señalando a un grupo de soldados que se dividía alrededor del cartel—. ¿Cuál es tu pensamiento particular?

—Es éste: ¿Por qué?

—Puedo pensar en seis "por qué" a los cuales me gustaría responder —dijo Ptorn— . ¿Cuál es el tuyo?

—Por qué hizo lo que hizo: por qué aplastó ese tanque contra el refugio enemigo para salvarnos.

—Es un buen pensamiento. Quizá pensó que si no lo hacía alguien, todos arderíamos en llamas.

—Tal vez —Tel encorvó los hombros-. Sabes, creo que podría entenderlo mejor si todo el regimiento estuviera formado por guardias. Pero no era así.

Ptorn se rió.

—Mira dijo—. Todos somos del mismo sílum, del mismo gen, de la misma especie. Todos histosentientes. Eso no es motivo de interrogantes.

—Bueno, para mí sí —dijo Tel—. Ustedes, los guardias, viven de manera totalmente diferente del resto de Toromon. Pero están peleando aquí. ¿Qué ocurre con los neanderthales? ¿Cómo se adaptaron tan rápidamente?

—¿Le has preguntado eso a algunos de los monos?

—Lo haré —dijo Tel. Después de haber caminado unos pocos pasos, dijo otra vez—: Pero sigo sin saber "por qué".

Alguien corría en dirección a ellos a través de la niebla. Casi los lleva por delante; se detuvo contra los hombros de Tel y gritó:

—¡Una tregua! ¿Escucharon? ¡Están coronando al nuevo rey y va a haber una tregua! ¡Vamos a volver todos a casa! ¡Vamos a volver todos a Toromon!

Se apartó en dirección a un grupo de soldados que estaban junto a la puerta de la barraca. Tel y Ptorn se miraron entre sí. El guardia del bosque sonrió.

—¡Regresaremos! —dijo—. ¡Regresaremos! —se volvieron y miraron el cartel de Quorl.

Fueron citados más tarde y en medio de la niebla de la pequeña habitación, el altoparlante les anunció:

—... no tiene efecto hasta las seis en punto de la tarde. Hasta ese momento todavía estamos en guerra. Estamos bastante cerca de varios campamentos enemigos. No habrá salidas fuera de la base. Hasta que la tregua se consume efectivamente, la defensa del enemigo será doblemente activa. Cualquiera que pase del otro lado de la línea divisoria del campamento será considerado culpable de una acción ofensiva. Cuando concluyan los requisitos de la tregua comenzaremos los preparativos para alzar el campamento.

Primero susurros, luego conversación, luego risas que se esparcían entre los hombres. Abandonaron la habitación e irrumpieron en el claro. Alguien se sacó la camisa, la anudó y la arrojó al aire. Otro se tiró al piso, riendo en forma histérica. Hubo corridas, risas, y algunos llantos. Tel vio a Lug que salía de las barracas.

—¿Qué es esto? —preguntó el neanderthal—. ¿Eh? ¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir con qué pasa? —preguntó Tel a su vez.

Lug llegó frotándose los ojos.

—¿Por qué están todos gritando?

—¿Dónde estabas? —preguntó Tel—. No estabas allí cuando se hizo el anuncio.

—Estaba.. —Lug se frotó nuevamente los ojos y se mostró, por el modo en que encorvó los hombros, un poco avergonzado.— Estaba dormido.

—¡Una tregua! —explicó Tel, sintiendo nuevamente gran excitación.

—¿Eh? —Lug apartó lentamente los puños de la cara. Sacudió la cabeza—. ¿Eh?

—¡Lug, firmaron la tregua! ¡La guerra ha terminado! —le dio al neanderthal un golpe juguetón—. ¿Mono, cómo has podido dormir en un momento como éste?

—Estaba cansado —dijo Lug. Alzó la vista para mirar a Tel y unió las cejas gruesas como sogas-. ¿La guerra ha terminado?

Tel asintió con vigor.

—Terminada, finalizada, acabada; ¿no ves que todo el mundo está alborotado?

Lug miró a los hombres alborozados.

—¿Eso quiere decir que podemos volver a casa?

—Así es. A casa.

Lug sonrió y bostezó.

—Eso es bueno —dijo, con los ojos todavía cerrados—. Eso es bueno.

—¿Lug, qué vas a hacer cuando vuelvas a tu casa?

Se encogió de hombros; luego, mientras comenzaba a bajarlos, una idea brotó súbitamente detrás de la cara ancha y desbordó en palabras.

—¡Ya sé! Voy a enseñar.

—¿Enseñar? —preguntó Tel.

—Así es —dijo Lug; la excitación le aligeraba los pesados rasgos—. Voy a enseñarles cosas.

—¿Te refieres a tu gente, la de las ruinas?

—Así es. Con sólo venir aquí aprendí un montón de cosas que ellos deberían saber. Como la forma de tomar nota hablando. Quorl me enseñó a hacer eso, antes que él... Bueno, me lo enseñó, y a leerlo también.

—¿El Vigía te enseñó a escribir? —preguntó Tel con gran sorpresa.

—Así es —dijo Lug—. Empecé a enseñarle a mi mujer y a mi hija y a los otros. Ahora puedo volver. Y podríamos plantar frutos de kharba en hileras donde la tierra sea limpia, en lugar de recogerlos silvestres. Así se los puede cuidar mejor y se puede tener muchos más. Estuve hablando con un individuo que vive en una de las granjas costeras y dijo que ellos lo hacen de esa manera. He aprendido muchas cosas. Algunas de ellas aquí. Y si enseño, entonces todo será mejor para nosotros. ¿Verdad?

—Seguro —dijo Tel.

—¿Eh —preguntó Lug, mirando la mascota emplumada y membranuda que a corta distancia daba aletazos a diestra y siniestra mientras piaba—, te dejarán llevar ese bicho contigo?

—No sé —dijo Tel—. No lo he pensado.

—¿Piensas que sería feliz en Toromon? Allí no hay demasiado barro, ¿no te parece?

—Así es. Sin embargo, me gustaría llevármelo. Me gusta.

Lug se puso en cuclillas y chasqueó los dedos. El flep-flep avanzó como un pato y se trepó a la mano. Lug le acarició las plumas y chasqueó la lengua.

—Quizá si tuvieras dos flip-flaps para que se hicieran compañía no sería tan malo. Pero uno solo puede sentirse solitario.

—Aunque no pueda llevármelo, me gustaría tenerlo aquí hasta que me vaya. Puede decirme algo así como adiós cuando deje este lugar.

—Eso sería lindo. Volver a casa —dijo Lug—. Tengo un bonito recuerdo —los dedos gruesos se detuvieron entre las plumas—. Cerca de donde yo vivía había una montaña y al pie de la ladera más alejada, un lago. Mucha gente llegó al lago y comenzó a construir casas, senderos, muelles.

—Parece muy bonito —dijo Tel. Se preguntaba por qué estaban construyendo.

—Cuando llovía —continuó Lug—, antes de la mañana, solía haber niebla (no como esta niebla), pero si uno se paraba en el arrecife y miraba al pie de la montaña, apenas si se podía ver el agua hasta que amanecía sobre el lago. La niebla ocultaba todo lo que estaban haciendo en la costa. Pero el centro del lago parecía fuego de oro —suspiró—. Era bonito.

—Supongo que sí.

—Una vez Quorl me acompañó hasta allí, cuando lo conocí en el bosque. Es raro el modo en que actuó aquí en el ejército.

—¿Tú también has estado pensando en el Vigía? —Tel decidió que su curiosidad con respecto a la
construcción no sería satisfecha inmediatamente.

—Sí —asintió Lug—. Creo que sí.

—Todos creemos lo mismo —dijo Tel—. Oye, Lug. ¿Quieres cuidar un poquito al animal? Voy a revisar mis herramientas y a controlar si todo está listo para regresar. Me llevará alrededor de media hora revisar todo.

—Lo cuidaré —-dijo Lug. Tel se alejó en dirección a una de las barracas, gritando por encima del hombro—: Muchísimas gracias.

Tel había estado tanteando a ciegas debajo de lo que pensó que era su cama, durante cinco minutos, cuando cayó en la cuenta de que probablemente habría entrado en una cabina equivocada. La disposición de las barracas era un poco diferente de la del antiguo campamento y todavía no la conocía del todo bien. Cuando se incorporó, estuvo a punto de chocar con otro soldado que estaba por sentarse en la cama de al lado.

—Oh, lo siento —dijo.

—Está bien, amigo —dijo el otro soldado—. ¿Oye, no eres tú el que estaba en mi cabina en el otro campamento?

Entonces Tel reconoció la voz.

—Sí, así es. Me alegro de verte otra vez. Pensé que te habían trasladado a otra compañía. ¿Cómo te ha ido desde que nos mudamos?

La figura se encogió de hombros.

En la oscuridad de la cabina estaban sentados en camas enfrentadas. La niebla era más densa. Ante los ojos de Tel el soldado todavía era una sombra sin rostro.

—Bien, supongo —la sombra emitió un chasquido—. No ha sido demasiado malo.

—Supongo que si uno pudo pasar esta condenada guerra no puede quejarse demasiado. ¿No te parece grandioso lo de la tregua? ¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando regreses a Toromon?

El soldado suspiró.

—No sé si todo es tan grandioso. Quizá para ustedes lo sea. ¿Pero yo? Realmente no tengo nada que hacer cuando regrese. Estaba esperando que esto durara un poco más- Yo estaba en la compañía cuarenta y cuatro. Era una compañía grandiosa. Realmente lo era. Ahora estoy aquí. Después de esto iría a cualquier lugar y pelearía un poco más. No es una mala vida. Sólo un poco más arriesgada. Y creo que para mí el riesgo está a punto de terminar.

—Oh —dijo Tel sin entender del todo—. Bueno, ¿qué solías hacer en Toromon?

La cabeza en sombras se sacudió lentamente.

—Sabes, no recuerdo. Hace tanto que estoy lejos que no recuerdo.

Mientras la figura se tendía en la cama Tel frunció el ceño. Se puso de pie y salió, pisando los leños apagados del fuego de la noche anterior. Estaba por entrar en su cabina cuando alguien lo saludó:

—Hola, Ojos Verdes.

—¿Curly?

—En persona. ¿Todo listo para partir?

—Casi. Todavía tengo que controlar las herramientas. Eh, Curly, quería hacerte una pregunta sobre eso que me mostraste...

—Shhhh —el dedo de Curly saltó como un resorte a los labios—. Alguien podría oírte.

—Sólo quería —Tel bajó la voz— saber cómo lo hiciste.

—¿Has tratado de hacerlo?

—No, pero…

—Bueno, entonces no me molestes. —Alguien interrumpió el fastidio de Curly al gritar desde el piso barroso

—Eh, tú, regresa. —A la distancia se oía un doble flop-flup, flup-flop: uno pertenecía a las diminutas patas membranosas, otro a las botas de puntera descubierta del neanderthal.

—¡Es Lug! —dijo Tel—. Debe estar persiguiendo a mi…

La forma era visible a nueve metros de distancia; continuó su camino con rapidez.

—¿A dónde piensa que va a perseguirlo? —dijo Curly.

—Oh, diablos —dijo Tel—. Me olvidé de avisarle de la línea divisoria. —Atravesó el barro gritando: ¡Ven aquí, mono estúpido! ¡Ven aquí!

Alcanzó a Lug a unos ciento veinte metros de la línea del campamento, lo tomó de un hombro y le hizo dar vuelta.

Lug parecía sorprendido.

—Se fue, y yo… —comenzó a explicar.

—Regresa lo más rápido que te permitan las piernas.

—Pero la tregua…

—No tiene efecto hasta las seis de la tarde y el enemigo redobló su vigilancia. Vamos. —Se pusieron en marcha al trote y Tel sintió que el pánico cedía y encontró alivio en una marea de amistoso abuso dirigido al neanderthal—. Yo solía preguntarme porqué el Vigía se rompió el cuello por nosotros. Quizás ahora debería saberlo, pero que me condenen si lo sé. Vamos, muévete. —Lug se apresuró. Entonces Tel oyó a sus pies el sonido de las aletas. Se detuvo y se agachó.— ¡Bueno, así que estás ahí —extendió la mano e hizo chasquear los dedos—. Vamos criatura —dijo Tel—. Cuando lleguemos te daré un buen pedazo de carbón.

Lug, que ya estaba del otro lado de la línea divisoria, se volvió y gritó:

—Eh, pensé que habías dicho que corriera.

—Vamos —le dijo Tel una vez más al flap-flop que abrió cuatro ojos pastel, de caracol pulido y lo miró parpadeando—. Vamos…

Fue el último sonido que emitió.

Lug retrocedió tambaleando al escuchar el trueno y cerró los párpados con fuerza ante la columna de fuego blanco que había brotado en el lugar en que Tel había estado agachado un momento antes.

—¿Qué demonios fue eso? —gritó alguien desde el otro lado de la planicie. Ptorn corrió y agarró al neanderthal por un brazo—. ¿Lug, qué ocurrió?

—No sé... no sé —todavía tenía los ojos cerrados y sacudía la cabezota de derecha a izquierda. Uno de los oficiales gritaba:

—¡Maldito sea, esta guerra todavía no ha terminado! ¿Quién estaba del otro lado de la línea? ¿Quién era?

Junto a la pared de la barraca, Curly levantó la vista de la palma ahuecada donde bailaba una mujer flamígera y frunció el ceño.

CAPÍTULO TRECE

—... Te declaramos solemnemente Rey Let del Imperio de Toromon.

Jon, de pie en la primera galería ubicada debajo del trono, observó al concejal que se alejaba del joven rubio que ahora era rey. No habían asistido más de sesenta personas: los doce concejales, miembros de la familia real, sus invitados y otros personajes del estado, importantes y honoríficos.

Jon estaba allí como invitado de Petra. Entre otros, se veía la figura grotesca e imponente de Rolth Catham, el historiador. El rey se detuvo un momento mientras observaba a la gente que estaba en el recinto y luego se ubicó en el trono.

Los participantes prorrumpieron en un aplauso.

Un hombre que estaba al fondo de la habitación miró por encima del hombro pues había oído otro ruido, más fuerte que el aplauso. Provenía de la antecámara. Alguien más se volvió, luego otro y después otro. Por ese entonces la guardia ya estaba alerta. Jon y Petra recibieron al mismo tiempo toques mentales.

—Es Arkor —susurró Petra, pero Jon ya había comenzado a abrirse paso entre los huéspedes. La duquesa se detuvo el tiempo suficiente para atraer la atención de Catham, luego siguió.

Jon entró en la confusión de la cámara más pequeña. Los guardias sostenían a Arkor. Clea estaba apoyada contra la pared.

Arkor decía con calma pero en voz alta:

—No, estamos bien. Sí, gracias. Estamos bien. Pero debemos hablar con Su Gracia.

Los centinelas miraban, los concejales observaban con atención. Un momento después Jon vio que el rey atravesaba la puerta con un guardia a cada lado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó uno de los guardias.

Fue Petra quien sugirió la reunión privada en el recinto del Concejo. Los concejales se sentaron de un lado. Al frente del recinto, el joven rey estaba instalado en un asiento ligeramente más alto. Del otro lado estaban Jon, Petra, Arkor, Catham y Clea.

—¿Qué es lo que desea decir?

La duquesa señaló a Arkor con la cabeza, quien se puso de pie y se dirigió a los concejales.

—Aquí tengo a alguien que va a decirles algo que todos ustedes saben pero que los ha aislado. Algo que todos ustedes hicieron, que decidieron concientemente que era el único modo de salir del problema, pero tomaron esa decisión sólo con la seguridad de que no recordarían haberla tomado —se volvió hacia Clea—. ¿Le dirá al Concejo lo que iba a decirme a mí, doctora Koshar?

Clea se puso de pie. Estaba pálida.

—No lo creerán —dijo. Luego la voz se hizo más firme y se dirigió directamente a los concejales—. No lo creerán. Pero lo saben de todos modos —hizo una pausa—. Hablé con muchos de ustedes hace tres años, cuando hice por primera vez el descubrimiento que les permitió a ustedes enviar gente, equipo y provisiones para la guerra. En ese entonces eran incrédulos. Y no creerán esto en absoluto: no hay guerra.

Los concejales se miraron entre sí y arrugaron la frente.

Clea repitió:

—No hay guerra. Ustedes lo saben.

—Pero... —farfulló uno de los miembros del Concejo—, entonces qué... quiero decir, ¿dónde... están todos nuestros soldados?

—Están —respiró profundamente— en diminutas celdas de metal apiladas como ataúdes en la vasta sección de Telphar donde no se permite el acceso de soldados reclutas.

— ¿Y qué hacen allí? —preguntó otro de los miembros del Concejo.

—Están soñando con la guerra de ustedes y cada uno de ellos trata desesperadamente de soñar el camino de regreso a lo que él sabe que es la realidad, oculta en las profundidades de su mente. Drogas como el sodio y el pentotal los mantiene en un estado de nebulosa; tres años de propaganda constante han hecho que sigan pensando en la guerra; seis semanas de entrenamiento básico formalmente planeado para convertir en psicótica a la mente más firme confieren la última e incuestionable pátina de realidad al sueño en el cual cada sensación del mundo real, el sonido de sábanas arrugadas, el resplandor del sol sobre el agua, la sensación de ropa húmeda o el olor de la madera podrida coinciden en un mosaico definido por lo que cada uno de ellos teme y ama más, y que se llama guerra. Una computadora con un mecanismo selector de información que puede extraer todo un modelo sensorial de un cerebro y trasladarlo a otro mantiene todos esos sueños coordinados entre sí.

—Oh, eso es ridículo...

—Es imposible...

—No creo en todo esto...

Era como si la duda liberara la puerta de contención de una corriente de agua. Era como si de pronto Jon hubiera adquirido un nuevo sentido, tan agudo como la vista o el oído.

En términos de visión, era como permanecer ante un vasto diseño de luces brillantes que se alzaban alrededor de él. En términos de oído, era como si hubiera escuchado la primera frase de una sinfonía y estuviera esperando la resolución de la melodía. En términos de tacto, era como si hubiera alzado un remolino de vientos helados y tórridos en dirección a él, pero que todavía no lo hubiera golpeado. Pero no era ni vista, ni oído, ni tacto, porque todavía el respaldo protuberante de la silla, podía oír el murmullo sordo de las togas de los concejales y podía verles las caras apesadumbradas, los ojos desorbitados y los labios apretados con fuerza.

—¿Por qué los guardias telépatas protegieron ese secreto dentro de sus mentes?

La respuesta volvió como fuegos artificiales, música, ondas de espuma urticante: Arkor dijo:

—Porque no sabían que otra cosa hacer con esa información. Esta guerra era una idea que germinó en la mente del último rey, aunque las semillas están en todas las mentes de Toromon. El único hombre que se opuso al rey, y eso aún después de que el plan ya estuviera en marcha, fue el Primer Ministro Chargill, que resultó asesinado. Ellos sentían que no podían ayudarlos a ustedes ni tampoco impedirles la ejecución del plan porque no lo entendían. El gobierno les pidió ayuda para borrar la información en las mentes de aquellos que estaban oficialmente conectados con el proyecto, y puesto que era una solución para el problema económico, consintieron; porque no podíamos negarnos.

Ahora Jon y Petra estaban de pie junto a Arkor.

—Entonces ahora entienden nuestro esfuerzo —dijo Jon.

—Nuestra intención era salvar a nuestro país —dijo Petra.

—Y resguardar la libertad de cada hombre —dijo Jon-. Libertad de... ¡sueños tan opresivos!

—¿Entonces qué debemos hacer? —preguntó la mente colectiva de los guardias telépatas.

—Deben penetrar en todas las mentes de Toromon y liberar el secreto de la guerra. Deben conectarlas las unas con las otras durante un momento, para que se conozcan a sí mismas y entre sí, ya sea que estén en el palacio real, en las celdas-ataúd de Telphar o en las ruinas de piedra que están del otro lado. Hagan eso y habrán servido a esta raza de mono, hombre y guardia llamada Humana.

—Puede ser que algunas mentes no estén listas.

—Háganlo.

Hubo una ola de consentimiento.

Y un médico del Servicio Médico dejó caer el termómetro contra el escritorio y descubrió, mientras el mercurio goteaba sobre el plástico blanco, que la cólera contra la enfermera principal que siempre colocaba mal la curva de mejoría de los pacientes escondía el conocimiento que él poseía sobre la guerra;

Vol Nonik, que bebía en un bar de la Olla del Diablo, pasó el dedo por el anillo húmedo que había trazado su vaso sobre el manchado mostrador de madera y vio su frustración al ser expulsado de la Universidad por "conducta indecorosa";

el Concejal Rilum rescató el recuerdo de treinta años de edad que giraba en su mente de la época en que una industria del vestido, de la cual él había sido vicecoordinador, se había quemado totalmente, y descubrió su furia hacia la debilidad de las sanciones correspondientes a las regulaciones contra incendios;

un hombre que trabajaba en los acuarios se detuvo mientras avanzaba por el desembarcadero, sacó las manos de los bolsillos de atrás del pantalón, miró las cicatrices que le recorrían el antebrazo cubierto de vello negro y recordó la furia que sentía por la mujer que lo había azotado con una varilla de hierro cuando era niño y vivía en una granja del continente;

la Concejal Tilla retorció un pliegue de su toga con los viejos dedos mientras recordaba la catástrofe de la Isla Letos, donde habían matado a su padre y donde ella, de niña, había ido a ayudar a su padre a recoger fósiles, y descubrió que el miedo infantil había estado ocultando la información de la guerra que poseía de adulta;

el Capitán Suptus, sobre el puente de un carguero de tetrón que se alejaba del muelle, parpadeó por la luz del ocaso brillante y recordó cómo un hombre de cabello blanco se había puesto de pie detrás de un escritorio en la oficina de una compañía de barcos (no era la compañía para la cual él trabajaba ahora) y había jurado: "¡Mientras yo esté vivo usted jamás cargará otro bote!" y de pronto entendió su terror por el hombre muerto hacía una docena de años;

una mujer llamada María se arrojó desde las rocas de la costa y sintió que las aguas la encerraban en un puño de sombras. El borde de las antiparras hacía presión contra la cara y con la última luz la mujer separó la ostra de la arcilla y nuevamente salió a la superficie. Sentada en las rocas, un momento después, clavó el cuchillo entre las dos valvas rugosas. Un crujido, una grieta y una lengüeta de carne, sin perla, brilló en la noche azul con un brillo húmedo. Y entonces ella recordó otra ostra, más grande, en la que había yacido una inmensa esfera lechosa, que se le había escapado
rodando de los dedos, había llegado al borde de las rocas y luego había caído con un sonido casi imperceptible a tres metros y medio bajo la superficie del

agua verde. Y en el estómago se le había formado un nudo feroz, y en ese nudo estaban amarrados tanta furia, tanta frustración;

un guardia del bosque se detuvo junto a un árbol y apoyó la mano contra la corteza áspera, y recordó la mañana de siete años atrás cuando él y dos más fueron enviados a capturar a una muchacha que iba a ser marcada como telépata, y de qué modo ella había luchado con indignación maníaca y silenciosa, y cómo su enojo momentáneo había crecido, conectándose por más de un motivo con comentes diminutas;

una prisionera que salía del ascensor del pozo de la mina escupió sobre las huellas de un cuidador que estaba de espaldas y que se dirigía al monte, frunció el ceño, recordando a su hermano mayor que años atrás se alejara de ella por un corredor oscuro y las lágrimas que había derramado, agachada en un rincón; y de pronto entendió el significado de aquellas lágrimas;

en el recinto del concejo, el Concejal Servin apretó con fuerza el talón contra la pata de la silla, recorriendo los rostros con la mirada y pensó: "Duras e incomprensibles como la expresión de la cara de mi tío el día que me hizo bajar de mi habitación y frente a toda la familia me acusó de haber robado vino de la bodega, y a pesar de que yo no había hecho nada enmudecí de miedo y como castigo toda la familia me ignoró completamente durante una semana y tuve que comer solo", y supo por qué razón no había hablado entonces;

del otro lado de Toromon, el oficial de una oficina de reclutamiento de pronto levantó la lapicera al mismo tiempo que, del otro lado del escritorio, el joven neanderthal que había estado a punto de escribir su solicitud levantó la cabezota y los dos se miraron fijamente, reconociendo cada uno de ellos la información sobre la guerra;

y en el jardín del palacio, entre acróbatas y payasos, Alter estaba sentada en el suelo contra una urna de mármol. El viento que soplaba sobre el césped y a través de las hojas le revolvía el pelo blanco. Alter acariciaba las cuentas de su collar de cuero y los dedos iban desde la conchilla lechosa con franjas de oro a la madreperla y luego a la que tenía estrías rojas, y pensaba: "Oh, él intentó incluir un fragmento mío en ese sueño terrible, intentó soñar que volvía a la realidad", en tanto que otro había soñado que el rostro de su madre estaba siempre al pie de determinada clase de roca, y otro había sido capaz de conversar con su padre muerto cuando la brisa hacía que el follaje sin hojas se agitara y hablara con él, y otro había encontrado la belleza y el amor en una figura flamígera que bailaba sobre sus dedos. "Pero él no sabía, no sabía..."

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Jon. ?

Clea pasó la mano sobre la superficie lustrada de la mesa antes de alzar la vista y mirar a los miembros del Concejo.

—Porque yo trabajaba con la computadora. Porque yo sabía por los informes sobre la conversión de la cinta de paso que el progreso no podía ser tan rápido. Porque hubo un pequeño error de cálculo en el trabajo de condensación de la teoría debido a un error tipográfico que hubiera invalidado todo el proceso y que nadie descubrió excepto yo. Porque yo sabía cuál era la situación económica de Toromon, que había entrado en esa franja de gran exceso y escasa movilidad que debe significar la guerra. Porque una docena de cosas que significaban esto eran la única respuesta posible. Porque se suponía que esa guerra se convertiría en la mente de todos en una realidad tal que jamás podría ser cuestionada; y porque ellos no se dieron cuenta de que la realidad debe probarse a sí misma una y otra vez, y que solamente la fantasía puede avanzar sin contradicciones, sin tener que probarse a sí misma con el rigor de la lógica. La idea de formular preguntas era casi imposible; pero sólo casi.

Rolth Catham se puso de pie y la luz del atardecer golpeó el cráneo de plástico.

—Tengo una pregunta más, doctora Koshar. ¿Cómo mueren los soldados?

—¿Realmente quiere saberlo? —preguntó Clea—. ¿Conoce el juego de Erramat que últimamente se ha hecho tan famoso? La computadora tiene un selector que trabaja en un procesador similar, sólo que con una matriz mucho más grande para individualizar a los soldados que van a morir por una elección azarosa. Entonces, cuando se ha hecho la elección, por medio de una sugestión controlada se conduce el sueño a una situación tal que permitirá la muerte. Luego se carga de electricidad la celda en la que yace el soldado, se incinera su cuerpo y la celda queda lista para algún otro enloquecido que esté dispuesto a luchar con el enemigo que está del otro lado de la barrera.

"Oh, el plan que debe haber llevado a esto —dijo Clea-, la prueba y el descubrimiento. La masacre total de la compañía cuarenta y cuatro de la que no quedó nadie con vida, luego el informe detallado de la muerte de dos hombres torturados por el enemigo. No hay más que hacerlos perder en el ofuscamiento de sus psiquismos dañados para que ellos creen un enemigo, más grande y maligno que el que podría crearles cualquier psicólogo, un enemigo siempre oculto detrás de su propioterror.

"Estaban embrutecidos por el horror, eran incapaces de cuestionar la ley o la realidad, o cualquier otra faceta de la existencia. Porque después de este entrenamiento, las seis semanas y antes, no podían hacerse pregunta alguna.

Catham levantó la cabeza lentamente y el joven rey se puso de pie.

-Quizá —dijo el Rey Let- ahora habrá paz.

A continuación salieron en fila para asistir a las celebraciones de la coronación. Cuando Jon se dirigía hacia las escaleras que lo llevarían de regreso al jardín, alguien le tocó el hombro. Era Catham.

—¿Sí?

—Tengo algunas preguntas que no son para el resto del Concejo —dijo el historiador-. Se refieren a su Señor de las Llamas.

— ¿Nuestra fantasía psicótica?

—Si usted quiere —en la mitad humana de la cara de Catham se formaron los tres cuartos de sonrisa.

—¿Por qué no lo reduce simplemente a uno de esos elementos de la realidad que deben ser cuestionados para verificar lo real?

Catham se encogió de hombros.

—Ya lo hice. Lo que quiero saber es esto: ¿Usted cree que el Señor de las Llamas puso en la mente del Rey Uske esa idea monstruosa de la guerra sin un enemigo?

—Sin duda que la idea no —dijo Jon—. Pero tal vez el método para que la idea se convirtiera en esa realidad, sí.

—Espero que no haya sido todo lo contrario —dijo Catham.

—¿Porqué?

—Por lo que dice acerca de la humanidad, si es que la idea no provino de algo extra humano. -Catham movió la cabeza y retomó la marcha por el corredor.

Jon lo observó alejarse y finalmente bajó las escaleras.

La gente del circo formaba una fila ante las puertas del auditorio del palacio.

Del otro lado del jardín vio a su hermana que rodeaba con un brazo los hombros de Alter. Permanecían en silencio al final de la fila. Jon pensó: ¿Qué he aprendido? Miren, todos marchan pacíficamente en dirección a las luces como lo hacían antes, a pesar de que ahora saben. ¿Hay alguna diferencia en la forma en que uno endereza los hombros, el otro coloca dos dedos debajo del cinturón y el otro juguetea con el galón dorado que le cae sobre el pecho? ¿Pero qué diferencia podría haber? He esperado todos estos años, he observado. Y seguiré aún meditando sobre lo que he aprendido. Observador y prisionero, espero la libertad. Por lo menos después de todo esto puedo saber desde qué dirección llegará la libertad; he vivido observando, y al menos puedo moverme para ver qué efecto han tenido sobre mi las observaciones. ¿Qué puedo rescatar? Lo que sea, no es ni una torpeza ni se oculta de la guerra.

Ahora el jardín estaba vacío. Jon permaneció solo en la oscuridad creciente, un actor y observador fijado en una matriz de materia y motivación.

Y a un universo de distancia, una mente triple observaba, ordenaba el conocimiento que poseía acerca de la guerra y se preparaba.